

Manalive



Manalive trata la eterna lucha del hombre científico empirista enfrentado al hombre religioso metafísico. El cálculo sobre la realidad contra lo mágico de la realidad.

Todo empieza en una casa de las afueras de Londres donde viven unos inquilinos variopintos. Entre ellos se encuentran tres hombres (de profesiones científicas) hablando en el jardín cuando irrumpe saltando el muro el señor Smith, vestido de verde y a la caza

de su sombrero. Este hecho marcará toda la novela: la aparición de un personaje misterioso dentro del ámbito de la casa de la señora propietaria.

Chesterton juega con la provocación que supone encontrarse con un hombre ante el que uno se pregunta: ¿y tú quién eres? Este es la dinámica del acontecimiento, propia del cristianismo, que él utiliza para ver la reacción que genera a la razón y al corazón de los hombres.

Un acontecimiento, el Sr. Smith,

despertará a todos los personajes para vivir su vida más a fondo. Su manera de tratar las cosas, las personas, su vestimenta, su equipaje, sus gestos, todo él es algo nuevo dentro de algo viejo (un hombre como cualquier otro). Su modo de estar despertará el yo de cada uno de los personajes, y estos desearán vivir con la misma intensidad como con la que tienen junto a su presencia.

Pero la novela es más que esto. Se descubre el pasado del señor Smith justo cuando éste quiere casarse con una de las jóvenes de la casa.

Esto iniciará un juicio dentro de la misma casa (Chesterton aquí populariza sus ideas políticas y su interpretación de la sociedad) en el que se estudiará y valorará el pasado del señor Smith.

En este pasado parece haber robos, secuestros e incluso asesinatos (algo posible, ya que Mr. Smith lleva consigo un revólver). La novela adquiere un tono misterioso y a la vez apasionante, ya que todo dentro de su ámbito se convierte en una aventura. Por eso el «Hombre Vivo» es aquel que pone en riesgo su vida, y no el que la guarda; es el

que pierde la familia para reencontrarla; el que abandona a la mujer para pedirle otra vez matrimonio.

El señor Smith no solo simboliza al hombre vivo, sino también al hombre común. Así Chesterton juega con su apellido, ya que es uno de los apellidos más populares en lengua inglesa.

De esta manera tenemos delante a ese héroe cotidiano, el que lucha para que su vida tenga sentido en cada uno de sus ámbitos: trabajo, casa, amigos, estudios..., el que no

abandona, como hacemos los hombres de nuestro tiempo, nuestro deseo de Verdad, Belleza y Vida en cada uno de los instantes de nuestra existencia.



Gilbert Keith Chesterton

Manalive

ePUB r1.2

Smoit 09.05.13

Título original: *Manalive*

G. K. Chesterton, 1912.

Traducción: Sylvia M. Zuleta

Diseño portada: Arnaut

Editor digital: Smoit

ePub base r1.0



ECLESIASTÉS

Hay un pecado: decir que es gris
una hoja verde-

Y se estremece el sol ante el
ultraje;

Una blasfemia existe: el implorar
la muerte,

Pues sólo Dios conoce lo que la
muerte vale;

Y un credo: no se olvidan de crecer
las manzanas

En los manzanos, nunca, pase lo
que nos pase;

Hay una cosa necesaria: todo;-
El resto es vanidad de vanidades.

Primera Parte: Los enigmas de Innocent Smith

CAPÍTULO

PRIMERO: Cómo

llegó el vendaval a la

Casa del Faro

Del oeste se levantó un viento, como una ola de inmoderada felicidad, y veloz, cruzó Inglaterra hacia el este, arrastrando consigo el helado perfume de los bosques y la fría embriaguez del mar. En miles de agujeros y de rincones confortó al hombre como un trago y lo sorprendió como un puñetazo. En las habitaciones interiores de casas

intrincadas y sombrías provocó como una explosión doméstica, sembrando el piso con papeles de algún profesor — tanto máspreciados cuanto fugitivos— o apagó la vela a cuya luz un muchacho leía *La Isla del Tesoro*, sumiéndolo en rumorosa tiniebla. Por doquier introdujo una nota de drama en vidas nada dramáticas y llevó por el mundo el triunfo de la crisis. Más de una madre agobiada en algún estrecho patio interior había mirado cinco camisas diminutas en el alambre del tendedero como quien mira una especie de tragedia mezquina y nauseabunda; era como si hubiera colgado a sus cinco hijos. Vino el

viento, y quedaron henchidas, agitándose, como si de un salto cinco rollizos diablillos se hubieran metido dentro; y allá en lo recóndito de su oprimida subconciencia, recordó vagamente aquellas burdas comedias del tiempo de sus abuelos cuando todavía moraban los elfos en las viviendas de los hombres. Más de una muchacha inadvertida en un húmedo jardín tapiado se había tirado sobre la hamaca con el mismo gesto intolerante con que hubiera podido tirarse al Támesis; y aquel viento rasgó el muro ondulante de los bosques, alzó la hamaca como un globo e hizo ver a la joven formas de nubes

curiosas allá lejos y cuadros de alegres pueblitos allá abajo, como si navegara por el cielo en una barca encantada. Más de un polvoriento seglar o cura, arrastrándose por una calle telescópica de álamos, pensaba por centésima vez que parecían penachos de un coche fúnebre, cuando esta energía invisible los cogió y los agitó y los batió en torno de su cabeza como una guirnalda o un saludo de alas seráficas. Había en él algo aún más inspirado y autoritario que el viejo viento del refrán^[1]; porque éste era el viento bueno que a nadie trae daño.

La racha voladora hirió a Londres

justo donde empieza a escalar las alturas del norte, terraza sobre terraza, escarpada como Edimburgo. Alrededor de ese sitio algún poeta, ebrio quizá, miró azorado todas esas calles que subían hacia el cielo, y (pensando confusamente en ventisqueros y en montañeses ensogados) le dio el nombre de Chalet Suizo del que nunca ha podido librarse. En cierta parte de esas alturas, una terraza de altas casas grises, desocupadas en su mayoría y casi tan desoladas como los montes Grampianos, describía una curva hacia el extremo oeste, de manera que el último edificio, un establecimiento de pensión llamado

«Casa del Faro», ofrecía en forma abrupta al sol poniente, su alto, angosto y sobresaliente remate, como la proa de algún barco abandonado.

El barco, sin embargo, no estaba del todo abandonado. La propietaria de la casa de pensión, una tal Sra. Duke, era una de esas personas incapaces contra las cuales el destino se encarniza en vano; sonreía vagamente antes y después de todas sus calamidades; era demasiado blanda para sentir los golpes. Pero con la ayuda (o más bien bajo las órdenes) de una afanosa sobrina, mantenía siempre un resto de clientela compuesta en su mayor parte de gente

joven y bohemia. Y había, en efecto, cinco huéspedes parados por ahí con aire mustio en el jardín, cuando la gran ráfaga rompió contra la base de la torre terminal, detrás de ellos, como estalla el mar contra la base de un peñasco prominente.

Durante todo el día, aquel monte de casas empinado sobre Londres había estado encerrado y sellado bajo una bóveda de nube fría. Con todo, tres hombres y dos muchachas habían hallado por último que hasta el jardín gris y destemplado era más aguantable que el interior negro y poco acogedor. Cuando vino el viento, partió el cielo y

empujó el tendal de nubes hacia derecha e izquierda, descubriendo grandes hogueras brillantes de oro vespertino. La explosión de luz liberada y la explosión de aire impelido parecieron llegar casi al mismo tiempo; y el viento especialmente envolvió todo con violencia demoledora. El césped corto y lustroso se inclinó todo, en el mismo sentido, como pelo cepillado. Cada arbusto del jardín tironeó de sus raíces como un perro de su collar, y distendió cada hoja saltarina en pos del elemento perseguidor y exterminador. De vez en cuando un gajo se quebraba y volaba como tiro de ballesta. Los tres hombres

se mantuvieron rígida y oblicuamente contra el viento como contra una pared. Las dos señoritas se ocultaron en la casa; mejor dicho, el viento en realidad las llevó a la casa. Sus dos vestidos, el azul y el blanco, parecían dos grandes flores rotas luchando y volteando en la ráfaga. Tampoco es inadecuada tal fantasía poética, porque había algo curiosamente romántico en esa irrupción de aire y luz después de un día largo, plomizo y oprimente. Césped y plantas parecían rutilantes de algo a la vez bueno y preternatural cual un fuego del país de las hadas. Se diría una extraña salida de sol al extremo opuesto del día.

La muchacha vestida de blanco se entró a tiempo, porque tenía puesto un sombrero de las proporciones de un paracaídas que la podía haber arrebatado hasta las coloreadas nubes de la tarde. Constituía el único brochazo de esplendor, e irradiaba opulencia, en aquel sitio de estrechez pecuniaria, donde se alojaba temporariamente con una amiga: era una heredera en pequeña escala, de nombre Rosamund Hunt, de ojos pardos y cara redonda, resuelta y un tanto barullera. Además de adinerada era jovial y bastante bien parecida; pero no se había casado, quizá porque estaba siempre rodeada de una muchedumbre

de hombres. No era descocada (aunque algunos la hubieran juzgado vulgar), pero a los jóvenes indecisos les daba la impresión de una figura popular a la par que inaccesible. Ante su presencia daba la sensación de haberse uno enamorado de Cleopatra o de estar buscando a una actriz de fama frente a la puerta del escenario. En efecto, parecía que algunas lentejuelas de teatro se hubiesen adherido a la señorita Hunt: tocaba la guitarra y el mandolín; tenía la manía de las charadas; y ante ese magno espectáculo del cielo desgarrado por sol y tormenta, sintió que un melodrama juvenil le henchía de nuevo el pecho.

Con la estrepitosa orquesta del aire se abrieron las nubes como el telón de una pantomima largo tiempo esperada.

Y, cosa rara, la muchacha de azul tampoco quedó del todo insensible ante aquel apocalipsis en un jardín privado, aunque no existía criatura más prosaica ni más práctica. Se trataba, en efecto, nada menos que de aquella sobrina afanosa cuya fuerza constituía el único sostén de esa mansión en decadencia. Pero mientras la ráfaga sacudía e inflaba la falda azul y la blanca hasta darles los contornos de hongos monstruosos de los miriñaques victorianos, alentó en ella un recuerdo perdido que era casi un

romance; recuerdo de un tomo polvoriento de *Punch* en casa de una tía, en su infancia; figuras de arcos de crinolina y arcos de croquet y cierta bonita novela de la que quizá formaban parte. Esa fragancia semiperceptible se esfumó casi de inmediato de sus pensamientos y Diana Duke entró en la casa aún más rápidamente que su compañera. Alta, delgada, aguileña y morena, parecía hecha para esa velocidad. Físicamente era de la casta de aquellos pájaros y animales que son a la vez largos y vivaces, como los galgos o las garzas o aun como alguna víbora inofensiva. Toda la casa giraba

alrededor de ella como en torno de una vara de acero. Sería falso decir que mandaba, porque su propia eficiencia era tan impaciente que ella misma se obedecía antes de que la obedecieran los demás. Antes de que el electricista pudiese componer un timbre o el cerrajero abrir una puerta, antes de que el dentista pudiese extraer un diente flojo o el sirviente un corcho apretado, ya la cosa estaba hecha por la silenciosa violencia de sus manos delgadas. Si bien era físicamente liviana, su liviandad nada tenía de saltarina. Pisaba el suelo con desprecio, y de intento lo despreciaba. Se suele hablar del fracaso

patético de las mujeres feas; pero es más terrible que una mujer hermosa tenga éxito en todo menos en ser mujer.

—Es como para arrancarte la cabeza —dijo la joven de blanco, dirigiéndose al espejo.

La joven de azul no contestó, pero guardó sus guantes de jardinera; y en seguida fue al trinchante y empezó a tender el mantel para el té.

—¡Cómo para arrancarte la cabeza!, digo —repitió Rosamund Hunt con la serena jovialidad de quien sabe que sus canciones y sus discursos siempre han tenido seguros el ‘bis’.

—Sólo tu sombrero, me parece —

dijo Diana Duke—; pero se me ocurre que eso a veces tiene más importancia.

En la cara de Rosamund asomó por un instante un resentimiento de niña mimada y, luego, el humor de persona muy sana. Soltó la risa y dijo:

—Bueno, tendría que ser un viento muy grande para arrancarte la cabeza.

Se produjo un nuevo silencio; y el sol poniente, al surgir cada vez más por entre las nubes divididas, llenó de fuego suave la habitación y pintó de oro y rubí las opacas paredes.

—Alguien me dijo una vez — continuó Rosamund Hunt— que es más fácil conservar la cabeza cuando se ha

perdido el corazón.

—Ay, no hables de esas pavadas —
dijo Diana Duke con brusquedad brutal

Afuera, el jardín se había vestido de dorado esplendor; pero el viento seguía soplando obstinadamente, y los tres hombres que se mantenían firmes también podrían haber comentado el problema de los sombreros y las cabezas. Y, efectivamente, su posición, en lo que a sombreros se refiere, era en cierto modo típica de cada uno. El más alto de los tres afrontaba el vendaval con galera de felpa que el viento parecía atacar tan en vano como a aquella otra torre taciturna: la casa situada a sus

espaldas. El segundo trataba, en todas las posturas, de sujetar en su sitio un sombrero de paja dura hasta que por último se quedó con él en la mano. El tercero no tenía sombrero, y, por su actitud, parecía no haberlo tenido en toda su vida. Quizás este viento era una especie de varita mágica para probar a hombres y mujeres, porque había mucho del temperamento de los tres hombres en esa diferencia.

El hombre de la sólida galera de felpa era la encarnación de lo sólido y de lo afelpado. Grande, afable, aburrido y (según algunos) aburridor; de pelo rubio y alisado, de gruesas facciones,

correctas: un médico joven de mucho porvenir, llamado Warner. Pero si, a primera vista, de puro afable y blondo parecía un poquito fatuo, en verdad no tenía un pelo de tonto. Si Rosamund Hunt era allí la única persona con mucho dinero, él era el único que hasta ese momento había alcanzado cierta fama generalizada. Su tratado sobre *La existencia probable del dolor en los organismos inferiores* había sido saludado universalmente por el mundo científico como trabajo sólido a la vez que audaz. En una palabra, era indudablemente de seso. No tenía la culpa de que sus sesos fueran de la

especie que la mayoría de la gente quisiera analizar con un hurgón.

El joven que se sacaba y ponía el sombrero era un científico aficionado, de escasa importancia, que veneraba al gran Warner con solemne ingenuidad. En realidad, por invitación de él se encontraba allí el médico distinguido; porque Warner no vivía en semejantes pensiones mediocres, sino en un palacio profesional de la calle Harley. Este joven era, a decir verdad, el menor y el mejor parecido de los tres. Sin embargo, era de esas personas (en ambos sexos se encuentran) que parecen estar condenadas a ser bien parecidas e

insignificantes. De pelo castaño, de colores subidos, vergonzoso, perdía, por decirlo así, la delicadeza de sus facciones en una especie de borrón sepia y bermejo, mientras se sonrojaba y pestañeaba frente al viento. Una de esas personas obvias e inadvertidas: todo el mundo sabía que era Arthur Inglewood, soltero, moral, decididamente inteligente, que vivía de sus pequeñas rentas y se ocultaba en dos pasatiempos predilectos: la fotografía y el ciclismo. Todo el mundo lo conocía y lo olvidaba; incluso ahí, viéndolo en el deslumbramiento de aquel ocaso de oro, había en él algo indefinido como

cualquiera de sus fotografías sepia de aficionado.

El tercero no tenía sombrero; era flaco, vestía ropa vagamente deportiva, y una pipa grande en la boca lo hacía parecer más flaco todavía. Tenía una cara larga e irónica, pelo negro azulado, ojos azules de irlandés y mentón azulado de actor. Era irlandés, pero no actor, excepto en las pasadas épocas de charadas de la señorita Hunt; de hecho se trataba de un oscuro y locuaz periodista, llamado Michael Moon. En un tiempo se supuso confusamente que estudiaba leyes, dando lugar a que el ingenio algo pesado de Warner hiciera

chistes con las palabras «barra» y «bar»^[2] y observara que en ese último sitio sus amigos lo encontraban más a menudo. Moon, sin embargo, no bebía, ni siquiera se emborrachaba con frecuencia; era simplemente un caballero a quien le agradaba la baja compañía. Esto era en parte porque esa compañía es más tranquila que la de la sociedad; y, si le gustaba conversar con una camarera de bar (como aparentemente le gustaba) se debía principalmente a que la muchacha hacía todo el gasto de la conversación. Además, él solía aportarle la ayuda de otros talentos. Tenía esa curiosa manía

de todos los hombres de su tipo, intelectuales sin ambición: la manía de andar con quienes le eran mentalmente inferiores. Había en la misma casa de pensión un judío diminuto y llamativo de nombre Moses Gould, un hombrecillo cuya vitalidad y vulgaridad propias de negro divertían tanto a Michael que se paseaba con él de bar en bar como propietario de un mono sabio.

La limpieza colosal que el viento había hecho de aquel cielo nublado se aclaraba cada vez más; una cámara tras otra parecían abrirse en el paraíso. Se sentía la impresión de poder por fin encontrar algo más luminoso que la luz.

En la plenitud de ese silencioso fulgor, todas las cosas retomaban sus colores: los troncos grises se volvían plata, el pedregullo plumizo, oro. Un pájaro revoloteó como hoja suelta de un árbol a otro, y sus plumas pardas estaban retocadas con fuego.

—Inglewood —dijo Michael Moon, sin apartar del pájaro sus ojos azules—, ¿tiene usted amigos?

El Dr. Warner interpretó que la pregunta iba dirigida a él y, volviendo la cara ancha y radiante, dijo:

—Ah, sí, yo salgo mucho.

Michael Moon hizo una mueca de risa trágica, y esperó a su verdadero

informante, que habló un momento después con voz que resultaba extrañamente serena, fresca y joven por salir de aquel exterior sepia y hasta polvoriento.

—En realidad —contestó Inglewood—, me parece que he perdido contacto con mis viejos amigos. El amigo más íntimo que he tenido estaba conmigo en el colegio: un tipo llamado Smith. Es curioso que usted mencione esto, porque hoy casualmente me estaba acordando de él, aunque hace siete u ocho años que no lo veo. Seguía ciencias como yo en el colegio; tipo inteligente pero raro; y se fue a Oxford cuando yo me fui a

Alemania. El caso es que el cuento resulta bastante triste. Muchas veces le pedía que viniera a verme, y cuando no tenía noticias de él las averiguaba. Me causó honda impresión oír decir que el pobre Smith se había puesto mal de la cabeza. Los datos, por supuesto, eran un poco confusos; algunos decían que se había sanado; pero eso lo dicen siempre. Hace como un año, yo mismo recibí un telegrama de él. El telegrama, por desgracia, no dejó lugar a dudas.

—Así es —asintió torpemente el Dr. Warner—. La locura es, por lo general, incurable.

—También la cordura —dijo el

irlandés, y lo estudió con mirada lúgubre.

—¿Los síntomas? —preguntó el doctor—. ¿Qué decía ese telegrama?

—Da pena bromear con esas cosas —dijo Inglewood con su modo honrado y tímido—; el telegrama no era de Smith sino de la enfermedad de Smith. Las palabras textuales eran: «*Hombre hallado vivo con dos piernas*».

—Vivo con dos piernas —repitió Michael frunciendo el ceño—. ¿Quizás una versión de *vivito y coleando*... o, en este caso, *pateando*? No soy muy versado sobre las personas que no están en su sano juicio, pero supongo que han

de estar pateando.

—¿Y las que están en su sano juicio?

—preguntó sonriendo Warner.

—Ah, a esas habría que patearlas — dijo Michael con repentino entusiasmo.

—El mensaje es evidentemente insano —continuó el impenetrable Warner—. La mejor prueba es referirse al tipo normal sin desarrollar. Ni un niño de pecho espera encontrar hombres con tres piernas.

—Tres piernas —dijo Michael Moon— vendrían muy bien con este viento.

Efectivamente, una fresca erupción de la atmósfera casi les había hecho

perder el equilibrio, y había roto; en el jardín los árboles ennegrecidos. Más allá se veían correr toda clase de objetos accidentales contra el cielo barrido por el viento: pajas, palos, trapos, papeles y, a lo lejos, un sombrero que se perdía. Su desaparición, sin embargo, no era definitiva; después de unos minutos de intervalo, se lo vio otra vez mucho más grande y más cercano; un panamá blanco remontándose al cielo como un globo, tambaleándose un instante de un lado para otro como un barrilete herido, e instalarse luego en el centro del césped del mismo jardín, vacilante como una

hoja caída.

—Alguien ha perdido un buen sombrero —dijo lacónicamente Warner.

Casi al mismo tiempo que hablaba, otro objeto franqueó la pared del jardín, volando tras el agitado panamá. Era un gran paraguas verde. Después llegó dando tumbos un enorme maletín amarillo, y en seguida una figura como una rueda vertiginosa de piernas, como el del escudo de la Isla de Man.

Pero aunque por el espacio de un relámpago pareció tener cinco o seis piernas, aterrizó sobre dos, como el hombre del extraño telegrama. Tomó la forma de un individuo grande de pelo

claro, en ropa festiva de alegre tono verde. Tenía pelo brillante y rubio que el viento cepillaba al estilo alemán, cara encendida y vivaz como un querube, y nariz saliente y cómica un poco como de perro. La cabeza, sin embargo, decididamente no era querúbica en el sentido de no tener cuerpo. Al contrario, sobre los vastos hombros y la estructura en general gigantesca, la cabeza resultaba curiosa y anormalmente chica. Esto dio lugar a una teoría científica (apoyada plenamente por la conducta observada) de que se trataba de un idiota.

Inglewood tenía una cortesía

instintiva y sin embargo desacertada. Su vida estaba llena de ademanes de auxilio semiesbozados y reprimidos. Y ni siquiera este prodigio de hombrón de verde que saltaba la pared como una reluciente langosta pudo paralizar el pequeño altruismo de sus hábitos ante el caso de un sombrero perdido. Se adelantaba a recoger la prenda del caballero verde, cuando un rugido como de toro lo dejó rígido.

—¡Eso no es deportivo! —bramó el hombrón—. ¡Dele juego limpio, dele juego limpio! —Y fue en pos de su propio sombrero rápida pero cautelosamente, con ojos chispeantes. El

sombrero al principio pareció desfallecer y demorarse en alarde de languidez sobre el asoleado césped; pero, al renovarse y levantarse otra vez el viento, se fue bailando por el jardín con la picardía de un *pas de quatre*. El excéntrico fue brincando detrás con saltos de canguro y explosiones de lenguaje sin respiración, del cual no era siempre fácil seguir el hilo:

—Juego limpio, juego limpio... deporte de reyes... a la caza de sus coronas... completamente humanitario... tramontana... los cardenales a la caza de capelos rojos... la vieja caza inglesa... la emprendió con un sombrero en

Bramber Combe... sombrero en aprietos... galgos lastimados... ¡Lo agarré!

Mientras el viento ascendía de rugido a alarido, el hombre brincó hacia el cielo sobre sus fuertes y fantásticas piernas, dirigió un manotón al sombrero fugitivo, le erró, y cayó despatarrado de boca sobre el césped. El sombrero se alzó sobre él como un ave en triunfo. Pero su triunfo fue prematuro, porque el loco, lanzándose hacia adelante sobre las manos, arboló en alto las botas, agitó las piernas como enseñas simbólicas (lo cual les hizo pensar otra vez en el telegrama), y atrapó, ni más ni menos, el

sombrero con los pies. Un aullido de viento, prolongado y agudo, partió el firmamento de punta a punta. Los ojos de todos los presentes quedaron encandilados por la racha invisible como si una extraña y clara catarata de transparencia se precipitara entre ellos y todos los objetos en derredor. Sin embargo, cuando el hombrón cayó sentado y se coronó solemnemente con el sombrero, Michael se dio cuenta, con increíble sorpresa, de que había estado reteniendo el aliento como quien contempla un duelo.

Mientras aquel alto viento llegaba al máximo de su energía *rascacélica*, se

oyó otra breve exclamación que empezó muy en son de queja pero que acabó muy pronto, ahogada por un silencio abrupto. El cilindro negro y lustroso que constituía el sombrero oficial del Dr. Warner zarpó de su cabeza describiendo la larga y suave parábola matemática de una aeronave, y, al llegar casi a coronar un árbol del jardín, quedó prendido en las ramas superiores. Otro sombrero se había marchado. Los que se encontraban en aquel jardín se sintieron presos en un inusitado torbellino de sucesos. Todos se preguntaban a qué objeto le tocaría ahora el turno de volarse. Antes de que pudieran reflexionar, el vitoreante y

exclamativo cazador de sombreros, iba ya por la mitad del árbol, balanceándose de una horquilla a otra con sus fuertes y dobladas piernas de langosta saltona, y dejando escapar todavía sus misteriosos comentarios entrecortados.

—Árbol de la vida... Igdrasil... [3]
trepar quizás siglos... lechuzas anidando en el sombrero... remotísimas generaciones de lechuzas... usurpando todavía... se fue al cielo... lo usa el hombre de la luna... bandido... no es tuyo... pertenece a facultativo deprimido... en jardín... entrégalo... ¡entrégalo!

El árbol se sacudía y batía y agitaba

de acá para allá igual que un cardo en el viento atronador, y flameaba a pleno sol como una hoguera. La figura humana verde y fantástica, vívidamente destacada contra su rojo y oro otoñal se encontraba ya entre las ramas más altas y alocadas que por pura casualidad no se quebraban bajo el peso del gran cuerpo. El hombre estaba allá arriba, entre las últimas hojas volteadoras y las primeras estrellas parpadeantes de la tarde, y seguía hablando solo, alegremente, aduciendo razones y semiexcusas, en breves boqueadas. Y bien podía faltarle el aliento porque toda su descabellada incursión se había

producido en una sola arremetida; había saltado la pared como una pelota, se había deslizado por el jardín como por un tobogán, y se había disparado árbol arriba como un cohete. Los otros hombres parecían enterrados bajo incidentes que se apilaban: un mundo disparatado donde una cosa empezaba antes de que terminara la otra. En los tres, espontáneamente, surgió el mismo pensamiento. El árbol había estado ahí durante los cinco años que llevaban de contacto con la casa de pensión. Cada uno era activo y fuerte. A ninguno se le había siquiera ocurrido treparse a él. Además, lo primero que sintió

Inglewood fue el mero hecho del colorido. Las hojas vivas y brillantes, el cielo azul pálido, los impetuosos brazos y piernas verdes, le recordaban irracionalmente algo brillante de su infancia, algo parecido a un hombre vestido de colorinches en un árbol de oro; quizá no era sino un mono pintado subido a un palo. Cosa bastante rara, a Michael Moon, aunque más humorista, le dio por un lado más tierno; recordó a medias los antiguos y juveniles ensayos teatrales con Rosamund, y le hizo gracia sorprenderse a sí mismo casi citando a Shakespeare:

*“¿No es el amor, acaso, un
Hércules
que trepa todavía a los árboles
en el jardín de las
Hespérides?”*

Hasta el incommovible hombre de ciencia tuvo la viva y desconcertante sensación de que la Máquina del Tiempo había dado una enorme sacudida y se había adelantado con rechinante rapidez.

No estaba, sin embargo, del todo preparado para lo que sucedió a continuación. El hombre de verde, cabalgando en la frágil rama superior como una bruja en un palo de escoba

muy peligroso, alcanzó el sombrero negro y lo arrebató de su aéreo nido de gajos. Se había roto contra una rama pesada en la primera explosión de su travesía; una maraña de frondas lo había rasgado agujereado y arañado en todas direcciones, un golpe de viento y de follaje lo habían hecho acordeón; tampoco pudo decirse que el comedido caballero de aguda nariz demostrara con su estructura consideración adecuada alguna en el momento en que, por último, lo desenganchó de su sitio. Sea como fuere, cuando lo hubo encontrado, su proceder fue singularmente considerado por algunos. Lo agitó con

ruidosa algazara triunfal e inmediatamente pareció caerse hacia atrás del árbol, al cual, sin embargo, quedó sujeto por las largas y robustas piernas, como un mono que se columpiara colgado de la cola. Pendiente así, cabeza abajo, sobre el despojado Warner, procedió con cierta gravedad a dejar caer el maltrecho cilindro de felpa sobre sus sienes.

—Todo hombre es rey —explicó el filósofo de posición invertida—; luego, todo sombrero es corona. Pero esta es una corona caída del cielo.

Y otra vez intentó la coronación de Warner, el cual, sin embargo, se alejó en

forma muy abrupta de la suspensa diadema; y, cosa asaz extraña, demostrando no desear su antigua decoración en el estado actual.

—¡Es un error, un error! —exclamó con hilaridad el comedido—. Use siempre uniforme, aunque sea uniforme deshilachado. Los ritualistas pueden andar desaliñados siempre. Vaya a un baile con hollín en la pechera; pero vaya con pechera. El cazador usa chaqueta vieja, pero chaqueta vieja colorada. Use sombrero de copa aunque no tenga copa. Lo que vale es el símbolo, viejo gallo. Tome un sombrero, porque al fin y al cabo es su sombrero, con toda la felpa

raspada por la corteza, queridos míos, y el ala ni siquiera rizada; pero, por respeto a antiguos respetos, es todavía, queridos míos, el sombrero rígido más noble del mundo.

Así hablando, con desatinada familiaridad, instaló o aplastó la informe galera de felpa sobre la frente del conturbado médico y cayó de pie entre los otros hombres, siempre conversando, radiante y falto de respiración.

—¿Por qué no se inventan más juegos con el viento? —preguntó con cierto entusiasmo—. Están muy bien los barriletes, pero ¿por qué serán ellos

sólo barriletes? Lo que es a mí se me ocurrieron otros tres juegos para días ventosos mientras me trepaba a ese árbol. Vean uno: se toma un montón de pimienta...

—A mí me parece —interrumpió Moon con mansedumbre sardónica— que sus juegos son ya suficientemente interesante. Permítame preguntarle si es usted un acróbata profesional en gira o un aviso ambulante de Sunny Jim^[4]. ¿Cómo y por qué hace usted este despliegue de energía para saltar paredes y escalar árboles en nuestros suburbios melancólicos, aunque al menos racionales?

El desconocido pareció tornarse confidencial, hasta donde era capaz de serlo persona tan estrepitosa.

—Bueno, es una habilidad mía, personal —confesó ingenuamente—. Lo hago por el hecho de tener dos piernas.

Arthur Inglewood, que en esa escena de locura había retrocedido a segundo plano, se adelantó de repente y clavó la vista en el recién llegado, fruncidos los ojos miopes y un poco más acentuados los subidos colores:

—Me parece que eres Smith —exclamó con su voz fresca casi de niño; y, después de un instante de mirada fija —, pero no estoy seguro.

—Creo que tengo una tarjeta —dijo el incógnito con desconcertante solemnidad—, una tarjeta con mi nombre auténtico, mis títulos, mis oficios, y mi verdadero propósito sobre esta tierra.

Sacó lentamente de un bolsillo superior del chaleco una cartera roja, y también lentamente extrajo de ella una tarjeta muy grande. En ese mismo instante les pareció que tenía una forma rara, parecía distinta de las tarjetas que acostumbraban llevar los caballeros. Pero estuvo ahí un momento tan sólo; porque al pasar de sus dedos a los de Arthur, el uno o el otro la dejó escapar.

La ráfaga estridente y arrolladora de aquel jardín se llevó consigo la tarjeta del desconocido para agregarla a los desordenados desechos del universo; y aquel vendaval del oeste sacudió toda la casa, y pasó.

CAPÍTULO SEGUNDO: El equipaje de un optimista

Todos recordamos aquellos cuentos de hadas de nuestra infancia, en los cuales se jugaba con la suposición de que los animales grandes podían saltar en la misma proporción que los diminutos. Si un elefante fuera tan fuerte como una langosta, podría (supongo yo) saltar limpiamente desde el Jardín Zoológico y descender trompeteando

sobre Primrose Hill. Si una ballena fuese capaz de dar brincos fuera del agua como una trucha, quizás la gente podría mirar hacia arriba y ver a alguna planeando sobre Yarmouth como la alada isla de Laputa^[5].

Esa energía natural, aunque sublime, no dejaría por cierto de tener dificultades: muchos de esos inconvenientes acompañaban la alegría y las buenas intenciones del hombre vestido de verde. Para todo era demasiado grande, porque además de grande era vivaz. Por una afortunada providencia física, la mayoría de las criaturas muy voluminosas son también

tranquilas; y las pensiones de mediana categoría en los barrios mediocres de Londres no están calculadas para un hombre de las proporciones de un buey con el entusiasmo de un gatito.

Cuando Inglewood siguió al recién llegado al interior de la pensión, lo encontró hablando en serio (y, a su modo de ver, en privado) a la incapaz Sra. Duke. Aquella gorda y lánguida señora no atinaba más que a alzar tamaños ojos redondos, a modo de pez moribundo, hacia el enorme caballero nuevo, que se ofrecía cortésmente como huésped, con vastos ademanes del ancho sombrero blanco en una mano y del maletín

amarillo en la otra. Felizmente la sobrina y socia de la Sra. Duke, más eficiente, estaba allí para completar el contrato; porque, en verdad, toda la gente de la casa se había congregado no se sabe cómo, en la habitación. Este hecho era realmente típico de todo el episodio. El visitante creaba una atmósfera de crisis cómica; y desde el momento en que entró a la casa hasta el momento en que la dejó logró en cierto modo hacerse rodear y seguir por los huéspedes (aunque en son de burla) así como los niños rodean y siguen a un teatro ambulante de títeres.

Una hora antes y durante cuatro años

hasta entonces, esas personas habían estado eludiéndose aun cuando se tenían verdadera simpatía. Se habían escabullido por piezas lóbregas y desiertas buscando determinados periódicos o alguna labor manual privada. Aun ahora todos llegaron fortuitamente como por intereses diversos, pero todos llegaron. Allí estaba el tímido Inglewood, todavía una especie de sombra roja; ahí también el nada tímido Warner, una sustancia pálida pero sólida. Ahí estaba Michael Moon ofreciendo como un acertijo el contraste de la tosquedad caballuna de su ropa con la sombría sagacidad de su rostro.

Lo acompañaba su aún más cómico compinche Moses Gould. Fanfarroneando sobre sus cortas piernas, con una ampulosa corbata violeta, era el más alegre de los perritos infieles; pero como un perro también en eso; por más que bailara y coleara de gozo, los dos ojos oscuros a cada lado de su nariz protuberante, relucían lúgubrementemente como botones negros. Ahí estaba Rosamund Hunt, todavía con el hermoso sombrero blanco formando marco a su cuadrada cara jovial, y todavía con su aire innato de estar vestida para una fiesta que no llegaba jamás a realizarse. Ella, como el Sr.

Moon, tenía una nueva compañera, nueva tan sólo con respecto a esta narración, pero en realidad una antigua amiga y protegida. Era esta mujer joven, menuda, de gris oscuro, con nada más notable que una masa de cabello rojo opaco cuyo arreglo daba en cierto modo a su cara pálida aquel aspecto triangular, casi en pico, que resultaba del tocado y la rica golilla de las beldades isabelinas. Su apellido era, según parece, Gray, y la Srta. Hunt le decía Mary con ese tono indescriptible que sólo se aplica a una antigua subalterna que prácticamente se ha convertido en amiga. Llevaba una crucecita de plata

sobre su serio traje gris y era el único miembro del grupo que iba a la iglesia. Por último —pero no la última, sino todo lo contrario—, allí estaba Diana Duke, estudiando al recién llegado con ojos de acero y escuchando con cuidado cada palabra idiota que pronunciaba. En cuanto a la Sra. Duke, alzaba hacia él la faz sonriente, pero ni siquiera soñaba en escucharlo. Nunca había escuchado de veras a ser alguno en su vida: razón por la cual, no faltó quien lo dijera, seguía sobreviviendo.

Sin embargo, a la Sra. Duke le complacía esa concentración cortés del nuevo huésped sobre su persona. Porque

nadie le había hablado jamás en serio, así como ella a nadie había escuchado en serio jamás. Y casi resplandecía, mientras el desconocido, con ademanes explicativos cada vez más amplios, poco menos que giratorios, sin dejar el sombrero y el maletín enormes, pedía disculpa por haber entrado por la pared en vez de hacerlo por la puerta de calle. Se interpretó que lo achacaba a una malhadada tradición familiar de prolijidad y cuidado de la ropa.

—Mi madre era un poco estricta en ese punto, a decir verdad —dijo, bajando la voz, a la Sra. Duke—. Nunca le gustó que perdiera la gorra en la

escuela. Y cuando a un hombre se le ha enseñado a ser ordenado y prolijo, eso se le queda pegado.

La Sra. Duke boqueó débilmente que sin duda habría tenido una madre muy buena; pero su sobrina parecía tener ganas de sondear más el asunto.

—Tiene usted una idea rara de la prolijidad —dijo—, si la hace consistir en saltar paredes y escalar árboles. No sé bien cómo puede un hombre treparse a un árbol ordenadamente.

—Puede franquear una pared con limpieza —dijo Michael Moon—; yo se lo vi hacer.

Smith parecía estar mirando a la

muchacha con genuino asombro.

—Mi querida joven —dijo—, yo estaba ordenando el árbol. No le querría usted ver con sombreros del año pasado así como no querría verlo con hojas del año pasado, ¿no es así? El viento sacó las hojas, pero no pudo con el sombrero; ese viento, supongo, ha ordenado hoy bosques enteros. Extraña idea es esa de que el orden es una especie de cosa tímida y tranquila; el orden es faena para gigantes. Usted no puede arreglar nada sin desarreglarse usted misma; mire un poco mis pantalones. ¿No sabe usted eso? ¿Nunca ha hecho una limpieza de primavera?^[6]

—Cómo no, señor —dijo la Sra. Duke casi ansiosamente—. Todas esas cosas las encontrará lo más bien. —Por primera vez había oído dos palabras que podía entender.

La señorita Diana Duke parecía estar estudiando al desconocido en una especie de espasmo de cálculo; luego cerró sus ojos negros de golpe y dijo que, si quería, se le podría dar un dormitorio privado en el piso alto: y el silencioso y sensible Inglewood que había estado en ascuas durante esos despropósitos, se ofreció afanoso a acompañarlo a la pieza. Smith subió la escalera de cuatro en cuatro, y cuando se

dio la cabeza contra el último techo, Inglewood tuvo una curiosa sensación de que el alto edificio era mucho más bajo que antes.

Arthur Inglewood siguió a su antiguo amigo, o a su nuevo amigo, porque no sabía claramente cuál de las dos cosas era. Por momentos la cara parecía muy semejante a la de su ex condiscípulo y por momentos muy distinta. Y cuando Inglewood se apartó de su innata cortesía hasta el punto de decir de pronto: —¿Usted se llama Smith?—, recibió la nada aclaratoria respuesta de: —Perfectamente; perfectamente. Muy bueno. ¡Excelente!— lo cual a

Inglewood, al reflexionar, le pareció más el lenguaje de un recién nacido al aceptar un nombre que el de un adulto que recibe el suyo.

A pesar de tales dudas sobre su identidad, el infeliz Inglewood se quedó mirando al otro que deshacía su equipaje, mientras él mismo daba vueltas por el dormitorio en todas las actitudes impotentes del amigo varón. El Sr. Smith sacaba sus prendas con la misma clase de precisión vertiginosa con que trepaba a un árbol, arrojando las cosas fuera de la valija como si fuesen basura, pero logrando con todo distribuirlas simétricamente en el suelo

a su alrededor.

Al hacerlo, continuaba hablando en la misma forma entrecortada (había subido los escalones de a cuatro, pero aun sin esto el estilo de su habla era falto de aliento y fragmentario), y sus observaciones seguían siendo una cadena de cuadros más o menos significativos pero muchas veces disgregados.

—Como el día del juicio —dijo, arrojando una botella de manera que, no se sabe cómo, cayó balanceándose sobre el extremo que correspondía—. La gente dice universo vasto... infinitud y astronomía; problemático... me parece

que las cosas están demasiado amontonadas... empaquetadas; para viajar... las estrellas demasiado cerca en realidad... vaya, el sol es una estrella, demasiado cercana para que se pueda ver bien; la tierra es una estrella, demasiado cercana para que se vea ni poco ni mucho... demasiadas piedritas en la playa; todas merecían engarzarse en anillos; demasiadas hojitas de hierba para estudiar... plumas en un pájaro que marean los sesos; espere que se vacíe la valija... entonces todos seremos colocados en nuestro lugar correspondiente.

Aquí se detuvo, literalmente por la

falta de respiración, arrojando una camisa al otro extremo de la pieza, y luego un frasco de tinta, de modo que vino a caer detrás con toda limpieza. Inglewood paseó la vista por ese extraño desorden semimetódico con una duda creciente.

En efecto, cuando más se exploraba el equipaje de vacaciones del Sr. Smith, tanto menos se sacaba en limpio al respecto. Una de sus peculiaridades era que todo parecía estar allí por el motivo que no le correspondía. Lo que para todo el mundo resultaba secundario, era primario para él. Envolvía en papel madera un cacharro; y el inadvertido

ayudante descubriría luego que el cacharro carecía de valor y aun innecesario, y que lo realmente precioso era el papel madera. Extrajo dos o tres cajas de cigarros y explicó con sencilla e intrigante sinceridad que él no fumaba pero que, la madera de las cajas de cigarros era con mucho la mejor para calar. Exhibió también unas seis botellitas de vino, blanco y tinto; e Inglewood, fijándose casualmente en un Volnay que él sabía excelente, supuso al principio que el forastero era un epicúreo en bebidas. Le sorprendió, pues, ver que la botella siguiente contenía un vil clarete falsificado de las

colonias, que ni siquiera beben los mismos colonos (hagámosles justicia). Sólo entonces observó que las seis botellas tenían brillantes sellos metálicos, de varios tonos, y parecían haber sido elegidas únicamente porque daban los tres colores primarios y los tres secundarios: rojo, azul y amarillo; verde, violeta y anaranjado. Se apoderó de Inglewood una sensación casi espeluznante de la verdadera puerilidad de aquella criatura. Porque Smith era realmente, hasta donde puede serlo la psicología humana, inocente. Tenía las sensualidades de la inocencia. Le encantaba lo pegajoso de la goma, y

cortaba la madera blanca ávidamente como quien corta un bizcochuelo. Para este hombre el vino no era una cosa dudosa que podía ser defendida o atacada; era un jarabe de curiosos colores, como los que ve un niño en una vidriera. Hablaba con autoridad y sin miramientos de la situación social; aunque no lo hacía haciendo valer sus derechos, como un superhombre en una comedia moderna. Sencillamente se olvidaba de sí mismo, como un chiquillo en una fiesta. Había dado, quién sabe cómo, un paso gigantesco desde la primera infancia a la edad viril, salteándose esa crisis de juventud en la

cual la mayoría envejecemos.

Cuando arrinconó su gran maletín, Arthur observó las iniciales «I. S.» impresas en un costado, y se acordó de que a Smith lo llamaban en el colegio Innocent Smith, aunque no podía recordar si era como nombre formal, de pila, o a manera de descripción moral. Estaba por aventurarse a hacer otra pregunta, cuando se oyó golpear la puerta y se ofreció la breve silueta del señor Gould, con el melancólico Moon detrás, como su sombra alta y torcida. Los había hecho subir la escalera tras los otros dos hombres la errabunda congenialidad masculina.

—No quisiéramos entrometernos — dijo el sonriente Moses con una llamarada de buen humor, pero sin la más leve intención de disculparse.

—Lo cierto es —dijo Michael Moon con relativa cortesía— que se nos ocurrió ver si lo había instalado bien. La señorita Duque es bastante...

—Ya sé —dijo el desconocido, alzando del maletín los ojos radiantes—. Magnífica, ¿no? Acercarse a ella, oír música militar que pasa, como Juana de Arco.

Inglewood hizo un movimiento de sorpresa y miró fijamente al interlocutor como quien acaba de oír un cuento de

hadas descabellado que contiene
asimismo una pequeña realidad
olvidada. Porque recordó cómo él
mismo había pensado en Juana de Arco
hacia años cuando, siendo poco más que
un colegial, vino por primera vez a la
casa de pensión. Pero hacía mucho que
el racionalismo destructor de su amigo,
el doctor Warner, había aplastado
semejantes ignorancias juveniles y
sueños desproporcionados. Con el
escepticismo warneriano y la ciencia
warneriana de los tipos humanos
incurables, Inglewood había llegado
hacia tiempo a considerarse un tipo
tímido, insuficiente y débil, que no se

casaría nunca; a considerar a Diana Duke como una criada materialista; y a considerar su primera simpatía hacia ella como la insignificante e insípida farsa de un estudiante que besa a la hija de su casera. Y, sin embargo, la frase sobre la música militar lo conmovió extrañamente como si hubiese oído aquellos lejanos tambores.

—Tiene que ajustar bastante las cosas, como es natural —dijo Moon, paseando la mirada por la habitación casi diminuta con su trozo de techo oblicuo como la capucha cónica de un enano.

—Un poco chico el estuche para

usted, señor —dijo el señor Gould, el retozón.

—Pero es una pieza espléndida —contestó con entusiasmo el señor Smith con la cabeza dentro de su maletín—. Me encantan estas piezas puntiagudas, como el gótico. A propósito —exclamó, señalando de una manera repentina e imprevista—, ¿adónde conduce aquella puerta?

—A la muerte segura, diría yo —contestó Michael Moon mirando para arriba hacia una puertita de escape sucia y abandonada en el techo sesgado de la buhardilla—. No creo que haya allí un altillo; y no se me ocurre a qué otra cosa

podría conducir —mucho antes de que él hubiera terminado su frase, el hombre de las robustas piernas verdes había saltado hacia la puerta del techo, balanceándose Dios sabe cómo hasta la saliente debajo de ella; la había abierto a tirones después de una breve lucha, y se había escabullido por allí. Por un instante se vieron las dos piernas simbólicas paradas como una estatua tronchada; luego desaparecieron. Por el agujero así abierto de golpe en el tejado apareció el vacío y lúcido cielo de la tarde con una gran nube de mil colores que lo surcaba cual si fuera un país enteramente invertido.

—¡Hola, muchachos! —llegó el lejano llamado de Innocent Smith, al parecer desde algún remoto pináculo—. Súbanse aquí, y traigan algunas de mis cosas de comer y beber. Este es el sitio mandado hacer para un picnic.

Con impulso repentino Michael arrebató dos de las botellitas de vino, una en cada puño sólido; y Arthur Inglewood, como hipnotizado, tanteó por una lata de galletitas y un gran tarro de jengibre. La enorme mano de Innocent Smith, apareciendo por la abertura como la de un gigante en un cuento de hadas, recibió estos tributos y se los llevó al nido de águilas; luego los dos se izaron

por la ventana. Los dos eran atléticos y hasta gimnastas; Inglewood por su amor a la higiene, y Moon por su amor al deporte, que no era tan ocioso e inactivo como el del tipo común del deportista. Los dos también tuvieron una sensación delirante y celestial cuando, a manera de estallido, se abrió aquella puerta en el tejado, tal como si estallara una puerta en el firmamento y pudieran treparse al tejado mismo del universo. Los dos eran hombres que habían estado mucho tiempo encarcelados inconscientemente en lo convencional y mediocre, aunque uno lo tomara en broma y al otro en serio. Los dos, sin embargo, eran

hombres en quienes no había muerto nunca el sentimiento. Pero el señor Moses Gould despreciaba igualmente el atletismo suicida y el trascendentalismo subconsciente, y se quedó en su sitio riéndose de la cosa con la desvergonzada racionalidad de otra raza.

Cuando el singular Smith, montado en una chimenea, se enteró de que Gould no los seguía, su comedimiento infantil y su buen humor lo forzaron a sumergirse de nuevo en la buhardilla para consolar o persuadir; y quedaron solos Inglewood y Moon sobre el largo borde gris verdoso del techo de pizarra,

apuntalados los pies contra canaletas y apoyadas las espaldas contra chimeneas, mirándose el uno al otro agnósticamente. Su primera impresión fue que habían salido a la eternidad y que la eternidad era muy parecida al mundo al revés. Una definición se le ocurrió a uno de ellos: que había salido a la luz de aquella lúcida y radiante ignorancia en la cual habían comenzado todas las creencias. El firmamento sobre ellos estaba lleno de mitología. El cielo parecía bastante profundo para contener a todos los dioses. La redondez del éter se tornaba poco a poco de verde en amarilla como una gran fruta que va madurando. Todo,

alrededor del hundido sol, era como un limón; todo, alrededor del este, una especie de verde dorado que sugería más bien una ciruela de ese tinte; pero el conjunto tenía aún la vaciedad de la luz del día y nada del secreto del crepúsculo. Tirados acá y allá sobre aquel oro y verde pálido se veían fragmentos y masas despedazadas de nubes violáceas como tinta, que parecían caer hacia la tierra en todas las formas de una perspectiva colosal. Una de ellas tenía realmente el carácter de una imagen asiria de muchas mitras, muchas barbas, muchas alas con la enorme cabeza para abajo, arrojada del

cielo: una especie de falso Jehová que era tal vez Satanás. El resto de las nubes tenían absurdas formas almenadas, como si en pos de aquél se hubieran lanzado los palacios de los dioses.

Y sin embargo, mientras el cielo vacío estaba lleno de silenciosa catástrofe, en la cumbre de edificios humanos sobre la cual estaban sentados vibraba uno que otro ruido exiguo y trivial que era exactamente la antítesis; y oyeron la voz de un vendedor de diarios allá como unas seis calles más abajo, y una campana que llamaba al culto. También oyeron hablar en el jardín de abajo; y se dieron cuenta de que el

incontenible Smith debía de haber seguido a Gould por la escalera, porque se distinguía su acento vehemente y suplicante, y luego las protestas semicómicas de la señorita Duke y la risa sonora muy juvenil de Rosamund Hunt. El aire tenía esa fría suavidad que viene después de una tormenta. Michael Moon lo bebía, saboreándolo tan serio como la botellita de clarete barato que había vaciado casi de un trago. Inglewood continuaba comiendo jengibre muy despacio y con una solemnidad tan insondable como el cielo encima de él. Había todavía bastante movimiento en la frescura de la

atmósfera como para hacerlos casi imaginar que podían oler la tierra del jardín y las últimas rosas del otoño. De repente surgió del jardín que oscurecía un pin y pon argentino, avisándoles que Rosamund había desenterrado su mandolín por largo tiempo abandonado. Después de las pocas notas primeras, se oyó otra vez la lejana risa de campanilla.

—Inglewood —dijo Michael Moon — ¿ha oído usted decir alguna vez que soy un bribón?

—No lo he oído nunca y no lo creo —contestó Inglewood después de una pausa un poco rara—. Pero he oído

decir que usted es... lo que dicen bastante alocado.

—Si ha oído decir que soy alocado, puede usted desmentir el rumor —dijo Moon con extraordinaria calma—. Soy manso. Soy completamente manso. Soy casi el animal más manso que se arrastra. Bebo demasiado whisky de la misma marca a las mismas horas todas las noches. Hasta me excedo más o menos en la misma cantidad. Frecuento el mismo número de tabernas. Me encuentro con las mismas malditas mujeres de cara color malva. Escucho la misma cantidad de cuentos verdes, generalmente los mismos cuentos

verdes. Puede usted tranquilizar a mis amigos, Inglewood; tiene usted delante a una persona a quien la civilización ha amansado por completo.

Arthur Inglewood miraba absorto, con sentimientos que por poco lo hicieron caer del tejado, porque en realidad la cara del irlandés, siempre siniestra, estaba ahora casi demoníaca.

—¡Maldito sea! —exclamó Moon empuñando de repente la botella vacía de clarete—; este es quizás el vino más pobre y más asqueroso que he desembotellado en mi vida, y es la única bebida que me ha dado verdadero placer en nueve años. Nunca fui loco hasta

hace diez minutos. —Y mandó la botella zumbando, una rueda de vidrio, lejos, más allá del jardín, al medio de la calle, donde, en el profundo silencio de la tarde, se pudo hasta oír cómo se partía y se rompía sobre las piedras.

—Moon —dijo Arthur Inglewood con la voz un poco velada— no hay que amargarse tanto por eso. Cada uno tiene que tomar el mundo como lo encuentra; claro está que uno lo encuentra muchas veces un poco aburrido...

—Aquel tipo no —dijo Michael categóricamente— quiero decir aquel tipo Smith. Se me ocurre que hay cierto método en su locura. Parece como que

podría pasar en cualquier momento al país de las maravillas nada más que con dar un paso fuera del camino común. ¿Quién hubiera pensado en esa puertita escondida? ¿Quién hubiera pensado que ese clarete colonial de los demonios pudiese resultar sabroso sobre las chimeneas? Quizá sea ésta la verdadera llave del País de las Hadas. Quizá los inmundos cigarrillos «Imperio» de Narigueta Gould no son sino para ser fumados en zancos o algo por el estilo. Quizás el cordero fiambre de la señora Duke resulte apetitoso encima de un árbol. Quizá la insulsez monótona, sucia, maldita de mi whisky Old Bill...

—No se trate tan mal —dijo Inglewood seriamente afligido—. El aburrimiento no es por culpa de usted ni del whisky. Los tipos que no... los tipos como yo, digo, tienen exactamente la misma impresión de que todo es bastante chato, y un fracaso. Pero el mundo está hecho así; todo consiste en seguir viviendo. Algunos están destinados a prosperar como Warner; y otros están destinados a estancarse como yo. No se puede contra el temperamento. Sé que usted es mucho más inteligente que yo; pero no puede usted evitar tener todas las costumbres bohemias de un pobre tipo literato, y yo no puedo evitar todas

las dudas e impotencias de un tipo científico de poca monta, como un pez no podría evitar flotar ni un helecho enrularse. La Humanidad, como tan bien lo dijo Warner en aquella conferencia, consiste realmente en tribus muy diferentes de animales todos disfrazados de hombres.

Abajo, en el turbio jardín, el susurro de la charla se cortó de repente por el instrumento musical de la señorita Hunt, que estalló con brusquedad de artillería en una tonada vulgar pero animada.

La voz de Rosamund ascendió rica y fuerte en las palabras de una tonta canción negra de moda:

*Canten coplas, morenitos, en
la vieja plantación,
Las que juntos entonábamos
en el tiempo que se fue.*

Los ojos pardos de Inglewood se suavizaron y se entristecieron aún más mientras continuaba su monólogo de resignación al compás de música tan juguetona y romántica. Pero los ojos azules de Michael Moon brillaron y se endurecieron con una luz que Inglewood no comprendió. Muchos siglos y muchas aldeas y muchos valles hubieran sido más felices si Inglewood, o los compatriotas de Inglewood, hubiesen

comprendido alguna vez esa luz o adivinado al primer asomo que era la estrella de batalla de Irlanda.

—Nada podrá cambiarlo jamás; está en las ruedas del universo —continuó Inglewood en voz baja—: algunos hombres son débiles y otros fuertes, y lo único que podemos comprender es saber que somos débiles. He estado enamorado muchas veces, pero no podía hacer nada porque tenía presente mi propia inconstancia. He formado opiniones, pero no he tenido la audacia de imponerlas porque las he cambiado tantas veces. Esa es la conclusión, viejo.

No podemos tener confianza en

nosotros mismos... y no lo podemos evitar.

Michael se había puesto de pie y se colocó en posición peligrosa al extremo del tejado como una oscura estatua suspendida sobre su alero triangular. Detrás de él, enormes nubes le un violeta casi imposible se invertían lentamente en la silenciosa anarquía del cielo. Su movimiento giratorio acentuaba la impresión de vértigo que de aquella sombría figura se desprendía.

—Vamos a... —dijo, y se calló de golpe.

—¿Vamos a qué? —preguntó Arthur Inglewood levantándose con igual

prontitud pero con algo más de cautela, porque su amigo parecía encontrar cierta dificultad en hablar.

—Vamos a hacer algunas de esas cosas que no podemos hacer.

En el mismo momento surgieron de golpe por la puerta de escape, debajo de ellos, el pelo de papagayo y el rostro encendido de Innocent Smith, apremiándolos a bajar porque el «concierto» estaba en lo mejor y el señor Moses Gould se preparaba a declamar El joven Lochinvar.

Cuando se dejaron caer en la buhardilla de Innocent, casi cayeron de nuevo al tropezar con sus divertidos

bártulos. Inglewood, contemplando el suelo cubierto de cosas, recordó instintivamente el piso lleno de juguetes de un cuarto de niños. Se sintió, pues, tanto más conmovido cuanto escandalizado al detener la vista sobre un revólver norteamericano grande y bien lustrado.

—¡Hola! —exclamó, retrocediendo ante aquel brillo acerado, como se retrocede ante una víbora—; ¿tiene miedo de que haya ladrones? ¿O cuándo y por qué reparte usted la muerte con ese aparato?

¡Oh, eso! —dijo Smith, echándole una sola mirada—; yo reparto vida con

eso —y bajó a grandes trancos la
escalera.

CAPÍTULO

TERCERO: La

Bandera del Faro

Durante todo el día siguiente hubo en la Casa del Faro una descabellada sensación de que era el cumpleaños de todo el mundo. Está de moda hablar de las instituciones como de cosas frías y llenas de trabas. La verdad es que cuando la gente anda con el ánimo excepcionalmente alegre, realmente loco de libertad y de invención, tiene siempre que crear instituciones y, de hecho,

siempre las crea. Cuando los hombres se cansan, caen en la anarquía; pero mientras están contentos y vigorosos, invariablemente dictan reglas. Esto que es cierto en lo que a todas las iglesias o repúblicas de la historia se refiere, es cierto también tratándose del juego de salón más trivial o del rústico retozar más primitivo. Nunca somos libres mientras una institución no nos pone en libertad, y la libertad no puede existir mientras la autoridad no la proclama. Hasta la loca autoridad de Smith, el arlequín, era, con todo, autoridad, porque en todas partes producía un haz de disparatadas reglamentaciones y

condiciones. A todos les infundía su propia vida semitrastornada; pero eso no se expresaba en forma de destrucción, sino más bien de vertiginosa y desequilibrada construcción. Los pasatiempos preferidos de cada cual se iban convirtiendo en instituciones. Los cantos de Rosamund parecían articularse en una especie de ópera; los gestos y párrafos de Michael, en una revista ilustrada; la pipa del uno y el mandolín de la otra parecían formar juntos una especie de concierto humeante. El vergonzoso y asombrado Arthur Inglewood casi luchaba contra su propia creciente

importancia. Sentía como si, a su pesar, sus fotografías se estuvieran convirtiendo en una galería de cuadros, y su bicicleta en un concurso de pruebas. Pero nadie tenía tiempo de criticar esos improvisados estados y oficios, porque se sucedían deshilvanadamente como los temas de un charlatán.

La existencia con un hombre semejante era una carrera de obstáculos, hecha de obstáculos agradables. De cualquier objeto familiar y trivial podía sacar carretes de exageración, como un prestidigitador. No había cosa más retraída y personal que la fotografía del pobre Arthur. Pero al absurdo Smith se

lo veía ayudándolo, con entusiasmo, durante soleadas horas matinales, y una serie indefendible clasificada con el nombre de «Fotografía Moral» empezó a desarrollarse en la pensión. No era sino una versión del viejo truco del fotógrafo que repite la misma figura en una misma placa, haciendo que un hombre juegue al ajedrez consigo mismo, cene consigo mismo, etc. Sin embargo, esas placas eran más misteriosas y ambiciosas, por ejemplo: «La señorita Hunt se olvida a sí misma», mostrando a esa señorita en el acto de responder a su propio saludo desmesuradamente expresivo con una mirada fija de desconocimiento

aterrador; o también: «El señor Moon se procesa a sí mismo», en la cual se presentaba al señor Moon volviéndose loco bajo la presión de su propio interrogatorio legal dirigido por un largo dedo índice y un aire de burla sangrienta. Una trilogía de inmenso éxito que representaba a Inglewood reconociendo a Inglewood, a Inglewood pros ternándose delante de Inglewood, y a Inglewood vapuleando severamente a Inglewood con un paraguas, la quería hacer ampliar Innocent Smith para colocarla en el *hall*, como una especie de fresco, con la inscripción:

«Tres cosas: conocimiento, respeto

y dominio propios, bastan para hacer de un hombre un perfecto presumido».

—Tennyson^[7]

Asimismo, nada podía ser más prosaico e impenetrable que las energías domésticas de la señorita Diana Duke. Pero Innocent, no se sabe cómo, descubrió que la economía de esa señorita en materia de corte y confección iba acompañada de una notable preocupación femenina por el vestido: la única cosa femenina que nunca había fallado a su solitario respeto de sí misma. En consecuencia, Smith la apestilló con la teoría (que él parecía de veras tomar en serio) de que

las mujeres podrían combinar economía con magnificencia si trazaran dibujos leves con tiza sobre vestidos lisos y los borrarán después sacudiéndolos bien. Instaló la «Compañía Relámpago de Confección de Smith» con dos biombos, una alacena de cartón y una caja de lápices suaves y vistosos; y la señorita Diana le tiró positivamente un desechado guardapolvo o vestido de faena negro, para que ensayase con él su talento de modista. Smith le presentó de inmediato un traje inflamado en mirasoles de púrpura y oro; ella lo suspendió un instante de sus hombros, y pareció una emperatriz. Y Arthur

Inglewood, unas horas después, al limpiar su bicicleta (con aquel aire habitual de estar oculto en ella de modo inextricable), alzó la vista y su rostro acalorado se intensificó porque Diana, por un instante, se asomó riendo a la puerta, con su oscuro ropaje enriquecido por el verde y violeta de grandes pavos reales decorativos, que parecían un jardín secreto de las Mil y Una Noches. Una punzada demasiado rápida para que se la pudiera llamar dolor o placer le atravesó el corazón como un antiguo estoque. Se acordó de lo bonita que la había encontrado años atrás, cuando estaba dispuesto a enamorarse de

cualquiera; pero era como recordar el culto de alguna princesa de Babilonia en alguna existencia anterior. En la siguiente vislumbre de su silueta (y se sorprendió a sí mismo esperándola) la tiza violeta y verde había sido cepillada, y ella pasó rápida en su traje de faena.

En cuanto a la señora Duke, nadie que conociese a aquella matrona podía concebirla como resistiendo activamente esa invasión que le había revuelto la casa. Pero entre los observadores más prolijos había la firme creencia de que estaba complacida. Porque era una de aquellas mujeres que en el fondo consideran a todos los hombres como

animales locos, salvajes, de especies completamente separadas. Y es dudoso de que en realidad viera algo más excéntrico o inexplicable en los picnics sobre las chimeneas o en los mirasoles rojos de Smith que en la química de Inglewood y en las frases sardónicas de Moon. La cortesía, por otra parte, es cosa que todo el mundo puede entender, y los modales de Smith eran tan corteses como poco convencionales. Ella decía que era «un perfecto caballero», con lo cual quería decir sencillamente un hombre de buen corazón, cosa muy diferente. Se sentaba —ella— a la cabecera de la mesa, con las regordetas

manos cruzadas, y una gorda sonrisa replegada, durante horas consecutivas, mientras los demás hablaban a un tiempo. La única otra excepción era la compañera de Rosamund, Mary Gray, sumida en un silencio mucho más ansioso. Aunque no hablaba nunca, todo el tiempo parecía estar dispuesta a hablar en cualquier momento. Quizá sea esa la definición real de una dama de compañía. Innocent Smith parecía lanzarse, así como a tantas otras, a la aventura de hacerla hablar. Nunca lo logró y sin embargo, nunca fue desairado. Si algo consiguió fue tan sólo atraer la atención sobre esa silenciosa

figura e ir convirtiéndola, con muy poco esfuerzo, de prototipo de modestia en prototipo de misterio. Pero si era un enigma, todos reconocían que era un enigma fresco e incontaminado como el enigma del cielo y de los bosques en primavera. En efecto, aunque algo mayor que las otras dos muchachas, tenía un ardor mañanero, una fresca seriedad juvenil que Rosamund parecía haber perdido con el mero hecho de gastar dinero, y Diana con el de ahorrarlo. Smith la miraba y la volvía a mirar. Tenía Mary los ojos y la boca distribuidos en la cara de forma singular, pero que, en realidad, era la

correcta. Tenía la habilidad de decirlo todo con la cara: su silencio era una especie de aplauso sostenido.

Sin embargo entre las cómicas experiencias de ese día de fiesta (que más parecía una semana que un día), hay una que descuella entre todas, no porque fuera más tonta o de mayor éxito que las demás, sino porque de esa locura en particular fluyeron todos los extraños sucesos siguientes. El resto de las bromas explotaron solas y murieron en el vacío, todas las demás ficciones se replegaron sobre sí y terminaron como un canto. Pero la cadena de sólidos y asombrosos hechos, que habían de

incluir un coche de plaza, un pesquisa, una pistola y una licencia de matrimonio, se hizo toda ella primariamente posible merced a una broma: la de la Suprema Corte del Faro.

Había tenido su origen, no en Innocent Smith, sino en Michael Moon. Se encontraba éste presa de un extraño ardor y presión espiritual, y hablaba sin cesar; sin embargo, jamás había sido más sarcástico y hasta inhumano. Utilizaba sus antiguos e inútiles conocimientos de abogacía para hablar festivamente de un tribunal que era una parodia de las pomposas anomalías del derecho inglés. La Suprema Corte del

Faro, declaró, era un espléndido ejemplo de nuestra constitución libre y sensata. Había sido fundada por Juan Sin Tierra en desafío de la Carta Magna, y ahora ejercía poder absoluto sobre molinos, licencias para vino y alcohol, damas viajeras en Turquía, revisión de sentencias sobre hurtos de perros y sobre parricidios, así como absolutamente sobre cualquier cosa que sucediera en la ciudad de Market Bosworth. Todos los ciento nueve senescales de la Suprema Corte del Faro sesionaban una vez cada cuatro siglos; pero en los intervalos (según explicó el señor Moon) todos los poderes de la

institución los investía la señora Duke. La Suprema Corte, sin embargo, por la agitación de todos sus componentes, no conservaba su seriedad histórica y legal, sino que era utilizada con cierta falta de escrúpulo para un cúmulo de detalles domésticos. Si alguien derramaba sobre el mantel la salsa Worcester, tenía la seguridad de que era un rito sin el cual las sesiones y resoluciones de la Corte serían inválidas; o si alguien quería que una ventana permaneciera cerrada, se acordaba de repente de que sólo el hijo tercero del Lord de la casa solariega de Penge tenía derecho a abrirla. Hasta se llegó al extremo de hacer embargos y

practicar inquisiciones criminales. El proceso propuesto contra Moses Gould por patriotismo se hallaba un poco por encima de las facultades de la asamblea, especialmente en lo criminal; pero el proceso contra Inglewood por un cargo de difamación fotográfica, y su triunfante absolución de culpa y cargo por alegato de insania, estaban, según se admitió, dentro de las mejores tradiciones de la Corte.

Pero cuando Smith estaba de óptimo humor, se ponía más y más serio, no más y más locuaz como Michael Moon. El proyecto de esa corte de justicia privada, que Moon había lanzado con

desinterés de humorista político, fue captado realmente por Smith con entusiasmo de filósofo abstracto. Era en verdad lo mejor que se podía hacer, declaró, para reclamar poderes soberanos aun en el gobierno de una casa individual.

—Usted es partidario de gobierno propio para Irlanda, yo de gobierno propio para los hogares —exclamó con vehemencia, dirigiéndose a Michael—. Sería mejor que cada padre *pudiese* matar a su hijo como los antiguos romanos; sería mejor, porque entonces no se mataría a nadie. Dictemos una Declaración de Independencia de la

Casa del Faro. Podríamos cultivar en ese jardín la verdura suficiente para sostenernos y, cuando venga el recaudador de impuestos, digámosle que nos mantenemos a nosotros mismos y apliquémosle la manguera... Bueno, quizá, como usted dice, no podríamos tener manguera porque ésa se surte del caño de la calle, pero podríamos abrir un pozo en esta tierra calcárea y mucho podríamos hacer con jarras de agua. Que ésta sea realmente la Casa del Faro. ¡Encendamos una antorcha de independencia en el tejado y veamos cómo casa tras casa le responden, a través del valle del Támesis! ¡Iniciemos

la Liga de las Familias Libres! ¡Fuera el Gobierno Local! ¡Nos importa un bledo el Patriotismo Local! Sea cada casa un estado soberano como ésta, y júzguense sus hijos por su propia ley, como lo hacemos nosotros por la Corte del Faro. Cortemos la amarra de la lancha y empecemos a ser felices juntos, como si estuviéramos en una isla desierta.

—Conozco esa isla desierta —dijo Michael Moon—, existe solamente en *El Robinson Suizo*^[8]. Uno siente un extraño apetito de alguna especie de leche vegetal y ¡zas!, cae un coco inesperado arrojado por un mono oculto. Un literato tiene ganas de escribir un soneto, e

inmediatamente un puercoespín comido sale corriendo de unas malezas y dispara una de sus púas.

—No me lo toque al *Robinson Suizo* —exclamó Innocent con gran calor—. No será exacto como ciencia, pero es de una precisión matemática como filosofía. Cuando usted naufraga de veras, encuentra de veras lo que le hace falta. Cuando usted está de veras en una isla desierta, nunca la encuentra desierta. Si estuviéramos de veras sitiados en este jardín, encontraríamos cien pájaros ingleses y cien bayas inglesas que ni remotamente sabríamos que estuviesen aquí. Si la nieve nos

bloqueara en esta pieza, nos aprovecharía la lectura de centenares de libros que están en aquel armario y que ni sabemos que están ahí; tendríamos charlas entre nosotros, charlas buenas, terribles; sin jamás llegar a sospecharlas, nos iremos al sepulcro. Encontraríamos materia para todo: bautismo, matrimonio o entierro; sí, señor, hasta para una coronación en el caso de que no nos decidiéramos a ser República.

Una coronación sistema «Familia Suiza», supongo —dijo Michael, riéndose—. Si nos hiciera falta una cosa tan sencilla como, por ejemplo, un dosel

para la coronación, dando una vuelta alrededor de los geranios encontraríamos el árbol dosel en plena floración. Si necesitáramos el detalle de una corona de oro, pues removiendo las florecitas silvestres encontraríamos una mina de oro debajo del césped. Y cuando precisáramos óleo para la ceremonia, supongo que una gran tormenta barrería todo hacia la costa y nos encontraríamos con una ballena en la finca.

Y ¡vaya usted a saber!: hay una ballena en la finca —aseguró Smith, golpeando apasionadamente la mesa—. Apuesto que no ha examinado usted

nunca la finca. Apuesto a que nunca ha andado por el fondo, como lo hice yo esta mañana, porque encontré precisamente la cosa que usted dice no puede existir a no ser que brote de un árbol. Hay una especie vieja de carpa cuadrada al lado del depósito de basura; tiene tres agujeros en la lona y el poste está roto, así que para carpa no sirve mucho que digamos, pero lo que es para dosel... —y le falló la voz para expresar lo adecuado de su brillante aplicación; luego continuó con vehemencia de controversia—: Como ve, recojo el guante de los desafíos tal como usted los lanza. Creo que cada

bendito objeto que según usted no puede estar aquí, ha estado aquí todo el tiempo. Usted dice que para aceite precisa una ballena barrida por el mar. Pues, señor, hay aceite en aquellas vinajeras a la altura de su codo; pero no creo que nadie lo haya tocado o pensado en él durante años. Y en cuanto a su corona de oro, no hay ningún acaudalado por acá, pero podríamos juntar de nuestros propios bolsillos bastantes piezas de diez chelines para rodear durante media hora la cabeza de un hombre; o una de las pulseras de oro de la señorita Hunt es casi bastante grande para...

La jovial Rosamund por poco se ahogaba de risa. —No es oro todo lo que reluce —dijo— y además...

—¡Qué error tan grande! —exclamó Innocent Smith incorporándose de un salto con gran agitación—. Todo lo que reluce es oro, especialmente ahora que somos un Estado Soberano. ¿Para qué un Estado Soberano, si no se puede establecer un soberano^[9]? Podemos declarar cualquier cosa metal precioso, como podía hacerla la gente en la aurora del mundo. No se eligió el oro porque fuese escaso; los hombres de ciencia le podrán indicar cien especies de lodo mucho más escasas. Se eligió el oro

porque era brillante, porque era una cosa difícil de encontrar, y bonita una vez encontrada. No se puede pelear con espadas de oro, ni comer galletitas de oro; únicamente se puede mirarlo, y aquí fuera se puede mirar.

Con uno de esos movimientos inesperados tan característicamente suyos, dio un salto hacia atrás y abrió de golpe las puertas que daban al jardín. Al mismo tiempo, también, con uno de esos ademanes que en su momento no parecían tan poco convencionales como en realidad lo eran, alargó la mano hacia la señorita Gray y la condujo al cuadrado de césped como para un baile.

Las ventanas francesas, así abiertas de par en par, dieron paso a una tarde aun más hermosa que la del día anterior. El oeste nadaba en colores sanguíneos y una especie de llama soñolienta yacía sobre el césped. Las torcidas sombras de uno o dos árboles se destacaban sobre este verde, no grises o negras como a la luz común del día, sino como arabescos trazados en tinta violeta fuerte sobre alguna página de oro oriental. La puesta del sol era una de aquellas festivas y a la vez misteriosas conflagraciones, en las cuales las cosas ordinarias, por razón de sus colores, nos recuerdan objetos costosos y exóticos.

Las pizarras del tejado inclinado ardían como las plumas de un vasto pavo real en todas las misteriosas combinaciones de azul y verde. Los ladrillos de tono pardo rojizo relucían en la pared con todos los matices otoñales del vino tinto y rubí. El sol parecía ir encendiendo cada cosa con una llama de distinto color como quien enciende fuegos artificiales; y hasta el pelo de Innocent, que era de un rubio bastante descolorido pareció brillar con una llama de oro pagano, mientras atravesaba a grandes pasos el césped hacia el único alto parapeto de piedras.

—¿Para qué serviría el oro —decía

— si no reluciera? ¿Para qué querríamos una libra esterlina negra, ni un sol negro al mediodía? Un botón negro serviría lo mismo para el caso. ¿No ven ustedes que todo en este patio parece una joya? Y ¿quieren ustedes tener la bondad de decirme para qué diablos queremos una joya sino para que parezca una joya? ¡Déjense de comprar y vender y empiecen a mirar! Abran los ojos y amanecerán en la Nueva Jerusalén.

*Todo aquello que reluce,
Todo aquello es oro:
Aquel árbol y esta torre*

*Y esos bronces, todo.
Aire de oro vespertino
Rueda en césped de oro.
Dad a Jericó el aviso:
¡Vendo un áureo lodo!
Oro es todo lo que brilla,
Porque el brillo es oro.*

—¿Y quién escribió eso? —
preguntó, divertida, Rosamund.

—Nadie lo escribirá jamás —
contestó Smith, y salvó de un brinco
alado las piedras.

—De veras, —dijo Rosamund a
Michael Moon— habría que mandarlo a
un manicomio. ¿No le parece?

—Perdón. ¿Qué me decía? — preguntó Michael con aire algo sombrío; su cabeza larga y morena se dibujaba oscura contra el poniente, y, sea por casualidad o por estado de ánimo, tenía el aspecto de algo aislado y aun hostil en medio de la extravagancia social del jardín.

—Sólo decía que el señor Smith debía ir al manicomio, —repitió la dama.

El rostro descarnado parecía alargarse más y más, porque Moon, sin duda alguna, se estaba mofando.

—No, —dijo—. Me parece completamente innecesario.

—¿Qué quiere decir? —preguntó rápidamente Rosamund—. ¿Por qué?

—Porque, actualmente, está en un manicomio, —contestó Michael Moon con voz tranquila pero desagradable—. ¿Qué?, ¿no lo sabía?

—¿Cómo? —exclamó la joven— y se le cortó el habla; porque la cara del irlandés y su voz eran en realidad casi espeluznantes. Con su figura oscura y sus frases oscuras en la plena luz de aquel sol, parecía el demonio en el paraíso.

—Lo siento mucho —continuó con una especie de agria humildad—. Naturalmente, no lo comentamos

mucho... pero yo creí que todos lo sabíamos en realidad.

—¿Sabíamos qué?

—Pues, —contestó Michael—, que la Casa del Faro es cierta especie de casa bastante singular... una casa con los tornillos flojos, diremos. Innocent Smith no es sino el médico que nos hace una visita; ¿no estaba usted presente la última vez que nos visitó? Como la mayor parte de nuestras enfermedades son melancólicas, es natural que tenga que estar superalegre. La cordura, por supuesto, nos parece una cosa muy petulante y excéntrica. Saltar una pared, trepar un árbol, he ahí su sistema

terapéutico.

—¿Se atreve usted a decir semejante cosa? —gritó Rosamund hecha una fiera—. ¿Se atreve a sugerir que yo...?

—No más que yo, —dijo Michael, apaciguado—; no más que todos los otros. ¿No ha reparado usted en que la señorita Duke nunca se queda quieta? Un síntoma notorio. ¿Nunca se ha fijado en que Inglewood siempre se está lavando las manos? Un indicio conocido de enfermedad mental. Yo, por supuesto, soy un dipsómano.

—No lo creo —prorrumpió su compañera no sin agitación—. He oído decir que usted tiene algunas malas

costumbres.

—Todas las costumbres son malas —dijo Michael con calma mortal—. La locura no viene por el hecho de romper la línea sino por el hecho de ceder; por el hecho de establecerse en algún círculo vicioso pequeño y sucio de ideas, por el hecho de amansarse; usted se enloqueció respecto al dinero, porque es una heredera.

—¡Mentira! —gritó Rosamund con furia—. Nunca fui mezquina en materia de dinero.

—Fue peor, —dijo Michael en voz queda, pero violenta—. Usted pensó que lo eran los demás. Creyó que cada

hombre que se le acercaba tenía que ser un cazador de fortunas; usted no podía emanciparse de esa idea y sanarse; y ahora está loca y yo estoy loco, y bien merecido lo tenemos.

—¡Qué bestia! —dijo Rosamund, completamente lívida—. ¿Y es cierto eso?

Con una crueldad intelectual de que es capaz el celta cuando sus abismos están sublevados, Michael guardó silencio durante unos segundos, y luego dio un paso atrás con un saludo irónico.

—No literalmente cierto, por supuesto, —dijo— pero realmente cierto. Una alegoría, digamos. Una sátira

social.

—Y yo detesto y desprecio sus sátiras, —exclamó Rosamund Hunt, soltando como un ciclón toda su pujante personalidad femenina y articulando cada palabra con el fin de herir—. Las desprecio como desprecio su fétido tabaco, y sus antipáticos modales de haragán, y sus gruñidos, y su radicalismo, y su ropa vieja, y su diarucho de porquería, y su fracaso en todo, caramba. No me importa que lo llame usted esnobismo o como quiera; a mí me gusta la vida y el éxito y cosas lindas, alegres para recrear la vista, y me gusta la acción. No me va a asustar

usted con Diógenes; prefiero a Alejandro.

—Victrix causa deae^[10]—dijo Michael con voz tétrica, y esto le dio a ella más rabia porque, al no saber qué quería decir, imaginó que era chiste.

—Sí, sí, supongo que ha de saber griego, —dijo con alegre inexactitud—; tampoco ha conseguido con eso gran cosa, que digamos. —Y atravesó el jardín en pos de los desaparecidos Innocent y Mary.

Al hacerlo, se cruzó con Inglewood que volvía lentamente a la casa con la frente nublada y pensativa. Era uno de esos hombres que son perfectamente

inteligentes, pero el reverso de rápidos. Cuando volvía del jardín lleno de sol poniente al comedor lleno de crepúsculo, Diana Duke se levantó a toda prisa y empezó a guardar las cosas del té. Pero antes Inglewood ya había sorprendido un cuadro instantáneo tan único que bien lo podía haber atrapado en su eterna máquina. Porque Diana había estado sentada frente a su trabajo inconcluso con el mentón en la mano, mirando en línea recta por la ventana, sumida en pensamientos puramente impensados.

—Está ocupada usted —dijo Arthur, extrañamente violento por lo que había

visto y deseando ignorarlo.

—No hay tiempo para soñar en este mundo —contestó la joven dándole la espalda.

—Últimamente he estado pensando —dijo Inglewood en voz baja— que no hay tiempo para despertar.

Ella no contestó, y él se dirigió a la ventana y miró hacia el jardín.

—Yo ni fumo ni bebo ¿sabe? —dijo sin que viniera al caso—, porque me parece que son drogas. Y, sin embargo, supongo que todas las manías, como mi fotografía y mi bicicleta, son drogas también. Meterme debajo de un paño negro, meterme en un cuarto oscuro, es

meterme de cualquier modo en un agujero. Drogarme con velocidad y sol y fatiga y aire puro. Darle a los pedales de la máquina tan rápidamente que me convierto en una máquina yo mismo. Eso nos pasa a todos. Estamos demasiado ocupados para despertarnos.

—Bueno —dijo rotundamente la muchacha— ¿y qué cosa hay a la cual debemos despertarnos?

—¡Tiene que haber! —exclamó Inglewood girando con excitación singular—. Tiene que haber algo para lo cual valga la pena despertarse. Todo lo que hacemos son preparativos: su limpieza y mi cultivo de la salud y las

aplicaciones científicas de Warner. Siempre nos estamos preparando para algo, algo que no se realiza nunca. Yo ventilo la casa y usted limpia la casa; pero ¿qué va a suceder en la casa?

Ella lo miraba silenciosamente, pero con ojos muy brillantes, y parecía estar buscando alguna forma de palabras que no podía encontrar.

Antes de que pudiera hablar, la puerta se abrió de golpe y la barullera Rosamund Hunt con su radiante sombrero blanco, boa y sombrilla, quedó encuadrada en el marco. Estaba sofocada y en su cara franca trasuntaba una expresión de azoramiento infantil.

—¡Buena está la cosa! —dijo jadeante— ¿qué tendré que hacer ahora?, pregunto. He teleografiado al Dr. Warner; es lo único que se me ocurre.

—¿Qué pasa? —preguntó Diana un poco bruscamente, pero adelantándose como quien está acostumbrado a que se le pida auxilio.

—Es María —dijo la heredera—, mi dama de compañía, Mary Gray: ese cretino amigo de ustedes llamado Smith se le ha declarado en el jardín, a las diez horas de conocerla, y ahora quiere irse con ella a solicitar una licencia especial de matrimonio.

Arthur Inglewood caminó hacia los

ventanales abiertos y miró al jardín, todavía de oro en la luz de la tarde. Nada allí se movía, a no ser alguno que otro pajarito saltando y piando; pero más allá del cerco y de las rejas, en la calle, del otro lado del portón, esperaba un coche de plaza, con el maletín amarillo.

CAPÍTULO

CUARTO: El jardín del dios

Diana Duke pareció estar inexplicablemente irritada por la entrada y el anuncio repentinos de la otra muchacha.

—Bueno —dijo brevemente—, supongo que la señorita Gray lo podrá rechazar, si no quiere casarse con él.

—¡Pero es que *quiere* casarse con él! —exclamó Rosamund con exasperación—. Es una idiota salvaje y

perversa, pero no voy a separarme de ella.

—Puede ser —dijo Diana, fría como un témpano—; pero no veo, realmente, qué podemos hacer.

—Pero el hombre está *chiflado*, Diana, —razonó iracunda su amiga—. ¡No puedo permitir que mi buena institutriz se case con un hombre que es chiflado! Usted o alguien *tiene* que evitarlo. Señor Inglewood, usted es hombre; vaya y dígales que sencillamente no pueden...

—Lamentablemente, me parece que sencillamente pueden —dijo Inglewood con aire deprimido—. Yo tengo mucho

menos derecho a intervenir que la señorita Duke, además de tener, por supuesto, mucho menos fuerza moral que ella.

—Ninguno de los dos tiene suficiente —exclamó Rosamund, y cedieron los últimos frenos de su genio formidable—. Me parece que iré a otro lado en busca de un poquito de sentido común y de valor. Me parece que conozco a alguien que por lo menos me ayudará más que ustedes... es una bestia feroz, pero es hombre y tiene cabeza, y lo sabe... —y se lanzó al jardín con las mejillas encendidas y la sombrilla girando como una rueda de Santa

Catalina.

Encontró a Michael Moon debajo del árbol del jardín mirando hacia el otro lado del cerco, encorvado como un ave de rapiña, con la gran pipa colgándole sobre el largo mentón azulado. La misma dureza de su expresión le agradó, tras el absurdo del nuevo compromiso y la indecisión de sus otros amigos.

—Siento mucho haberme enojado, señor Moon —dijo francamente—. Lo detesté por cínico; pero he tenido mi castigo, porque ahora me hace falta un cínico. He tenido mi hartazgo de sentimiento. Estoy hastiada. El mundo se

ha enloquecido, señor Moon; todos menos los cínicos, me parece. Ese demente Smith quiere casarse con mi amiga Mary, y ella... ella... parece que no tiene inconveniente.

Al mirar su atenta cara y verlo que seguía fumando sin inmutarse, agregó con viveza:

—No es broma; ese coche que está ahí afuera es del señor Smith. Jura que se la va a llevar ahora a lo de su tía y va a tramitar una licencia especial. Deme, por favor, algún consejo práctico, señor Moon.

El señor Moon se sacó la pipa de la boca, la tuvo un momento en la mano,

reflexionando, y luego la arrojó al otro lado del jardín.

—El consejo práctico que le doy es este —dijo—: Deje que tramite esa licencia especial, y pídale que consiga otra para usted y para mí.

—¿Es uno de sus chistes? —preguntó la joven—. Diga, por favor, lo que quiere decir de veras.

—Quiero decir que Innocent Smith es un hombre de negocios —dijo Moon con ponderada precisión— un hombre sencillo, práctico; un hombre de empresa; un hombre de hechos y de la luz del día. Ha dejado caer de repente sobre mi cabeza veinte toneladas de

ladrillos sólidos y, por suerte, me han despertado. Nos echamos a dormir hace un momento sobre este mismo césped, en este mismo sol. Hemos echado una siestita más o menos de cinco años; pero ahora nos vamos a casar, Rosamund, y no veo por qué aquel coche...

—En verdad —dijo Rosamund con fiereza— no sé qué quiere decir.

—¡Qué mentira! —gritó Michael, avanzando sobre ella con ojos brillantes—. Soy muy amigo de mentiras, por lo general; ¿pero no ve usted que esta noche no sirven? Hemos vagado hasta llegar a un mundo de hechos, querida. Ese césped que crece, y ese sol que se

pone, y ese coche en la puerta son hechos. Usted solía atormentarse y disculparse diciéndose que yo iba detrás de su dinero y que no la amaba de veras. Pero si yo, aquí, ahora, le dijera que no la amaba... usted no me creería: porque en este jardín está la verdad esta noche.

—Realmente, señor Moon... —dijo Rosamund más débilmente.

El mantenía fijos en el rostro de ella dos grandes y azules ojos magnéticos.

—¿Mi nombre es Moon? —preguntó—. ¿El suyo es Hunt? Palabra de honor que me parecen tan raros y lejanos como nombres de pieles rojas. Es como si su nombre fuera «nadar» y el mío

«madrugada». Pero nuestros verdaderos nombres son Esposo y Esposa como eran cuando nos quedamos dormidos.

—Es inútil —dijo Rosamund, con lágrimas verdaderas en los ojos—; uno no puede retroceder.

—Yo puedo ir a donde me dé la maldita gana —dijo Michael— y la puedo llevar a usted al hombro.

—¡Pero, fuera de bromas, Michael, fuera de bromas, usted debe detenerse a pensar! —exclamó seriamente la muchacha—. Usted me podría alzar en peso, cuerpo y alma, me parece, pero podría resultar un mal asunto y muy amargo a pesar de todo. Estas cosas

hechas con ese atropello romántico como lo del señor Smith... estas cosas atraen, sí, a las mujeres, no lo niego. Atrajeron a la pobre Mary, por lo pronto. Me atraen a mí, Michael. Pero el hecho frío sigue en pie: los casamientos imprudentes conducen positivamente a la desgracia y a la desilusión. ...Usted se ha acostumbrado a sus bebidas y a sus cosas... yo no voy a ser bonita mucho tiempo...

—¡Casamientos imprudentes! — rugió Michael—. Dígame, por favor, dónde, en la tierra o en el cielo, hay casamientos prudentes. Como si hablara de suicidios prudentes. Usted y yo que

hemos remoloneado el uno en torno al otro por bastante tiempo ¿estamos acaso más seguros que Smith o Mary Gray, que se conocieron anoche? No se puede conocer a un marido hasta casarse con él. ¡Desgraciada! Claro que va a ser desgraciada. ¿Quién, diablos es usted para no ser desgraciada como la madre que la dio a luz? ¡Desilusionados! Claro que nos vamos a desilusionar. Yo, por lo pronto, no espero hasta el día de mi muerte ser tan buen hombre como lo soy en este instante, porque ahora mismo mido cincuenta mil metros... una torre con todas las trompetas voceando.

—Usted ve todo eso —dijo

Rosamund con grandiosa sinceridad en su firme rostro— y ¿de veras quiere casarse conmigo?

—Queridita mía, ¿qué otra cosa se puede hacer? —razonó el irlandés—. ¿Qué otra ocupación existe para un hombre activo en este mundo sino casarse con usted? ¿Qué alternativa queda fuera del matrimonio, excepción hecha del sueño? No la libertad, Rosamund. Si usted no se casa con Dios, como hacen nuestras monjas en Irlanda, usted tiene que casarse con el hombre, vale decir, conmigo. La tercera y única posibilidad que a uno le queda es la de casarse consigo mismo... vivir consigo

mismo... consigo mismo, consigo mismo, consigo mismo... el único compañero que nunca está satisfecho... y nunca satisface.

—Michael —dijo la señorita Hunt con voz muy suave—, si no habla tanto, me caso con usted.

—No es hora de hablar —exclamó Michael Moon—; cantar es lo único que cabe. ¿No podría usted buscar ese mandolín suyo, Rosamund?

—Vaya usted a buscarlo —dijo Rosamund con autoridad seca y brusca.

El señor Moon, el holgazán, quedó por medio segundo azorado; luego cruzó de una disparada el césped como si

calzara los alados coturnos de la leyenda griega. De un tirón saltó tres varas y quince margaritas, a fuerza de sentirse liviano; pero al llegar a la distancia de una o dos varas de las ventanas abiertas del comedor, las alas de sus pies cayeron como plomo y tornó a su manera acostumbrada. Dio media vuelta y regresó despacio, silbando. Los sucesos de aquella tarde encantada no habían terminado.

Dentro del oscuro salón donde Moon tuvo una vislumbre había acontecido algo curioso, casi un instante después de la salida destemplada de Rosamund. Fue algo que al ocurrir en aquel comedor

oscuro, le pareció a Arthur Inglewood que el cielo y la tierra daban una vuelta de carnero, quedando de techo el mar y de suelo las estrellas. No hay palabras que puedan expresar cuánto le asombró, como les pasa a todos los hombres sencillos cuando lo ven suceder. Pero el más tieso estoicismo femenino no parece estar separado de tal cosa más que por el grosor de una hoja de papel o de una hoja de acero. No implica entrega alguna, mucho menos condolencia alguna. La mujer más rígida o menos compasiva puede echarse a llorar, lo mismo que el hombre más afeminado puede dejarse crecer la barba. Es un

poder sexual independiente que no prueba nada en un sentido ni en otro, en lo que a la fortaleza de carácter se refiere. Pero a los jóvenes que no conocen a las mujeres, como Arthur Inglewood, ver a Diana Duke llorar fue como ver a un automóvil derramar lágrimas de nafta.

Jamás hubiera podido (aunque su modestia realmente varonil se lo habría permitido) expresar la más remota idea de lo que hizo cuando vio aquel prodigio. Procedió como proceden los hombres cuando se incendia un teatro, es decir, de una manera muy diferente de la que ellos se hubieran imaginado, ya sea

mejor o peor. Vagamente recordó ciertas explicaciones semisofocadas de que la heredera era en realidad la única huésped que pagaba y que se iría ella y en consecuencia vendrían los agentes de policía; pero, después de eso, ya no se dio cuenta de su propia conducta sino por las protestas que provocó.

—Déjeme, déjeme, señor Inglewood; ese no es modo de ayudar.

—Pero la puedo ayudar —dijo Arthur con seguridad aplastante—; puedo, puedo, puedo...

—¡Pero si usted dijo —exclamó la joven— que era mucho más débil que yo!

—Sí que soy más débil —dijo Arthur con una voz que fue vibrando a través de todas las cosas— pero en este momento, no.

—¡Suélteme las manos! —gritó Diana— no quiero que se aproveche.

En un punto era él mucho más fuerte que ella: en humorismo. Surgió en él de repente y se rio diciendo:

—Pues ya es tacaña usted. Sabe perfectamente que, durante todo el resto de mi vida, usted se aprovechará de mí. Podría tolerar a un hombre el único instante de su vida en que le es permitido aprovecharse.

Era tan extraordinario que él se riera

como que ella llorara, y por primera vez desde su infancia Diana fue tomada desprevenida.

—¿Significa que quiere casarse conmigo? —dijo.

—Pues, ¡hay un coche a la puerta! —gritó Inglewood y, con un salto de inconsciente energía, abrió de golpe las puertas de cristales que daban al jardín.

Al conducirla hacia afuera, de la mano, se dieron cuenta, por primera vez en cierto modo, de que la casa y el jardín estaban colocados a una empinada altura sobre Londres. Y no obstante, aunque sentían la elevación del sitio, sentían también su secreto: era

como un tapiado jardín circular en la punta de un torreón del cielo.

Inglewood paseó en derredor una mirada soñadora, y sus ojos pardos devoraron toda suerte de detalles con absurdo deleite. Notó por primera vez que la verja del portón más allá de los arbustos del jardín, estaba moldeada en forma de puntitas de lanza y pintada de azul. Notó que una de las lanzas azules estaba floja y colgaba para un lado; y esto casi lo hizo reír. Le pareció, quién sabe por qué, exquisitamente inofensivo y cómico que la verja estuviera torcida; le pareció que le gustaría saber cómo había sucedido eso, quién lo había

hecho, y cómo le iba al hombre que lo había hecho.

Después de dar unos pasos por aquel césped de fuego advirtieron que no estaban solos. Rosamund Hunt y el excéntrico señor Moon, quienes habían sido vistos la última vez sumergidos en el humor más negro de mutuo desvío, estaban de pie juntos sobre el césped de una manera que no tenía nada de particular, y, sin embargo, con cierto aspecto de personajes de libro.

—¡Qué aire tan lindo! —dijo Diana.

—Ya sé —le respondió de lejos Rosamund con un placer tan positivo que resonó como una queja—. Se parece

a aquella porquería efervescente que me dieron y que me traía una sensación de felicidad.

—¡Qué! No se parece sino a sí mismo —contestó Diana respirando hondo—. Es todo frío y sin embargo da la impresión de fuego.

—Bálsamo... es el término que usamos en Fleet Street^[11]: especial para irse a la sesera—. Y se abanicó innecesariamente con su sombrero de paja. Rebosaban todos de palpitaciones y latidos propios de una energía alada y sin objeto. Diana movió y estiró rígidamente los largos brazos, como crucificada, en una especie de torturante

reposo; Michael se quedaba quieto durante intervalos largos con los músculos encogidos, giraba luego como un juguete de cuerda, y se quedaba quieto otra vez. Rosamund no tropezaba porque las mujeres no tropiezan nunca si no es cuando se caen de narices, pero golpeaba el suelo con el pie como al compás de una inaudible pieza de baile; e Inglewood, recostado en silencio contra un árbol, se había asido inconscientemente a una rama y la había sacudido con violencia creadora. Esos gestos gigantes del Hombre, que producen altas estatuas y golpes de guerra, sacudían y atormentaban los

miembros de todos. Por más que se paseaban y se detenían en silencio, estaban estallando como baterías, a fuerza de magnetismo animal.

—Y ahora —gritó Moon en forma muy repentina, estirando una mano hacia cada lado—; bailemos alrededor de ese arbusto.

—Pero ¿a qué arbusto se refiere? —preguntó Rosamund con radiante brusquedad—. A la planta que no está —dijo Michael—: a la Morera^[12].

Se habían dado la mano, riendo a medias y de manera ritual; y antes de que pudieran desconectarse de nuevo, Michael los hizo girar, como un demonio

que juega al trompo con el mundo. Cuando el círculo del horizonte voló instantáneamente en derredor suyo, Diana sintió una lejana sensación etérea de la cadena de sierras más allá de Londres a las que había trepado de niña; casi le parecía oír las cornejas graznando en los viejos pinos de Highgate, o ver las luciérnagas juntándose y encendiéndose en los bosques de Box Hill.

El círculo se rompió, como se rompen fatalmente esos círculos, por su absoluta inconsistencia, y largó a su autor, Michael, volando como por fuerza centrífuga hacia lo lejos, contra las rejas

azules del portón. Al llegar allí, tambaleante, prorrumpió de repente en gritos y más gritos de carácter nuevo y perfectamente dramáticos.

—¡Pero si es Warner! —voceó, agitando los brazos— ¡nuestro simpático Warner con galera de felpa nueva y los bigotes de felpa viejos!

—¿Es el doctor Warner? —exclamó Rosamund, precipitándose hacia adelante en una explosión de recuerdo, diversión y apuros—. ¡Ay, cuánto lo siento! ¡Ay, dígame por favor que no hay nada!

—Démonos la mano para comunicárselo —dijo Michael Moon.

Porque, en efecto, mientras hablaban, otro coche de plaza se había colocado a toda prisa detrás del que esperaba, y el doctor Herbert Warner, dejando a un acompañante en el coche, se había posado cuidadosamente sobre la vereda.

Ahora bien, cuando usted es un facultativo eminente, y es llamado telegráficamente por una heredera para un caso de demencia peligrosa, y cuando, al entrar usted en la casa por el jardín, la heredera y su dueña de casa y dos de los señores pensionistas se dan las manos y bailan en torno de usted en rueda gritando: *¡No hay nada, no hay nada!*, usted se siente propenso a

conturbarse y aun a disgustarse. El doctor Warner era una persona plácida, pero no precisamente apacible. Las dos cosas no son lo mismo en absoluto; y aun cuando Moon le explicó que él, Warner, con su sombrero de copa y esbelta, sólida figura, era justamente una columna tan clásica que en su torno debía bailar una rueda de risueñas doncellas en alguna antigua y áurea costa de Grecia, aun entonces pareció no poder alcanzar el motivo preciso del regocijo general.

—¡Inglewood! —exclamó el doctor Warner, clavando en su sitio con la vista a su ex discípulo—, ¿está usted loco?

Arthur se puso rojo hasta la raíz de su pelo castaño, pero contestó con relativa soltura y calma; —Ahora no. La verdad es, Warner, que acabo de hacer un descubrimiento médico bastante importante, muy de su renglón.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el gran médico con tiesura— ¿qué descubrimiento?

—He descubierto que la salud es positivamente contagiosa, como la enfermedad —contestó Arthur.

—Sí; la cordura ha estallado y está cundiendo —dijo Michael danzando un *pas seul* con aire pensativo—. Veinte mil casos nuevos en los hospitales;

enfermeras de servicio día y noche.

El doctor Warner estudió el rostro grave de Michael y sus piernas levemente movedizas con asombro ilimitado: —¿Y es esta —preguntó—, la cordura que está cundiendo?

—Tiene que perdonarme, doctor Warner —exclamó Rosamund cordialmente—. Ya sé que me he portado mal con usted; pero todo fue un error. Yo estaba de un humor espantoso cuando lo mandé buscar, pero ahora todo parece un sueño... y... el señor Smith es la cosa más rica, más deliciosa, más sensata, más simpática que ha existido jamás, y puede casarse

con quien le dé la gana... excepto conmigo.

—Yo propondría a la señora Duke —dijo Michael.

La seriedad se acentuó en la cara del doctor Warner. Sacó una hojita de papel rosado del bolsillo del chaleco, con los ojos azul pálido fijos silenciosamente todo el tiempo en el semblante de Rosamund. Habló con una frialdad glacial por cierto bien excusable.

—Realmente, señorita Hunt, usted no me tranquiliza mucho. Me envió, hace apenas media hora, este telegrama: *«Venga inmediatamente, a ser posible, con otro médico. Hombre Innocent*

Smith enloqueció en casa y hace cosas espantosas. ¿Sabe usted algo de él?».

Fui inmediatamente en busca de un distinguido colega mío, un médico que es también investigador privado, una autoridad en materia de demencia criminal; ha venido conmigo y está esperando en el coche. Ahora me dice usted que este demente criminal es una cosa simpatiquísima y altamente deliciosa y añade ditirambos que me dan mucho que pensar acerca de esas definiciones que dan ustedes de la cordura. No acierto a comprender el cambio.

—Y ¿cómo puede uno explicar un

cambio en el sol y la luna y el alma de todo el mundo? —gritó Rosamund desesperada—. ¿He de confesar que nos habíamos puesto neurasténicos hasta el punto de creerlo loco por el mero hecho de querer casarse, y que ni siquiera sabíamos que era solamente porque nosotros mismos nos queríamos casar? Nos humillaremos, si quiere, doctor. Nos basta la felicidad que tenemos.

—¿Dónde está el señor Smith? —preguntó Warner a Inglewood muy cortante.

Arthur se acordó de golpe; había olvidado completamente a la figura central de su farsa, que desde hacía una

hora o más no estaba visible. —Me... parece que está del otro lado de la casa cerca del cajón de la basura —dijo.

—Aunque esté en viaje a Rusia — dijo Warner—; hay que encontrarlo. —Y se alejó, desapareciendo tras una esquina de la casa, por el lado de los mirasoles.

—Espero —dijo Rosamund— que no se meterá con el Sr. Smith.

—¡Qué se meta con su abuela! — dijo Michael con un bufido— no se puede encerrar a un hombre por el hecho de enamorarse. Por lo menos, espero que no.

—No; me parece que ni un médico

sería capaz de sacar de él una enfermedad. Echaría lejos tanto al médico como a la enfermedad. Se me ocurre que es el caso de una especie de pozo santo. Creo que Innocent Smith es sencillamente inocente y que por eso resulta tan extraordinario.

Era Rosamund la que hablaba, trazando, inquieta, círculos sobre el césped con la punta del zapato blanco.

—A mí me parece —dijo Inglewood— que Smith no tiene nada de extraordinario. Resulta cómico sólo por ser tan asombrosamente común. ¿No saben ustedes lo que para un muchacho que vuelve a casa de vacaciones

significa formar parte de un solo círculo de familia con tías y tíos? Esa valija sobre el coche es la canasta de un colegial. Este árbol aquí en el jardín no es sino la especie de árbol al que cualquier colegial se hubiera trepado. Sí, eso es lo que nos ha llamado la atención a todos en él, lo que no encontrábamos palabra para definir. Será o no será mi antiguo condiscípulo, pero por lo menos representa a todos mis antiguos condiscípulos. Es el eterno animal *come-bollos* y *tira-pelotas* que todos hemos sido.

—Ustedes nomás, muchachos ridículos —dijo Diana—. Yo no creo

que jamás haya habido colegiala tan pava y estoy segura de que nadie ha sido más feliz, excepto... —y se detuvo.

—Yo les diré la verdad sobre Innocent Smith, —dijo Michael Moon en voz baja—. El doctor Warner ha ido en vano a buscarlo. No está. ¿No se han fijado en que no lo hemos visto más desde el momento en que nos encontramos a nosotros mismos? Era una criatura astral nacida de los cuatro; no era sino nuestra renacida juventud. Mucho antes de que el pobre Warner se descolgara de su coche, la cosa que llamábamos Smith se había disuelto en rocío y luz sobre este césped. Una o dos

veces más, por misericordia de Dios, podremos sentir la cosa, pero al hombre jamás lo veremos. En un jardín primaveral, antes del desayuno, oleremos el olor llamado Smith. En el crujir de bulliciosas ramitas en pequeñas hogueras, oiremos un ruido llamado Smith. En todo lo insaciable e inocente de las hierbas que devoran la tierra como chiquillos en un festín de bollos, en las blancas mañanas que parten el cielo como un muchacho parte leña blanca, podremos sentir un instante la presencia de una pureza impetuosa; pero su inocencia era demasiado vecina de la inconsciencia de las cosas

inanimadas para no deshacerse al más ligero toque en mansos cercos vivos y en celajes; él...

Lo interrumpió un estallido como de bomba detrás de la casa. Casi al mismo instante el desconocido que esperaba en el coche saltó de él, dejándolo tambaleante sobre las piedras de la calle. Se asió de las rejas azules del jardín y miró con ansia por encima, en la dirección del ruido. Era un hombre diminuto, desgachado, pero con aire alerta; muy flaco, con una cara que parecía hecha de espinas de pescado, y una galera de felpa tan rígida y resplandeciente como la de Warner,

aunque echada para atrás, al descuido.

—¡Asesinato! —chilló con voz alta y femenina, pero muy penetrante—. ¡Atajen a ese asesino!

Mientras gritaba, un segundo tiro sacudió las ventanas inferiores y, a su estrépito, el doctor Warner vino volando por un costado de la casa como un conejo saltarín. Aun antes de que llegara el grupo de espectadores, una tercera descarga los había ensordecido, y vieron con sus propios ojos dos puntos de cielo blanco a través del segundo ejemplar de los desgraciados sombreros de copa de Herbert. Un momento después el médico fugitivo tropezó con

una maceta y cayó sobre las manos, mirando absorto con ojos de vaca. El sombrero, con los dos agujeros de bala, rodó sobre el camino de pedregullo delante de él, e Innocent Smith vino por el mismo lado como un ferrocarril. Parecía el doble de su tamaño, un gigante vestido de verde, con el gran revólver humeante todavía en la mano, con el rostro sanguíneo y en sombras, los ojos ardientes como estrellas y el pelo amarillo parado en todas direcciones como el de Juan el Desgreñado.

Aunque el silencio envolvió por un instante esta sorprendente escena,

Inglewood tuvo tiempo de sentir una vez más lo que había sentido al ver la otra pareja de novios de pie sobre el césped: la sensación de cierta claridad perfilada y coloreada que más pertenece a las cosas del arte que a las cosas de la experiencia. La maceta rota con sus geranios de rojo incandescente, el bulto verde de Smith y el bulto negro de Warner, la verja de puntas azules allá atrás asidas por las amarillas garras de buitre del desconocido, y, asomando por ellas su largo cuello también de buitre, la galera de felpa sobre el pedregullo, y la nubecita de humo flotando a través del jardín con la inocencia de una

bocanada de humo de cigarrillo; todas estas cosas parecían tener una distinción y una precisión no naturales. Existían como símbolos en un éxtasis de separación. En efecto, cada objeto se volvía más y más particular y precioso porque todo el cuadro se iba descomponiendo. Así brillantes aparecen las cosas justamente cuando van a estallar. Mucho antes de que sus fantasías cesaran, más aún, antes de que empezaran, Arthur había cruzado al otro lado y había tomado a Smith por un brazo. Simultáneamente el diminuto desconocido había subido corriendo las gradas y lo había tomado por el otro.

Smith se desató en carcajadas e hizo entrega voluntaria de su pistola. Moon enderezó al doctor sobre los pies y fue después a recostarse, taciturno, contra el portón. Las muchachas estaban silenciosas y vigilantes, como lo están la mayoría de las mujeres buenas en los momentos de catástrofe, pero sus rostros demostraban que, de un modo o de otro, una luz se había apagado violentamente en su cielo. El mismo doctor, al incorporarse, recogió el sombrero y el sentido, y, sacudiéndose el polvo con aire de gran desagrado, se volvió hacia ellas en ademán de breve disculpa. Estaba muy pálido a consecuencia de su

reciente pánico, pero hablaba con perfecto dominio de sí mismo.

—Con permiso de ustedes señoritas —dijo—; mi amigo y el señor Inglewood son ambos hombres de ciencia a su manera. Me parece que todos deberíamos conducir al señor Smith adentro y comunicarnos después con ustedes.

Y bajo la custodia de los tres filósofos naturales, el desarmado Smith fue llevado con tino al interior de la casa, todavía desternillándose de risa.

De cuando en cuando, durante los veinte minutos siguientes, su estampido de hilaridad podía oírse de nuevo por la

ventana entreabierta; pero ni un eco siquiera llegaba de las tranquilas voces de los médicos. Las muchachas se paseaban por el jardín friccionándose mutuamente el espíritu lo mejor que podían; Michael Moon seguía apoyado pesadamente contra el portón. Al terminar más o menos el lapso indicado, salió el doctor Warner de la casa con la cara menos pálida pero aún más severa, y el hombrecito de la cara de espinas avanzó por detrás gravemente. Y si el rostro de Warner a la luz del sol era el de un juez que sentencia a la horca, el semblante del hombrecito a su espalda era el de un verdugo.

—Señorita Hunt —dijo el doctor Herbert Warner—, sólo quiero expresarle mis sinceras gracias y admiración. Con su decidido valor y prudencia, al mandarnos buscar por telegrama esta tarde, nos ha hecho posible capturar, para impedir que siga ocasionando más daños, a uno de los más crueles y terribles enemigos de la humanidad, a un criminal en quien lo plausible y lo despiadado se combinan como jamás hasta ahora se habían combinado en carne humana.

Rosamund miró hacia él con la pálida cara como hoja en blanco, pestañeándole los ojos.

—¿De qué está hablando? —dijo—.

No puede estar hablando de Smith.

—Ha figurado con muchos nombres distintos —dijo gravemente el doctor— y no dejó uno solo sin que le llovieran maldiciones. Aquel hombre, señorita Hunt, ha dejado a través del mundo una huella de sangre y de lágrimas. Si es loco además de malvado es algo que estamos tratando de descubrir en obsequio a la ciencia. En todo caso, tenemos que presentarlo primero a un magistrado, aunque más no sea en camino al manicomio. Pero el manicomio en que se le secuestre tendrá que estar sellado muro tras muro y

cercado de fusiles como una fortaleza, o escapará otra vez violentamente para traer al mundo matanza y tinieblas.

Rosamund miró a los dos médicos, tornándosele el rostro cada vez más pálido. Luego sus ojos se desviaron hacia Michael, apoyado contra el portón; pero él siguió recostado sin moverse, vuelta la cara hacia la calle que se iba oscureciendo.

CAPÍTULO

QUINTO: El bromista alegórico

El criminalista especializado que había venido con el doctor Warner era, examinándolo más detenidamente, una figura más urbana y hasta más pulcra de lo que parecía cuando estaba prendida de las rejas con el cuello estirado sobre el jardín. Hasta resultó relativamente joven cuando se sacó el sombrero; tenía pelo rubio partido al medio, cuidadosamente rizado a los costados, y

movimientos vivos, especialmente de las manos. Llevaba un monóculo de dandy colgado al cuello por una ancha cinta negra, y una gran corbata de moño, como si una enorme mariposa americana se hubiera posado sobre él. Su vestimenta y sus ademanes podían ser los de un muchacho; sólo cuando se miraba la cara de espina de pescado se contemplaba algo acre y viejo. Sus modales eran excelentes, aunque por cierto no ingleses, y tenía dos manías semiconscientes por las cuales las personas, aunque lo vieran una sola vez lo recordaban siempre. Una era la de cerrar los ojos cuando quería ser

particularmente cortés; la otra la de alzar en el aire el pulgar y el índice unidos, como quien toma una pizca de rapé, cada vez que titubeaba o se detenía sobre una palabra. Pero los que pasaban más tiempo en su compañía tendían a olvidar esas pequeñas originalidades merced a su curiosa y solemne conversación y sus puntos de vista verdaderamente singulares.

—Señorita Hunt —dijo el doctor Warner—, este es el doctor Cyrus Pym.

El doctor Cyrus Pym cerró los ojos durante la presentación, un poco como quien «juega limpio» en algún juego de niños, e hizo una pequeña inclinación

rápida que, quién sabe por qué razón, lo reveló de repente como ciudadano de los Estados Unidos.

—El doctor Cyrus Pym —continuó el doctor Warner (el doctor Pym cerró otra vez los ojos)— es el primer experto en criminología de América. Somos muy afortunados al poder consultarlo en este caso extraordinario.

—Yo no entiendo ni jota de todo esto —dijo Rosamund—. ¿Cómo puede el pobre señor Smith ser tan terrible como lo presentan ustedes?...

—O el telegrama de usted —dijo Herbert Warner sonriendo.

—¡Es que ustedes no entienden! —

exclamó la muchacha con impaciencia —. Lo que es a nosotros nos ha hecho más bien que si hubiéramos ido a la iglesia.

—Creo que se lo puedo explicar a la señorita —dijo el doctor Pym—. Este criminal o demente Smith es un verdadero genio del mal, y tiene su método propio, un método del más atrevido ingenio. Es popular dondequiera que va, porque invade cada casa como un niño alborotador. La gente se está poniendo suspicaz ante todos los disfraces respetables del canalla, así que usa siempre el disfraz de... ¿cómo diré?... de bohemio, de bohemio

inocente. Siempre toma a la gente de sorpresa. La gente está acostumbrada a la careta de la buena conducta convencional. Él se las da de excéntrico jovial. Usted cuenta con que un Don Juan se disfrace de solemne y sólido comerciante español; pero no está preparada a encontrarse con un Don Juan cuando se disfrazaba de Don Quijote. Usted no se sorprende de que un hipócrita se porte como Sir Charles Grandison; porque (con todo respeto, señorita Hunt, por la ternura profunda y conmovedora hasta las lágrimas de Samuel Richardson), Sir Charles Grandison^[13] muchas veces se portó

como un hipócrita. Pero ningún ciudadano verdadero de sangre roja está del todo prevenido ante un hipócrita que se modela, no sobre Sir Charles Grandison, sino sobre Sir Roger de Coverley^[14]. Pasar por un hombre bueno un poquito chiflado es una forma nueva de incógnita criminal, señorita Hunt. Ha sido una gran idea, y ha tenido éxito por lo general; pero su éxito lo hace estupendamente cruel. Yo puedo perdonar que Dick Turpin^[15] personifique al doctor Busby^[16]; no lo puedo perdonar cuando encarna al doctor Johnson^[17]. El santo con un tornillo flojo es demasiado sagrado, se

me ocurre, para ser parodiado.

—Pero ¿cómo sabe usted —gritó Rosamund desesperada— que el señor Smith es un criminal conocido?

—Yo reuní todos los documentos —dijo el norteamericano— cuando me llamó mi amigo Warner al recibir su telegrama. Es asunto de mi profesión conocer estos hechos, señorita Hunt; y son cosas tan registradas e indiscutibles como los datos de cualquier guía Bradshaw en la librería. Este hombre hasta ahora ha burlado la ley por su admirable afectación de infancia o demencia. Pero yo mismo, como especialista, he comprobado

privadamente datos de unos dieciocho o veinte crímenes intentados o consumados de esa manera. Llega a una casa como vino a esta y se conquista una grandiosa popularidad. Hace andar las cosas. Andan, en efecto; cuando él se ha ido, las cosas se han ido. Se han ido señorita Hunt, se han ido: la vida de un hombre, o las cucharillas de un hombre, o más frecuentemente una mujer. Le aseguro que tengo todos los datos anotados.

—Los he visto —dijo Warner sólidamente—. Puedo asegurarles que todo es tal cual lo afirma.

—El aspecto menos viril, según mi

modo de sentir —continuó el doctor norteamericano— es ese perpetuo seducir a mujeres inocentes por medio de una loca simulación de inocencia. De casi todas las casas en donde ha estado este gran demonio imaginativo se ha llevado con él a alguna pobre muchacha; hay quien dice que tiene ojo de hipnotizador junto con sus otras facciones curiosas, y que lo siguen automáticamente. Qué se ha hecho de todas esas pobres muchachas, nadie lo sabe. Fueron asesinadas, me inclino a creer; porque tenemos muchos ejemplos, además de este, de conatos de homicidio en su haber, aunque ninguno lo ha puesto

en manos de la ley. Sea como fuere, nuestros métodos de pesquisa más modernos no han podido dar con el menor rastro de aquellas desdichadas mujeres. Cuando pienso en ellas me conmuevo de veras, señorita Hunt. Y realmente no me queda más que decir ahora sino lo que ha dicho el doctor Warner.

—Exactamente —dijo Warner, con una sonrisa que parecía moldeada en mármol—, que todos tenemos mucho que agradecerle por ese telegrama.

El hombrecillo de ciencia yanqui había estado hablando con tan evidente sinceridad que uno se olvidaba de los

tics de su voz y de sus modales, de las caídas de párpados, la entonación ascendente, el índice y pulgar en funciones, los cuales en otros momentos eran un poquito cómicos. No tanto porque fuese más inteligente que Warner; quizá lo era menos, aunque más célebre. Pero tenía lo que nunca tuvo Warner, una seriedad fresca no afectada, la gran virtud norteamericana de la sencillez. Rosamund frunció el entrecejo y miró apesadumbrada hacia la casa ensombrecida que contenía el oscuro prodigio.

Aun persistía la luz del día, pero había pasado del oro al plateado, y

estaba cambiando del plateado al gris. Las largas sombras plumosas de uno que otro árbol en el jardín se esfumaban más y más en un opaco fondo crepuscular. En la sombra más profunda y pronunciada, que era la entrada a la casa, cerca de las grandes ventanas francesas, Rosamund podía observar una apresurada consulta entre Inglewood (que tenía aún a su cargo al misterioso cautivo) y Diana, que había acudido a auxiliarlo de fuera. Después de un cambio de frases y de ademanes, entraron cerrando las puertas de vidrio sobre el jardín; y el jardín pareció ponerse más gris.

El caballero norteamericano

llamado Pym se dio vuelta y tomó, al parecer, la misma dirección, pero antes habló con Rosamund con un chispazo de aquel tacto exento de malicia que redimía en gran parte su vanidad pueril, y con algo de esa poesía espontánea que hacía difícil llamarlo pedante, por mucho que lo fuera.

—Lo lamento de veras, señorita Hunt —dijo, pero será mejor que el doctor Warner y yo, como dos expertos en el ejercicio de la profesión, nos llevemos al señor Smith en ese coche, y cuanto menos se hable del asunto, mejor. No se agite usted, señorita Hunt. Sólo tiene que pensar que nos llevamos a una

monstruosidad, algo que no tiene en absoluto razón de ser, algo parecido a uno de esos dioses en su Museo Británico, todo alas y barbas y piernas y ojos, y sin hechura de nada. Eso es Smith, y pronto se verá usted libre de él.

Ya había dado un paso en dirección a la casa, y Warner se disponía a seguirlo, cuando de nuevo se abrieron las puertas de cristales y salió Diana Duke cruzando el césped con ligereza aun mayor que la habitual. Le temblaba la cara de disgusto y excitación y sus oscuros ojos ansiosos miraban tan solo a la otra muchacha.

—¡Rosamund!

—exclamó

desesperada— ¿qué hago con ella?

—¿Con ella? —gritó la señorita Hunt dando un brinco violento—. ¡Ay, Señor! No resultará también que es mujer, ¿no?

—No, no, no —dijo el doctor Pym con tono tranquilizador, como de justicia elemental—. ¿Mujer? No, de veras, no llega a ese extremo de maldad.

—Quiero decir: su amiga Mary Gray —replicó Diana con igual aspereza—. No se me ocurre qué puedo hacer con ella.

—Que cómo le podemos contar lo de Smith, quiere decir —contestó Rosamund, nublándosele y

suavizándosele a la vez el rostro—. Sí, será bastante doloroso.

—Pero es que *ya se lo conté* —gritó Diana con un estallido que sobrepujaba aún su misma exasperación congénita—. Se lo conté y parece que no le importa. Sigue diciendo que se va a ir con Smith en ese coche.

—¡Pero es imposible! —exclamó Rosamund—. ¡Si Mary es una mujer realmente religiosa! Ella...

Se detuvo percatándose a tiempo de que Mary Gray estaba relativamente cerca de ella en el jardín. Su callada dama de compañía había bajado muy silenciosa al jardín, pero vestida,

decididamente, de viaje. Traía puesta una boina gris azulada muy antigua pero delicada y se estaba calzando unos guantes grises un poco raídos. Los dos tonos cuadraban óptimamente a su pesada cabellera color cobre, tanto mejor por el ligero toque de pobreza: porque nunca le sienta tan bien la ropa a una mujer como cuando parece al descuido.

Y en este caso la mujer tenía una cualidad aun más excepcional y atrayente. En aquellas horas grises en que se ha puesto el sol y ya los cielos están tristes, sucederá a menudo que un solo reflejo en un ángulo cualquiera sea

causa de que se detenga el último destello de luz. Un trozo de ventana, o de una superficie de agua, o de un espejo arderá lleno de un fuego perdido ya para el resto de la tierra. El rostro original, casi triangular de Mary Gray era como un pedazo de espejo triangular que aun podía reproducir el esplendor de las horas pasadas. Mary, aunque siempre graciosa, nunca podría ser tenida por bonita; y, con todo, su felicidad en medio de tanta miseria era de una belleza tal como para dejar estupefacto a un hombre.

—¡Ay, Diana! —gritó Rosamund en voz más baja y cambiando su frase—;

pero ¿cómo se lo contó?

—Es muy fácil contárselo — contestó, sombría, Diana—; no le hace la menor impresión.

—Me parece que he hecho esperar a todo el mundo —dijo Mary Gray pidiendo disculpa—, y ahora tenemos que despedirnos de veras. Innocent me lleva a lo de su tía en Hampstead, y me parece que ella se acuesta temprano.

Sus palabras eran completamente comunes y prácticas, pero había en sus ojos una especie de luz soñadora más desconcertante que las tinieblas; era como si hablase distraídamente, fija la mirada en algún objeto muy lejano.

—Mary, Mary —exclamó Rosamund casi en un ataque de nervios—, lo siento en el alma pero la cosa no se puede hacer ¡de ningún modo! Hemos... hemos descubierto todo lo del señor Smith.

—¿Todo? —repitió Mary con entonación queda y curiosa—; pues ha de ser una cosa enormemente interesante.

Por un segundo no hubo ni un ruido ni un movimiento, salvo que Michael Moon, recostado contra el portón, alzó la cabeza para escuchar. Luego, al quedar Rosamund sin habla, acudió en su auxilio el doctor Pym con su manera terminante.

—Por empezar —dijo—, este hombre Smith está constantemente intentando homicidios. El regente del Colegio de Brakespeare...

—Ya sé —dijo Mary, con una sonrisa vaga pero radiante—; Innocent me lo contó.

—Ignoro lo que le habrá contado —contestó al vuelo Pym— pero mucho me temo que no sea cierto. La verdad lisa y llana es que el hombre está manchado con todos los crímenes humanos conocidos. Le aseguro que tengo todos los respectivos documentos. Tengo constancia de que ha incurrido en robo, constancia firmada por un eminente cura

anglicano. Tengo...

—¡Ah, pero eran dos los curas! — exclamó Mary con cierta suave vehemencia—; eso fue lo que lo hizo tanto más gracioso.

Una vez más se abrieron las vidrieras oscurecidas de la casa y apareció por un instante Inglewood haciendo una especie de señal. El médico norteamericano inclinó la cabeza, no así el médico inglés, pero los dos se dirigieron pesadamente hacia la casa. Nadie más se movió, ni siquiera Michael, que seguía recostado en el portón. Pero su nuca y espaldas indicaban en forma indescriptible que

estaba escuchando cada palabra.

—Pero ¿no comprende, Mary? —gritó Rosamund desesperada—, ¿no sabe que han sucedido cosas horribles aun delante de nuestros propios ojos? Yo suponía que arriba se habrían oído los tiros.

—Sí que oí los tiros —dijo Mary casi alegremente—, pero estaba ocupada en ese momento haciendo la valija. E Innocent me había dicho que iba a disparar contra el doctor Warner; de modo que no valía la pena bajar.

—¡Ay, no entiendo lo que quiere decir! —gritó Rosamund Hunt, golpeando el pie contra el suelo—, pero

usted, quiéralo o no, tiene que entender lo que digo yo. No me importa la crueldad con que se lo digo con tal de salvarla. Digo que su Innocent Smith es el hombre más atrocemente perverso del mundo. Ha disparado tiros contra muchos otros hombres y se ha fugado en coche con muchas otras mujeres. Y parece que ha matado también a esas mujeres porque nadie las encuentra.

—A veces de veras es un poco travieso —dijo Mary Gray, riendo suavemente mientras se abrochaba los guantes grises gastados.

—¡Ah!, esto es realmente hipnotismo o qué sé yo —dijo Rosamund, y rompió

a llorar.

Al mismo tiempo los dos médicos vestidos de negro salieron de la casa, y, entre ambos, su gran prisionero vestido de verde. No oponía resistencia, pero todavía seguía riéndose con risa de borracho o de bobo. Arthur Inglewood venía detrás, un estudio en sombra y rojo con las más cargadas tonalidades de la congoja y la vergüenza. En esa forma oscura, funeraria y dolorosamente realista, hacía su salida de la Casa del Faro el hombre cuya entrada en ella el día anterior se había efectuado por el acertado salto de una pared y una festiva trepada a un árbol. Nadie en los grupos

del jardín se movió, con excepción de Mary Gray, que se adelantó con toda naturalidad exclamando:

—¿Estás listo, Innocent? ¡Nuestro coche ha estado esperando tanto tiempo!

...

—Señoras y señores —dijo el doctor Warner con firmeza—, debo insistir en pedir a esta señorita que se aparte. Ya nos resultará bastante incómodo ir tres en ese coche.

—Pero es *nuestro* el coche —insistió a su vez Mary—. Como que ya está colocada encima la valija amarilla de Innocent.

—Retírese —repitió Warner

groseramente—. Y a usted, señor Moon, le ruego quiera tener la gentileza de molestarse un instante. Vamos, vamos, cuanto más pronto termine este feo asunto tanto mejor... y ¿cómo podemos abrir la puerta si usted sigue recostado en ella?

Michael Moon contempló su largo y delgado dedo índice y pareció pesar cuidadosamente el argumento.

—Sí —dijo, por fin—; pero ¿cómo puedo yo recostarme en la puerta, si ustedes la están abriendo todo el tiempo?

—¡Oh, salga de ahí! —exclamó Warner casi jovialmente—. Ya tendrá

tiempo de recostarse en la puerta.

—No —dijo Moon, reflexionando—. Rara vez coinciden el tiempo y el sitio y la puerta azul; y todo depende de que uno provenga o no de una vieja familia campesina. Mis antepasados se recostaban en las puertas mucho antes de que se hubiera descubierto el modo de abrirlas.

—¡Michael! —gritó Arthur Inglewood en una especie de agonía—, ¿se va a salir de ahí de una vez?

—Pues, no; me parece que no —dijo Michael después de pensarlo un rato, y giró lentamente sobre sí mismo, viniendo a quedar frente al grupo,

mientras en actitud perezosa seguía ocupando el camino.

—¡Hola! —gritó de repente—, ¿qué le están haciendo al señor Smith?

—Nos lo llevamos —dijo brevemente Warner— para hacerlo examinar.

—¿Para matricularlo? —preguntó Michael con animación.

—Por un magistrado —dijo el otro, lacónico.

—Y ¿qué magistrado —exclamó Michael alzando la voz—, se atreve a juzgar lo acontecido en este suelo libre, sino los antiguos e independientes Duques del Faro? ¿Qué corte de justicia

se atreverá a iniciar el proceso de un miembro de nuestra compañía si no es la Suprema Corte del Faro? ¿Han olvidado ustedes que apenas esta tarde hemos izado la bandera de independencia, emancipándonos de todas las naciones del mundo?

—Michael —gritó Rosamund retorciéndose las manos—, ¿cómo puede quedarse ahí hablando pavadas? ¡Si usted mismo vio la cosa horrible! Usted estaba allí cuando se enloqueció. Fue usted quien ayudó al doctor a levantarse cuando tropezó con la maceta.

—Y la Suprema Corte del Faro —

contestó Moon con arrogancia— tiene poderes especiales en todo lo que se refiere a locos, macetas y médicos que se caen en jardines. Consta explícitamente en nuestra primera Carta durante el reinado de Eduardo I: «Si medicus quisquam in horto prostratus»... [18]

—¡Fuera de ahí! —gritó Warner con furia repentina— o lo sacaremos a la fuerza.

—¿Qué? —gritó Michael Moon en un ímpetu de jocosa fiereza— ¿he de morir en defensa de esta institución sagrada? ¿Estas rejas azules quedarán enrojecidas con mi sangre? —Y se asió

de una de las lanzas azules detrás de él. Como ya había observado Arthur Inglewood esa misma tarde, el fierro estaba flojo y torcido en ese lugar, y el barrote pintado con su punta de lanza quedó en la mano de Michael al sacudirlo.

—¡Ved! —exclamó blandiendo en el aire la jabalina rota—, las mismas lanzas que circundan la Torre del Faro saltan de su sitio para defenderla. ¡Ah! ¡En semejante lugar y en semejante hora es algo hermoso morir solo!

—Y con voz como redoble de tambor hizo resonar los nobles versos de Ronsard:

*“On pour l’honneur de Dieu,
ou le droit de mon prince,
Navré, poitrine ouverte, au
bord de ma province”.*

—¡Santo cielo! —dijo el caballero norteamericano casi sobrecogido. Luego añadió—: ¿Hay dos locos aquí?

—No; hay cinco —tronó Moon—. Smith y yo somos los únicos cuerdos que han quedado.

—¡Michael! —gritó Rosamund—; Michael, ¿qué significa esto?

—Significa ¡mamarrachada! —rugió Michael y arrojó su lanza dando tumbos hacia el otro lado del jardín—. Significa

que los médicos son mamarrachada, que la criminología es mamarrachada, que los norteamericanos son mamarrachada..., mucho más mamarrachada que nuestra Corte del Faro. Significa, pedazos de bobos, que Innocent Smith no es ni más loco ni más malo que aquel pájaro en aquella rama.

—Pero, mi querido Moon —empezó Inglewood con su airecito modesto— estos señores...

—¡Por la palabra de dos médicos! —Moon estalló sin querer oír más a nadie—. ¡Por la palabra de dos médicos encerrar a uno en un infierno privado! ¡Y de semejantes médicos! ¡Pero, por

favor! Mírenlos... mírenlos un poco. ¿Leerían ustedes un libro, o comprarían un perro, o elegirían un hotel, por el consejo de veinte como estos? Mi gente vino de Irlanda y es católica. ¿Qué dirían ustedes si yo clasificara como malvado a un hombre por la palabra de dos sacerdotes?

—Pero no es sólo su palabra, Michael —razonó Rosamund—; tienen la comprobación también.

—¿Usted la ha visto? —preguntó Moon.

—No —dijo Rosamund con una especie de tenue sorpresa—. Está en poder de estos señores.

—Como todo lo demás, me parece —dijo Michael—. Vean: ni han tenido ustedes siquiera la decencia de consultar a la señora Duke.

—Ah, no sacarían nada —dijo Diana a Rosamund en voz baja—; tía no es capaz ni de decirle ¡fuera! a un ganso.

—Me alegro de oírlo —contestó Michael—, porque ante semejante manada de gansos, el antipático apostrofe no se le caería nunca de los labios. Yo, por mi parte, me opongo terminantemente a que las cosas se hagan con esta ligereza y falta de responsabilidad. Apelo a la señora Duke. Ésta es su casa.

—¿La señora Duke? —repitió en tono de duda Inglewood.

—Sí, la señora Duke —dijo Michael con firmeza— comúnmente llamada «el Duque de Hierro».

—Si consultan a tía —dijo tranquilamente Diana— ella tomará el partido de no hacer absolutamente nada. No tiene más pensamiento que el de ocultar las cosas o dejarlas correr. Eso es lo único que le cuadra.

—Sí —replicó Michael Moon—, y, casualmente, eso es lo único que nos cuadra a todos. Usted es impaciente con sus mayores, señorita Duke; pero, cuando tenga la edad de ellos, sabrá lo

que sabía Napoleón: que la mitad de nuestras cartas se contestan solas si uno puede frenar el apetito carnal de contestarlas.

Todavía seguía tirado en la misma actitud absurda con el codo sobre el portón, pero había cambiado de tono repentinamente por tercera vez. Así como había pasado del de la parodia heroica al de la humana indignación, pasó ahora al ligeramente incisivo del abogado que da buenos consejos profesionales.

—No es sólo su tía quien quiere silenciar esto, si puede —dijo—. Todos queremos silenciarlo si podemos. Miren

ustedes los hechos esenciales, el esqueleto, por decirlo así, del caso. Yo creo que estos señores con sus teorías científicas han cometido un error altamente científico. A Smith lo creo tan irrepreensible como una flor silvestre. Admito que no es habitual que las flores silvestres disparen tiros en casas particulares; admito que aquí hay algo que exige explicación. Pero estoy moralmente seguro de que hay algún error o alguna broma, o alguna alegoría, o algún accidente detrás de todo esto. Bien, supóngase que me equivoco. Lo hemos desarmado; estamos aquí cinco hombres para sujetarlo. Lo mismo

podemos encerrarlo más tarde. Supónganse que haya alguna probabilidad, una sola, de que yo esté en la verdad. ¿Acaso tiene alguien de ustedes interés en lavar en público esa ropa?

—Vamos, tomaré a cada uno por separado y en turno. Una vez que saquen a Smith por esta puerta lo ponen en la primera página de los diarios de la tarde. Yo lo sé; yo mismo he redactado esa primera página. Señorita Duke, ¿a usted o a su tía les gustará que fijen por todos los costados de su casa de pensión este cartel: Aquí se disparan tiros a los médicos? No, no... los médicos no

sirven para nada, como dije; pero ustedes no quieren que se disparen tiros aquí a lo que no sirve para nada. Arthur, supóngase que tengo razón, supóngase que no la tengo. Smith ha aparecido como un antiguo condiscípulo suyo. Fíjese en lo que le digo: si se le declara culpable, los órganos de la Opinión Pública dirán que usted lo introdujo. Si se lo declara inocente, dirán que usted ayudó a prenderlo. Rosamund querida, supóngase que tengo o que no tengo razón. Si se lo declara culpable, dirán que usted comprometió a su dama de compañía con él. Si se lo declara inocente, publicarán este telegrama. Yo

conozco los Órganos, ¡malditos sean!

Se detuvo un instante; porque ese rápido raciocinio lo dejaba más corto de aliento que sus acusaciones teatrales o verdaderas. Evidentemente hablaba en serio, además de hacerlo con aplomo y lucidez, como lo demostró por su manera pronta de proseguir en el momento de recobrar el aliento material.

—En el mismo caso —exclamó— están nuestros amigos los médicos. Dirán ustedes que el doctor Warner recibo un agravio. Lo concedo. Pero ¿desea él especialmente que lo retraten todos los periodistas *prostratus in horto*? No era culpa de él. Pero la

escena no fue muy airosa tampoco para él. Warner reclama justicia; pero ¿le agrada pedirla no sólo de rodillas, sino de rodillas y manos?, ¿tiene ganas de entrar en los tribunales en cuatro patas? A los médicos no se les permiten anuncios callejeros; pero estoy seguro de que a ningún médico le gustaría colocarse en cartel en esa forma. Y aun a nuestro huésped norteamericano le interesa igualmente la cosa. Supongamos que posee documentos realmente concluyentes. Demos por sentado que tiene en su poder revelaciones que merecen de veras la pena de leerse. Bien, en un examen legal (o en un

examen médico, si se quiere) apuesto diez contra uno a que no le permitirán leerlas. Lo envolverán cada dos o tres minutos en un enredijo de vetustas reglamentaciones. Un hombre no puede hoy en día decir la verdad en público. Pero todavía la puede decir en privado. La puede decir dentro de aquella casa.

—Eso es perfectamente cierto — dijo el doctor Cyrus Pym, que había escuchado el discurso con una seriedad que sólo un norteamericano es capaz de mantener en semejante escena—. Es perfectamente cierto que se me ha molestado notablemente menos en interrogatorios privados.

—¡Doctor Pym! —gritó Warner en una especie de arrebató repentino de ira—. ¡Doctor Pym! Usted no va a admitir seguramente...

—Smith puede estar loco —continuó el melancólico Moon en un monólogo que parecía pesar como un hacha—, pero había algo, con todo, en aquello que dijo sobre el gobierno propio para cada casa. Sí; al fin de cuentas, algo hay en eso de la Suprema Corte del Faro. Es cierto, realmente, que los seres humanos podrían muchas veces alcanzar algún género de justicia doméstica en aquellas cosas en que por ahora no consiguen sino injusticia legal, sí, yo también soy

hombre de leyes y también sé eso. Es cierto que existe demasiado poder oficial e indirecto. ¡Cuántas y cuántas veces aquella cosa que la nación entera no puede arreglar es precisamente la cosa que podría arreglar una familia! Centenares de menores delincuentes han sido multados y enviados a la cárcel cuando lo que se debía haber hecho era darles una buena paliza y mandarlos a la cama. Estoy seguro de que centenares de hombres se han pasado la vida entera en el manicomio cuando lo único que necesitaban era una semana a orillas del mar. Hay algo en la idea de Smith sobre gobierno propio doméstico; y yo

propongo que lo llevemos a la práctica. Ustedes tienen al detenido; ustedes tienen los documentos. Vamos, somos un grupo de gente libre, de raza blanca, cristiana, que podía haberse encontrado sitiada en una ciudad o arrojada en una isla desierta. Hagamos la cosa nosotros mismos. Entremos en aquella casa y sentémonos e investiguemos con nuestros propios ojos y oídos si esto es verdad o no lo es; si este Smith es un hombre o un monstruo. Si no podemos hacer una cosa pequeña como esta, ¿qué derecho tenemos de poner cruces en una lista de candidatos los días de elecciones?

Inglewood y Pym cambiaron una mirada; y Warner, que no tenía un pelo de tonto, supo por esa mirada que Moon estaba ganando terreno. Los motivos que inducían a Arthur que se rindiese eran por cierto muy diferentes de los que afectaban al doctor Cyrus Pym. Todos los instintos de Arthur lo inclinaban a la ocultación y a un arreglo político; era muy inglés, y a menudo prefería tolerar agravios antes que procurarse justicia por medio de escenas o de retórica seria. Hacer a la vez el papel de bufón y de caballero andante, como su amigo el irlandés, hubiera sido para él una perfecta tortura; pero aun el papel

semioficial que esa tarde le había tocado era muy doloroso. Probablemente no le disgustaba dejarse convencer de que su deber consistía en no despertar al perro dormido^[19].

Por su parte, Cyrus Pym pertenecía a un país donde son factibles cosas que a los ingleses parecen locuras. Reglamentaciones y autoridades exactamente iguales a cualquiera de las travesuras de Innocent o de las sátiras de Michael allí se dan realmente, apoyadas por plácidos agentes de policía e impuestas a dinámicos hombres de negocios. Pym conocía Estados enteros que son vastos y al

mismo tiempo secretos y caprichosos; cada uno es tan grande como una nación y no obstante íntimo como un pueblito escondido, imprevisto como una cama plegadiza. Estados donde nadie puede fumar un solo cigarrillo, Estados donde cualquiera puede tener diez esposas, Estados estrictísimos de prohibición, Estados laxísimos de divorcio; todas esas grandes extravagancias locales habían preparado la mentalidad de Cyrus Pym para pequeñas extravagancias locales en un país más pequeño. Infinitamente más alejado de Inglaterra que cualquier ruso o italiano, totalmente incapaz de concebir siquiera

lo que son convencionalismos ingleses, no podía darse cuenta de la imposibilidad social de la Corte del Faro. Los que tomaron parte en el experimento estaban firmemente convencidos de que Pym hasta el último instante creyó en aquella corte fantasmagórica, suponiéndola un tipo de institución británica.

Hacia el sínodo así indeciso y detenido en sus funciones se acercó entre la creciente penumbra crepuscular una silueta oscura y reducida, con un modo de caminar fundado aparentemente en la imperfecta represión de una revuelta negra. Algo en la familiaridad y

a la vez en la incongruencia de ese ser impulsaron a que Michael estallara en saludable y humanitaria locuacidad aun más cordial.

—Pues aquí tienen ustedes al pequeño Narigueta Gould —exclamó—. ¿No basta su sola vista para desterrar toda consideración morbosa?

—Realmente —replicó el doctor Warner— realmente no alcanzo a comprender cómo al señor Gould le puede afectar este asunto; y una vez más pido...

—¡Hola!, ¿de quién es el entierro, señores? —preguntó el recién llegado con aire de árbitro alborotador—. ¿El

doctor pide algo? Así sucede siempre en las pensiones. Siempre mucha demanda. Nada de oferta.

Con la mayor delicadeza e imparcialidad posibles, Michael se reafirmó en sus posiciones e indicó en términos generales que Smith se había hecho reo de ciertos actos peligrosos y dudosos y que hasta se había llegado a alegar que era un caso de insania.

—¡Ah, eso por supuesto! —dijo Moses Gould llanamente—. No hace falta el viejo Sherlock Holmes para descubrir eso. El perfil de halcón de Holmes —agregó con deleite abstracto— acusó una sombra de desencanto

cuando vio que el galgo Gould le había ganado el tirón.

—Si es que está loco... —empezó Inglewood.

—Bueno —dijo Moses—, cuando un tipo se pasea por las tejas la primera noche de su llegada, generalmente hay una *teja* floja, diremos por variar, en vez de un *tornillo*.

—A usted no se le ocurrió quejarse antes —dijo Diana Duke con cierta tiesura—, y por lo general se queja con bastante libertad.

—Yo no me quejo de él —dijo Moses magnánimo—, el pobre tipo es bastante inofensivo; lo podrían atar aquí

en el jardín y haría ruidos para espantar a los ladrones.

—Moses —dijo Moon con fervor solemne—, usted es la encarnación del Sentido Común. Usted cree que Innocent está loco. Permítame que le presente a la encarnación de la Teoría Científica. Él también cree que Innocent está loco. Doctor, éste es mi amigo Gould. Moses, éste es el célebre doctor Cyrus Pym. — El célebre doctor Cyrus Pym cerró los ojos y se inclinó. Él también murmuró su grito de guerra nacional en voz baja, el cual pareció algo así como *mucho gusto de conocerlo*.

—Ahora bien, ustedes dos —dijo

jovialmente Michael—, que creen ambos en la locura de nuestro pobre amigo, entrarán muy orondos en aquella casa y nos probarán que está loco. ¿Qué cosa más poderosa puede haber que la combinación de la Teoría Científica con el Sentido Común? Unidos, estáis en pie. Divididos sucumbís. No tendré la descortesía de sugerir que el doctor Cyrus Pym carezca de sentido común; me limito a hacer constar el accidente cronológico de que hasta aquí no ha demostrado tenerlo. Hago uso de la libertad a que una antigua amistad me da derecho para apostar mi camisa a que Moses no tiene teoría científica. Sin

embargo, contra esta fuerte liga estoy dispuesto a comparecer armado tan sólo de una intuición, como se llama en norteamericano a la adivinación.

—Muy honrado por la ayuda del señor Gould —dijo Pym, abriendo de repente los ojos—. Colijo que aunque él y yo coincidimos idénticamente en el diagnóstico primario, hay con todo entre nosotros algo que no puede llamarse un desacuerdo, algo que quizá pudiera llamarse un... —Juntó las puntas del pulgar y del índice abriendo los otros dedos exquisitamente en el aire y pareció esperar que otra persona le soplara lo que había de decir.

—¿Cazando moscas? —preguntó el afable Moses.

—Una divergencia —dijo el doctor Pym con un fino suspiro de alivio—; una divergencia. Concediendo que el hombre en cuestión esté mentalmente perturbado, no habría necesariamente en él todo lo que la ciencia exige encontrar en un maniático homicida...

—¿Se le ha ocurrido a usted —observó Moon, que otra vez se había recostado en el portón y no se dio vuelta—, que, si fuera un maniático homicida, nos podría haber matado aquí a todos mientras hablábamos?

Algo explotó muy quedo en el

interior de las mentes de todos cual dinamita sellada en alguna olvidada bodega. Todos recordaron por primera vez en una hora o dos que el monstruo de quien se hablaba está de pie en perfecto silencio entre ellos. Lo habían dejado en el jardín como una estatua; podría haber tenido un delfín enroscado entre las piernas o un chorro de agua manándole de la boca, para lo que se habían preocupado de Innocent Smith. Allí seguía de pie con su cresta de pelo rubio y alborotado caída un tanto hacia adelante, su rostro un poco miope de frescos colores mirando pacientemente hacia abajo a nada en particular, la

enorme espalda arqueada y las manos en los bolsillos de los pantalones. Al parecer, ni siquiera se había movido. Su chaqueta verde podría haber sido cortada del césped verde que hollaban sus pies. A su sombra, Pym había formulado su exposición y Rosamund su protesta, Michael su perorata y Moses sus chocarrerías. Él había permanecido como una talla; el dios del jardín. Un gorrión se había posado en uno de sus cuadrados hombros; y luego, después de acicalar su atavío de pluma, había volado.

—¡Pues, Señor! —gritó Michael con una carcajada— la Corte del Faro se ha

abierto y también se ha vuelto a cerrar. Todos ustedes saben que tengo razón. Su sentido común enterrado les ha dicho precisamente lo que mi sentido común enterrado me ha dicho. Smith podía haber disparado cien cañones en vez de una pistola, y ustedes igual sabrían que era inofensivo como yo sé que es inofensivo. Todos a la casa, pues, de nuevo, y a preparar una sala para la discusión. Porque la Suprema Corte del Faro, que ya ha llegado a su decisión, está por empezar su audiencia.

—¡Está por empezar! —gritó el pequeño Moses en una especie de extraordinario alboroto desinteresado

como el de un animal al oír música o en presencia de una tempestad—. Sigam viaje a la Suprema Corte de Tocino^[20] con Huevos fritos; pidan salmón de la acreditada firma. Su Señoría felicitó al señor Gould por la extrema delicadeza profesional que demostró, digna de las mejores tradiciones del Salón Bar...; ¡tres Scotch Whisky, señorita! ¡Córranme, muchachas!

Como las muchachas no mostraban tener la menor tentación de correrlo, se alejó danzando una especie de bailoteo de pura excitación; y había dado la vuelta a todo el jardín cuando reapareció sin aliento, pero hecho unas

pascuas. Moon había conocido a su hombre cuando se dio cuenta de que nadie presentado a Moses Gould podía estar completamente serio aunque estuviera completamente furioso. Las puertas de cristal estaban abiertas del lado más próximo al señor Moses Gould; y como los pies de aquel imbécil festivo iban evidentemente encaminados en esa dirección, los demás tomaron ese rumbo con la unanimidad de alguna alborotada procesión. Tan solo Diana Duke mantuvo la suficiente rigidez para decir lo que le había estado quemando los enérgicos labios femeninos durante las últimas horas. Bajo la sombra de la

tragedia lo había retenido como cosa fuera de lugar. —En ese caso —dijo bruscamente— se pueden despachar estos coches.

—Bueno, pero a Innocent hay que darle la valija, por supuesto —dijo sonriente Mary—. Supongo que el cochero nos la querrá bajar.

—Yo voy a buscar la valija —dijo Smith hablando por primera vez desde hacía horas. Su voz pareció lejana y tosca como la voz de una estatua.

Los que durante tanto tiempo habían bailado y discutido alrededor de su inmovilidad quedaron privados de aliento ante su precipitación. De una

corrida y un salto, ya estaba fuera del jardín y en la calle; de un salto y un vibrante puntapié ya estaba sobre el techo del coche. El cochero casualmente estaba al lado de la cabeza del caballo, porque acababa de retirarle la bolsa vacía de pienso. Smith pareció un momento rodar sobre el techo del coche en los abrazos a su valija, pero al instante había rodado como por chiripa suprema al alto asiento trasero, y, con un alarido de penetrante y aterradora repentinidad, había lanzado al caballo volando y huyendo por la calle.

Su desaparición fue tan violenta y rápida que esta vez tocó a todas las

otras personas el turno de convertirse en estatuas de jardín. El señor Moses Gould, sin embargo, por naturaleza no adaptado ni física ni moralmente a los fines de la escultura permanente, tornó a la vida un rato antes que los demás, y, volviéndose a Moon observó, como quien inicia una charla con un desconocido en un ómnibus: —¿Tornillo flojo, eh?, ¿teja suelta? Coche suelto, en todo caso—. Siguió un silencio fatal; y entonces dijo el doctor Warner con un desprecio aplastante como mazo de piedra:

—Éste es el resultado de la Corte del Faro, señor Moon. Usted ha soltado

sobre toda la metrópolis a un demente.

La Casa del Faro estaba ubicada, como se ha dicho, al final de una larga fila de casas seguidas que formaban media luna. El jardincillo que la cerraba salía en punta aguda como un cabo verde entrado en el mar de dos calles. Smith con su coche disparó por un lado del triángulo y a fe que la mayoría de los que quedaban dentro no esperaban volver a verlo. Llegado al vértice, sin embargo, hizo girar rápidamente el caballo y lo condujo con igual violencia a lo largo del otro costado del jardín haciéndose visible a todo el grupo. Con impulso colectivo el grupo cruzó

corriendo el cuadrado del césped para detenerlo, pero pronto tuvieron, todos, motivo de inclinarse y retroceder. En el momento en que de nuevo desaparecía calle arriba dejó volar de su mano la gran valija amarilla, de modo que vino a caer en el medio del jardín desparramando al grupo como si hubiese sido una bomba, y casi averiando por tercera vez el sombrero del doctor Warner. Mucho antes de que se hubieran serenado, el coche había disparado con un alarido que fue descendiendo hasta susurro.

—Bueno —dijo Michael Moon, con un timbre de voz muy curioso— de

todos modos será mejor que todos pasen adentro, está oscureciendo y refrescando bastante. Tenemos por lo menos dos reliquias del señor Smith; su prometida y su baúl.

—¿Por qué quiere que entremos? — preguntó Arthur Inglewood, en cuya frente encendida y alborotado pelo castaño la contrariedad parecía haber llegado al límite extremo.

—Quiero que entren los otros —dijo Michael con voz clara— porque necesito todo este jardín para hablarle a usted.

Había una atmósfera de duda irracional; estaba realmente refrescando

y un viento nocturno había empezado a mecer los dos o tres árboles en el crepúsculo. Pero el doctor Warner habló con voz que no acusaba el menor vestigio de indecisión.

—Rehusó escuchar semejante propuesta —dijo—; usted ha dejado escapar a este bandido y yo lo tengo que encontrar.

—Yo no le pido que escuche propuesta alguna —contestó tranquilamente Moon—. Yo sólo le pido que escuche. —Impuso silencio con la mano, e inmediatamente el ruido silbador que se había perdido por las oscuras calles a un costado de la casa se

percibió otra vez desde un punto completamente nuevo hacia el otro lado. Por el nocturno laberinto callejero el ruido crecía con increíble rapidez, y al instante siguiente los cascos voladores y las ruedas relampagueantes habían llegado como un vértigo hasta el portón azul, su punto de partida. El señor Smith bajó de su percha con aire distraído y, volviendo al jardín, se detuvo en el mismo en la actitud elefantina de antes.

—¡Entren, entren! —exclamó Moon muerto de risa con el ademán de quien espanta una colección de gatos—. Vamos, vamos, ¡rápido! ¿No les dije que tenía que hablarle a Inglewood?

Explicar después cómo todos fueron efectivamente de nuevo arreados hasta la casa, hubiera sido cosa difícil. Habían llegado ya hasta el punto de no poder resistir a tanta incongruencia, como la gente que en un sainete se enferma de tanto reír, y el vivo aumento de la tormenta entre los árboles parecía un último gesto de las cosas en general. Inglewood se fue quedando detrás, mientras decía con cierta amigable exasperación:

—Diga, ¿de veras me quiere hablar?

—Quiero —dijo Michael—, y con mucho empeño.

La noche había llegado como

generalmente llega, con mayor rapidez de lo que parecía prometer el crepúsculo. Mientras el ojo humano percibía aún el cielo de un color gris claro, una luna muy grande y muy reluciente, al aparecer bruscamente por encima de un bulto de tejados y de árboles, probó por contraste que el cielo, en realidad, era de un gris sumamente oscuro. Un montón de hojas secas sobre el césped, un montón de nubes desgarradas por el cielo, parecieron arrastradas por aquel mismo viento fuerte pero fatigoso.

—Arthur —dijo Michael— yo empecé con una intuición; pero ahora

estoy seguro. Usted y yo vamos a defender a su amigo ante la bendita Corte del Faro, y lo vamos a dejar limpio... limpio tanto de crimen como de demencia. Escúcheme solamente mientras le predico un ratito.

Empezaron a pasearse por el jardín que se iba oscureciendo, mientras Michael proseguía.

—¿Puede usted —preguntó Michael — cerrar los ojos y ver algunos de aquellos curiosos viejos jeroglíficos estampados sobre paredes blancas en los viejos países cálidos? ¡Qué duros eran en la forma y sin embargo, qué vistosos en el colorido! Piense en algún

alfabeto de figuras arbitrarias, seleccionadas en rojo y negro o blanco y verde, con alguna vieja muchedumbre semita de antepasados de Nariguetita Gould contemplándolos y trate de discurrir para qué los puso ahí la gente.

El primer instinto de Inglewood fue pensar que su desconcertante amigo realmente había perdido por fin la razón; parecía haber una incongruencia tan enteramente deshilvanada y sin ton ni son entre aquellas pintadas paredes tropicales que se le pedía imaginara y el jardín suburbano gris, algo destemplado, azotado por el viento, en el cual él, de hecho, se hallaba a la espera. Cómo

podía encontrarse mejor en este cuadro por imaginarse aquel otro, no lo podía concebir. Ambas cosas (en sí mismas) eran desagradables.

—¿Por qué todo el mundo repite adivinanzas —continuó bruscamente Moon— aunque no recuerde la solución? Las adivinanzas son fáciles de recordar porque son difíciles de solucionar. Así aquellos viejos símbolos rígidos en negro, rojo o verde eran fáciles de recordar porque había sido difícil interpretarlos. Sus colores eran sencillos, sus formas sencillas. Todo era sencillo, menos el significado.

Inglewood estaba por abrir la boca

en son de amistosa protesta, pero Moon continuó, paseándose cada vez más rápidamente a lo largo del jardín y fumando con más y mayores ansias: — Los bailes también —dijo—; los bailes no eran frívolos. Los viejos bailes eran tiesos, ceremoniosos, de vivo colorido, pero silenciosos. ¿No ha notado usted una cosa rara en Smith?

—Bueno, de veras —exclamó Inglewood plantándose como en una crisis de humorismo— ¿he notado en él alguna cosa que no sea rara?

—¿Ha notado usted esto en él —preguntó Moon con inalterada persistencia—, que ha hecho tantas

cosas y hablado tan extremadamente poco? Cuando apenas había llegado, habló, pero en forma entrecortada, espasmódica, como si no estuviera acostumbrado a hacerlo. Todo lo que realmente hizo fueron actos: pintar flores rojas en trajes negros, o arrojar valijas amarillas sobre el césped. Yo le digo que esa gran figura verde tiene sentido figurado, como cualquiera de las figuras verdes que hacen cabriolas en alguna blanca pared oriental.

—Mi querido Michael —exclamó Inglewood con creciente irritación que arreciaba proporcionalmente con el viento—, a usted le está dando por las

fantasías absurdas.

—Pienso en lo que acaba de suceder —dijo firmemente Michael—. El hombre durante horas no ha hablado palabra; y sin embargo, ha estado hablando todo el tiempo. Disparó tres tiros de un revólver de seis balas y después nos lo entregó cuando nos podía haber dejado tiosos donde estábamos. ¿Cómo expresar mejor su confianza en nosotros? Quería ser juzgado por nosotros. ¿Cómo manifestarlo más a las claras que quedándose quieto y dejándonos discutirlo? Quería mostrarnos que se quedaba ahí por su voluntad y que podía, si quería,

escaparse. ¿Cómo probarlo más eficazmente que escapándose en el coche y volviendo? Innocent Smith no es un loco: es un ritualista. Quiere expresarse, no con la lengua, sino con brazos y piernas, «con mi cuerpo te rindo culto» como dice el ritual del matrimonio^[21]. Empiezo a comprender las antiguas comedias y autos sacramentales y cortejos espectaculares. Veo por qué los mudos en los entierros eran mudos. Veo la razón de ser de los mimos de toda aquella momería. *Significaban algo*; y Smith también significa algo. Todas las demás bromas —las chanzas, mejor dicho— han de ser

ruidosas, como las chocarrerías, por ejemplo, de Narigueta Gould. Las únicas bromas silenciosas son las propiamente tales, las prácticas, las vividas. El pobre Smith, bien mirado, es un bromista alegórico. Lo que realmente ha hecho en esta casa ha sido frenético como una danza guerrera, pero silencioso como un cuadro.

—Supongo que usted querrá decir —repuso el otro con tono de duda— que tenemos que descubrir lo que significaban todos esos crímenes, como si fueran otros tantos jeroglíficos policromados. Pero aun en el caso de que realmente signifiquen algo...

¡Caray! ¡Dios nos asista!...

Al dar la vuelta al jardín con toda naturalidad había levantado los ojos hacia la luna, a esas horas grande y luminosa, y había visto una enorme figura semihumana sentada en la pared del jardín. Estaba tan nítidamente recortada sobre el fondo de la luna que, en la primera impresión repentina, era difícil estar seguro hasta de que era humana. La espalda arqueada y el pelo parado le daban más bien el aspecto de un gato colosal. Parecía gato también porque, al ser sorprendido, se incorporó de un salto y corrió con fácil movilidad por el borde de la pared. Al correr, sin

embargo, los hombros pesados y la cabeza chica agachada sugerían más bien un gran mono. En el momento en que llegó al alcance de un árbol dio un brinco, efectivamente como de mono, y se perdió entre las ramas. La ráfaga que al mismo tiempo sacudía cada arbusto del jardín hacía aun más dificultosa la identificación, puesto que amalgamaba los movedizos miembros del fugitivo con los movedizos miembros del árbol.

—¿Quién está ahí? —gritó Arthur—. ¿Quién es? ¿Es Innocent?

—No del todo. No del todo inocente —contestó una voz velada entre las hojas—. Una vez te estafé respecto a un

cortaplumas.

El viento en el jardín había cobrado bríos y agitaba el árbol en todas las direcciones, con el hombre oculto en la parte más tupida, lo mismo que aquella tarde alegre y dorada de su llegada.

—Pero ¿eres Smith? —preguntó Inglewood en agonía.

—Casi —contestó la voz desde el árbol sacudido.

—Pero usted tiene que tener algún nombre verdadero —gritó Inglewood desesperado—. Tiene que llamarse algo.

—¿Llamarme algo? —tronó el oscuro árbol convulsionado, de modo que sus diez mil hojas parecían estar

hablando a la vez—. Yo me llamo
Rolando Oliverio Isaías Carlomagno
Arturo Hildebrando Homero Dantón
Miguelángel, Shakespeare
«Brakespeare».

—¡Pero hombre! —empezó
Inglewood exasperado— en mi vida...

—¡Eso es!, ¡eso es! —salió como un
rugido, del árbol zarandeado—;
¡Hombre! ¡Vida! Ése es precisamente mi
nombre verdadero: Hombrevida. —Y
quebró una rama, y una o dos hojas de
otoño cruzaron, revoloteando, el disco
de la luna.

Segunda Parte: Las explicaciones de Innocent Smith

CAPÍTULO

PRIMERO: El ojo de la muerte o la acusación de homicidio

El comedor de las Duke fue preparado para la Corte del Faro con algo de improvisada pomposidad que lo hacía en cierto modo más confortable. La pieza grande había sido, por así decirlo, fraccionada en piezas chicas, con paredes que le llegaban a uno a la

cintura, la clase de separaciones que hacen los niños cuando juegan a los almacenes. Esto había sido hecho por Moses Gould y Michael Moon (los dos miembros más activos de esa notable inquisición) con los muebles ordinarios del local. Al final de la larga mesa de caoba estaba erigido el único enorme sillón de jardín, al que formaba dosel la vieja carpa, o paraguas, que el mismo Smith había indicado podía servir para palio de coronación. Dentro de esa armazón se percibía la rolliza figura de la señora Duke, entre almohadones, y con una fisonomía que ya amenazaba sueño. En la otra punta aparecía sentado

el acusado Smith, en una especie de brete; porque estaba cuidadosamente encerrado en un cuadro de livianas sillas de dormitorio, cualquiera de las cuales él hubiera podido arrojar por la ventana con el dedo grande del pie. Había sido provisto de plumas y papel, y con este último hacía botes, flechas y muñecos a entera satisfacción durante todo el curso de los procedimientos. No habló ni alzó los ojos una sola vez, sino que parecía tan ajeno a ellos como un niño sentado en el suelo de un cuarto de juguetes.

Sobre una fila de sillas, colocadas en alto encima de un largo canapé,

estaban las tres señoritas, de espaldas a la ventana, Mary Gray en el medio; resultaba una cosa intermedia entre el palco de un jurado y el sitial de la Reina de la Belleza en un torneo. A lo largo del centro de la mesa, Moon había levantado una baja barrera con los ocho tomos encuadernados de «Palabras Buenas» para simbolizar la pared moral que dividía a los partidos litigantes. A la derecha estaban sentados los dos abogados del proceso, el doctor Pym y el señor Gould, detrás de una barricada de libros y documentos, especialmente (en el caso del doctor Pym) sólidos volúmenes de criminología. Del otro

lado, Moon e Inglewood, para la defensa, estaban también fortificados con libros y papeles; pero como estos incluían varios volúmenes viejos y amarillos de Ouida y Wilkie Collins, la mano del señor Moon parecía haber estado algo descuidada y tolerante. En cuanto a la víctima y demandante, doctor Warner, Moon pretendió al principio tenerlo completamente oculto detrás de un biombo alto en un rincón, alegando la falta de delicadeza que implicaba su aparición en la Corte, pero asegurándole privadamente un permiso extraoficial de asomarse por arriba de tanto en tanto. El doctor Warner, sin embargo, no alcanzó

a apreciar la hidalguía de tal procedimiento, y después de cierto revuelo y discusiones, se lo acomodó en un asiento a la derecha de la mesa, en línea con sus consejeros legales.

Delante de ese tribunal sólidamente establecido, el doctor Cyrus Pym, después de pasarse la mano por el pelo color miel sobre cada oreja, se puso de pie para abrir la causa. Su declaración fue clara e incluso moderada, y el vuelo de imágenes que desplegó llamó la atención tan sólo por cierta indescriptible brusquedad, no infrecuente entre las flores de la elocuencia norteamericana.

Plantó sobre la caoba las puntas de sus diez frágiles dedos, cerró los ojos y abrió la boca.

—Ha pasado la época —dijo— en que el homicidio podía ser considerado como un acto moral e individual, importante quizá para el homicida, quizá para la víctima. La ciencia ha... —aquí se detuvo sosteniendo en el aire el índice y el pulgar apretados, como si estuviera reteniendo muy fuertemente por la cola una idea que se le quería escapar, frunció luego los ojos, dijo *modificado*, y la largó— ha modificado profundamente nuestro concepto sobre la muerte. En la edad de las supersticiones

se la miraba como la terminación de la vida, catastrófica y aun trágica, y muchas veces se la rodeaba de solemnidad. Han amanecido, sin embargo, días más luminosos, y ahora vemos la muerte como universal e inevitable, como parte de aquella gran servidumbre que remueve el alma y levanta el corazón, y que, por razón de conveniencia, llamamos el orden de la naturaleza. De la misma manera hemos venido a enjuiciar el homicidio en su aspecto social. Elevándonos por encima de los meros sentimientos particulares de un hombre a quien violentamente se lo priva de la vida, tenemos el

privilegio de contemplar el homicidio como un inmenso todo, de ver la rica rotación del cosmos, trayendo, así como trae la siega de rubias espigas y los segadores de rubias barbas, la vuelta sin fin de los victimarios y de los victimados.

Bajó los ojos, algo afectado por su propia elocuencia, emitió una leve tos, atajándola con cuatro puntiagudos dedos de acuerdo con los finos modales de Boston, y continuó:

—Un solo resultado de este punto de mira más feliz y más humano puede tener relación con el miserable que se encuentra en nuestra presencia. Es aquel

que deja totalmente dilucidado un facultativo de Milwaukee, nuestro gran Sonnenschein, descubridor de secretos, en su gran obra *El tipo destructivo*. No denunciamos a Smith como un asesino, sino más bien como un hombre de tendencia asesina. El tipo es tal que su misma vida, yo diría su misma salud, reside en matar. Algunos sostienen que no es una aberración propiamente dicha, sino una criatura más nueva y aun más elevada. Mi antiguo querido amigo, el doctor Bulger, que criaba hurones... — (aquí Moon de repente dejó escapar un estrepitoso ¡hurra!, pero reasumió tan instantáneamente su expresión trágica

que la señora Duke miró en todas las otras direcciones para inquirir el origen del sonido); el doctor Pym continuó con cierta severidad—: que criaba hurones por interés científico, sostenía que la ferocidad de aquel animal no tenía fin utilitario, sino que era absolutamente un fin en sí misma. Sea como fuere en el caso de los hurones, es así ciertamente en el caso del detenido. En sus otras iniquidades podrá encontrarse la astucia del insano; mas sus hechos de sangre tienen casi la simplicidad de la cordura. Pero es la espantosa cordura del sol y de los elementos, una cordura cruel, maléfica. Antes podrá usted detener las

cataratas rebosantes de arco iris en nuestro virgen Oeste que poner dique a aquella fuerza natural que lo impele a matar. Ningún ambiente, por científico que fuere, lo hubiera podido suavizar. Coloque usted a aquel hombre en la silenciosa pureza de plata del más pálido monasterio y producirá algún acto de violencia aun con el báculo y el alba. Edúquelo entre juegos, en un alegre jardín de infantes, en medio de nuestra niñez anglosajona de frente despejada y tersa, y encontrará él la manera de estrangular a alguno con la cuerda de saltar, o de desparramar a otros los sesos con un minúsculo

ladrillo de juguete. Las circunstancias podrán ser favorables, admirable la educación, lisonjeras las esperanzas pero la enorme hambre elemental de sangre de Innocent Smith estallará como una infalible bomba de tiempo, cuando le llegue la sazón.

Arthur Inglewood lanzó una rápida mirada de curiosidad hacia la colosal criatura en la punta de la mesa que colocaba un tricornio de papel a un monigote de papel y miró después hacia el doctor Pym que concluía en tono más tranquilo.

—Sólo nos resta —decía— aducir pruebas positivas de sus anteriores

atentados. Por un acuerdo ya establecido con la corte y con los que conducen la defensa, se nos permite dar a conocer cartas auténticas de testigos oculares de estas escenas, las cuales pueden ser examinadas libremente por la defensa. De entre varios casos de tales atropellos hemos decidido seleccionar uno, el más claro y el más escandaloso. Procederé pues, sin más demora, a invitar a mi actuario el señor Gould a que lea dos cartas: una del vicerregente y otra del portero del Colegio Brakespeare en la Universidad de Cambridge.

Gould saltó como un muñeco de resorte, con un papel de aspecto

académico en la mano y en el rostro una fiebre de importancia. Empezó con voz fuerte, penetrante y el acento característico del bajo pueblo londinense:

—Señor: Soy el Vicerregente del Colegio Brakespeare, Cambridge...

—¡Dios nos asista! —murmuró Moon retrocediendo con el movimiento instintivo que provoca un tiro de fusil.

Soy el Vicerregente del Colegio Brakespeare, Cambridge —proclamó el intransigente Moses—, y puedo avalar la descripción que usted hace de la conducta del desventurado Smith. No

fue solamente, por desgracia, mi deber el reprender muchas de las violencias menores cometidas durante su período de estudiante, pero fui de hecho testigo de la última iniquidad que terminó ese período. Era en la circunstancia en que yo pasaba debajo de la casa de mi amigo el Regente de Brakespeare, la cual está parcialmente separada del edificio del Colegio y toca al mismo tan solo por medio de dos o tres arcos o puntales muy antiguos, a manera de puentes sobre un canal muy estrecho que se comunica con el río. Con grave asombro de mi parte, vi a mi eminente amigo suspendido en el aire, asido a una de esas construcciones, indicando por el semblante y la actitud que estaba bajo el influjo de la más intensa aprehensión. Después de breve rato, oí dos tiros muy

estrepitosos y distinguí claramente al desgraciado estudiante Smith con medio cuerpo fuera de la ventana del Regente, y apuntándole insistentemente con un revólver. Al verme, Smith estalló en ruidosas carcajadas (en las cuales la impertinencia se unía a la insania), y pareció desistir. Mandé buscar una escalera con el portero del Colegio y él consiguió desprender al Regente de su dolorosa situación. Se expulsó a Smith. La fotografía que adjunto es la del grupo de premiados en el Club Universitario del Rifle y lo muestra tal como era cuando estaba en el Colegio. Quedo de usted S. S.

Amos Boulter.

—La otra carta —continuó Gould

con fervor triunfal— es del portero, y su lectura no llevará mucho tiempo.

Estimado Señor: Es perfectamente cierto que yo soy portero del Colegio Brakespeare y que yo ayudé al Regente a bajarse cuando el joven le estaba disparando tiros, como dijo en su carta el señor Boulter. El joven que tiraba era el señor Smith, el mismo que está en el retrato que envía el señor Boulter. Lo saluda con el mayor respeto.

Samuel Barker.

Gould pasó las dos cartas a Moon que las examinó. Salvo algunas divergencias vocales debidas a la clásica y acentuada pronunciación

popular londinense del lector, la carta del Vicerregente era exactamente igual a como Gould la había transmitido: y ambas, tanto ésta como la del portero, eran visiblemente auténticas. Moon, a su vez, se las pasó a Inglewood, quien las devolvió en silencio a Moses Gould.

—En lo que se refiere a este cargo de continuo conato de homicidio —dijo el doctor Pym, incorporándose por última vez—, este es el caso que yo presento.

Michael Moon se puso de pie para la defensa con un aire de depresión que de entrada dio pocas esperanzas a los que simpatizaban con el detenido. No se

proponía, dijo, seguir al doctor en las cuestiones abstractas. —No sé lo suficiente para ser un agnóstico —dijo con cierto cansancio—, y en tales controversias, sólo puedo dominar los elementos conocidos y admitidos. En cuanto a la ciencia y a la religión, los elementos conocidos son pocos y bastante sencillos. Todo lo que dicen los clérigos es cosa no probada. Todo lo que dicen los médicos es cosa desprobada. Ésa es la única diferencia que ha existido siempre y que siempre existirá entre la ciencia y la religión. Con todo, estos nuevos descubrimientos me conmueven en cierto modo —dijo,

bajando tristemente la vista hacia sus botines—. Me recuerdan a una querida tía abuela que solía gozarlos en su juventud. Se me llenan los ojos de lágrimas. Me parece que veo el viejo balde junto al cerco del jardín y la línea de álamos luminosos detrás...

—¡Chist! ¡Oiga! Pare un momento el ómnibus —exclamó el señor Moses Gould, levantándose y como transpirado—. Queremos dar a la defensa una oportunidad en toda ley, como caballeros, ¿sabe?; pero cualquier caballero pone punto final antes de llegar a álamos luminosos.

—¡Y bueno, que se vaya todo al

diablo! —dijo Moon con aire ofendido —, si el doctor Pym puede tener un viejo amigo con hurones ¿por qué no he de poder yo tener una vieja tía con álamos?

—Seguro —dijo la señora Duke irguiéndose con algo que era casi una temblorosa autoridad—, el señor Moon puede tener todas las tías que quiera.

—Bueno, en cuanto a quererla —empezó diciendo Moon—, yo... pero, quizá, como ustedes dicen, ella no llega a ser el centro de la cuestión. Repito que no es mi intención seguir las especulaciones abstractas. Pues, en efecto, mi respuesta al doctor Pym es

sencilla y severamente concreta. El doctor Pym ha tratado un solo aspecto de la psicología del asesinato. Si es verdad que hay un tipo de hombre que tiene una tendencia natural hacia el asesinato ¿no es igualmente verdad — aquí bajó la voz y habló con aplastante serenidad e intención—, no es igualmente verdad que hay un tipo de hombre que tiene una tendencia natural a hacerse asesinar? ¿No es por lo menos una hipótesis que puede abrirse camino el sostener que el doctor Warner es hombre de este tipo? Yo no hablo sin estar documentado en libro sólido, ni más ni menos que mi sabio amigo. Toda

la materia está expuesta en la obra monumental del doctor Mondschein *El Médico Destructible*, con diagramas, ilustrando las diversas maneras en que una persona como el doctor Warner puede ser reducido a sus elementos constitutivos. A la luz de estos hechos...

—¡Chist! ¡Pare el ómnibus, pare! — gritó Moses incorporándose de un salto y gesticulando con gran excitación—. ¡Mi jefe tiene algo que decir! ¡Mi jefe quiere hablar un poco!

En efecto, el doctor Pym estaba de pie, pálido y con expresión malévola.

—Yo me he ceñido estrictamente — dijo con voz gangosa— a libros que se

pueden consultar de inmediato. Tengo aquí sobre la mesa *El Tipo Destructor* de Sonnenschein, por si la defensa lo quiere examinar. ¿Dónde está esa obra maravillosa sobre destructibilidad de que nos habla el señor Moon? ¿Existe? ¿Puede él sacarla a luz?

—¡Sacarla a luz! —exclamó el irlandés con sabroso desprecio—. La saco a luz en una semana si ustedes me pagan el papel y la tinta.

—¿Tendría mucha autoridad? —dijo el doctor Pym, sentándose de nuevo.

—¡Bah!, ¡autoridad! —dijo con ligereza Moon—; eso depende de la religión de cada uno.

El doctor Pym volvió a incorporarse de un brinco: —Nuestra autoridad está basada sobre montones de detalles precisos. Corresponde a una región en que las cosas pueden ser manipuladas y probadas. Mi opositor admitirá por lo menos que la muerte es un hecho que cae bajo la experiencia.

—No bajo la mía —dijo Moon sacudiendo melancólicamente la cabeza—. Jamás he experimentado semejante cosa en toda mi vida.

—Bueno, realmente... dijo el doctor Pym y se sentó de golpe entre crujidos de papeles.

—Vimos, pues, —dijo Moon

volviendo a tomar el hilo de su discurso —, que un hombre como el doctor Warner está, en el misterioso obrar de la evolución, condenado a tales ataques. El asalto de mi cliente, aunque haya ocurrido, no es único. Yo tengo en mi poder cartas de varias relaciones del doctor Warner a quienes aquel hombre notable ha afectado en la misma forma. Siguiendo el ejemplo de mis sabios amigos, leeré tan sólo dos de ellas. La primera es de una matrona honrada y trabajadora que vive en el barrio de Harrow Road.

Don Migel Mon, Sebor: Sí que le

tiré con la caserola y que ay con eso? Hera lo húnico que tenía amano porque todas las cosas blandas estaban Hempejadas, y si a su dotor Warner no le hagrada que le tiren con caserólas que no se quede con el Sombrero puesto en el Comedor de una señora Desente y dígale que dege de aser sonrrisitas o que esplique el chiste. —
Su serbidora

Ana Miles

La otra carta es de un facultativo de Dublín de cierta importancia con quien el Doctor Warner tuvo una vez una consulta. Escribe como sigue:

«De mi mayor aprecio: El incidente a que Ud. alude es tal que, aunque lo

lamento, nunca me lo he podido explicar. Mi especialidad en medicina no es el ramo mental; y me gustaría tener la opinión de un especialista en tales enfermedades sobre mi acto singular, momentáneo y casi automático. Decir que le tiré de la nariz al doctor Warner es, sin embargo, inexacto en un sentido que se me ocurre importante. Que le di una trompada en la nariz debo admitirlo francamente (no necesito decir cuánto lo siento); pero la palabra “tirar” me parece que implica una forma determinada de manipuleo realizada concretamente en un objeto, de lo cual no me puedo acusar. Comparado con esto el acto de propinar una trompada era un gesto exterior, instantáneo y hasta natural. Lo saluda muy atte.

—Tengo innumerables cartas además de éstas —continuó Moon—, todas atestiguan este sentimiento tan difundido hacia mi eminente amigo; y opino por lo tanto que el doctor Pym debió haber admitido este aspecto de la cuestión en estudio. Estamos en presencia, como con tanta verdad lo afirma el doctor Pym, de una fuerza natural. Antes podrá usted detener las cataratas de las Obras Sanitarias y Aguas Corrientes de Londres que poner dique a la gran tendencia del doctor Warner a ser asesinado por alguien. Coloque usted a

ese hombre en una reunión de cuákeros, entre los cristianos más pacíficos, y de inmediato lo apalearán hasta dejarlo por muerto con barras de chocolate. Colóquelo entre los ángeles de la Nueva Jerusalén y morirá apedreado con piedras preciosas. Las circunstancias podrán ser hermosas y maravillosas, el término medio podrá ser estimulante, el segador podrá ser de barbas rubias, el doctor podrá ser descubridor de secretos; la catarata, rebosante de arco iris; el infante, anglosajón, de frente despejada y tersa; pero, en contra de y por encima de todos estos prodigios, la grandiosa y simple tendencia del doctor

Warner a ser asesinado proseguirá su camino hasta que, feliz y triunfalmente, alcance por último su fin.

Pronunció esta perorata con las apariencias de una intensa emoción. Pero emociones aún más intensas se estaban manifestando del otro lado de la mesa. El doctor Warner había inclinado su voluminoso cuerpo cruzando por completo la figurita reducida de Moses Gould y hablaba al doctor Pym en excitados susurros. Aquel experto asintió muchas veces con la cabeza, y finalmente se puso en pie de un salto, con sincera expresión de severidad.

—Señoras y señores —exclamó

indignado—, como ha dicho mi colega, nos sería grátísimo darle cualquier margen a la defensa, si defensa hubiere. Pero el señor Moon parece creer que él está ahí para hacer chistes, muy buenos chistes tal vez, pero en manera alguna adecuados para ayudar a su cliente. Zahiere la ciencia.

Zahiere la popularidad social de mi cliente. Zahiere mi estilo literario, que no parece coincidir con su altisonante gusto europeo. Pero todo este zaherir ¿en qué afecta al resultado final? Este Smith ha zaherido materialmente dos veces el sombrero de mi cliente y con una pulgada de mejor puntería le hubiera

zaherido materialmente la cabeza. Todos los chistes del mundo no cerrarán esas heridas, ni servirán en sentido alguno para la defensa.

Inglewood bajó la vista con cierta perplejidad y turbación, como tambaleando ante la evidente razón del contrario, pero Moon todavía miraba a su opositor con mirada soñadora. —¿La defensa? —dijo vagamente— ¡ah! no la he empezado todavía.

—Por cierto que no la ha empezado —dijo Pym con calor, entre un murmullo de aplausos a su lado, que en el otro lado no tuvo eco—. Quizá, si tiene usted defensa alguna, lo cual desde el

principio ha sido dudoso...

—Ya que está de pie —dijo Moon en el mismo estilo casi soñoliento—, quizá le podría yo hacer una pregunta.

—¿Una pregunta? Ciertamente —dijo Pym con tiesura—. Quedó explícitamente convenido entre nosotros que, como no podíamos interrogar a los testigos, podríamos, en forma supletoria, interrogarnos mutuamente. Estamos en situación de poder invitar a que se nos pregunte cuanto se desee al respecto.

—Creo que usted dijo —observó Moon distraídamente— que ninguno de los tiros del detenido hirieron realmente al doctor.

—Afortunadamente no, para bien de la ciencia —exclamó el complaciente Pym.

—Y, sin embargo, fueron disparados desde unos pocos pies de distancia.

—Sí; desde unos cuatro pies, más o menos.

—¿Y ningún tiro hirió al regente, aunque se dispararon también desde escasísima distancia?

—Así es —dijo con gravedad el testigo.

—Creo —dijo Moon, reprimiendo un leve bostezo—, que su vicerregente mencionó que Smith era uno de los premios de la Universidad en materia de

tiro.

—Bueno, en cuanto a eso... —
empezó Pym después de un instante de
silencio.

—Una segunda pregunta —continuó
Moon con relativa brevedad—. Usted
dijo que había otros casos en que el
acusado intentó matar gente. ¿Por qué no
tiene usted pruebas de esos casos?

El norteamericano plantó de nuevo
sobre la mesa las yemas de los dedos.
—En esos casos —dijo con precisión—
no había testimonio de terceros como en
el caso de Cambridge, sino tan sólo la
declaración de las propias víctimas.

—¿Por qué no se procuró usted el

testimonio de ellas?

—En el caso de las propias víctimas —dijo Pym— había cierta dificultad y repugnancia, y ...

—Quiere usted decir que ninguna de las propias víctimas quiso declarar contra el acusado.

—Eso sería exagerado... —comenzó a decir el otro.

—Una tercera pregunta —dijo Moon, tan bruscamente que todos pegaron un salto—. Usted tiene el testimonio del vicerregente que oyó unos tiros; ¿dónde está el testimonio del regente mismo contra quien se dispararon? El regente de Brakespeare

vive; es un caballero en muy buena situación.

—Le pedimos, en efecto, un testimonio —dijo Pym con alguna nerviosidad— pero lo expresó en forma tan excéntrica que lo suprimimos como deferencia a un señor anciano con larga hoja de servicios a la ciencia.

Moon se inclinó hacia adelante. —Supongo que usted quiere decir —repuso— que su declaración favorecía al detenido.

—Podía así entenderse —replicó el médico norteamericano—; pero en realidad era difícil de entender en cualquier forma. A decir verdad, se la

devolvimos.

—Ya no posee usted, pues, testimonio alguno firmado por el regente del Colegio Brakespeare.

—No.

—Lo pregunto tan sólo —dijo tranquilamente Miguel— porque nosotros sí lo tenemos. Para poner fin a mi alegato, pediré a mi actuario, el señor Inglewood, que nos lea la declaración de la historia verdadera, declaración cuya verdad atestigua la firma del mismo regente.

Arthur Inglewood se puso de pie con varios papeles en la mano y aunque se presentaba con cierto miramiento y con

personalidad esfumada, como siempre, los espectadores se dieron cuenta con sorpresa de que su presencia era en total más eficiente y más suficiente que la de su jefe. Era, en realidad, uno de esos hombres modestos que no pueden hablar mientras no se les manda hablar; pero, cuando se les manda, hablan bien. Moon era el reverso. Sus propios atrevimientos lo divertían en privado, pero lo turbaban ligeramente en público: sentía hacer el papel del pavo mientras hablaba; Inglewood, por el contrario, mientras callaba. En el momento en que tenía algo que decir, podía hablar; y en el momento en que podía hablar, hablar

le parecía la cosa más natural. Nada en el universo le parecía completamente natural a Michael Moon.

—Como mi colega jefe acaba de explicar —dijo Inglewood— hay dos enigmas o inconsistencias sobre las cuales basamos la defensa. La primera es un sencillo hecho físico. Por lo que todos admiten, por el testimonio mismo aducido por el demandante, es cosa patente que el acusado tenía fama de gran tirador. Sin embargo, en las dos ocasiones que motivan las quejas actuales, apuntó a un hombre desde una distancia de unos cuatro pies, le disparó cuatro o cinco tiros, y ni una vez acertó.

Esta es la primera circunstancia sorprendente en que basamos nuestra defensa. La segunda, que acaba de recalcar mi colega jefe, es el hecho curioso de que no podemos encontrar una sola víctima, de esos supuestos atentados, que hable por sí misma. Los subalternos hablan por ella. Los porteros la auxilian con escaleras. Pero ella, la víctima, calla. Señoras y señores yo me propongo explicarles en el acto tanto el enigma de los tiros como el enigma del silencio. Antes que nada leeré la carta a la que se adjunta el documento con la verdadera relación del incidente de Cambridge; y luego el

documento mismo. La carta dice así:

De mi mayor consideración: Le adjunto en ésta una relación muy exacta y aun muy expresiva del incidente tal como realmente ocurrió en el Colegio Brakespeare. El que suscribe no ve ninguna razón especial para atribuirla a un autor aislado. La verdad es que ha sido una producción conjunta; y hemos aun tenido alguna diferencia de opinión acerca de los adjetivos. Pero cada palabra que contiene es cierta. Lo saluda muy atte.

Wilfredo Emerson Eames,
Regente del Colegio Brakespeare,
Cambridge
Innocent Smith”

El documento adjunto, continuó Inglewood, reza así:

Una célebre universidad inglesa da por sus contrafrentes tan abruptamente sobre el río que, por decirlo así, tiene que estar apuntalada y remendada por toda suerte de puentes y construcciones contiguas. El río se divide en varios arroyuelos y canales, de modo que en una o dos esquinas el paraje tiene casi él aspecto de Venecia. Así era especialmente en el caso que nos incumbe, en el que unos cuantos puntales voladores o aéreas ligazones de piedra saltaban por encima de una franja de agua para unir el Colegio Brakespeare con la casa del Regente de Brakespeare.

El terreno que rodea estos colegios es llano; pero no hace el efecto de serlo cuando uno se encuentra así en medio de los colegios. Porque en estas llanuras pantanosas siempre hay lagos errantes y ríos de agua morosa. Y estos siempre transforman lo que podía haber sido un esquema de líneas horizontales en un esquema de líneas verticales. Dondequiera que hay agua, la altura de los edificios altos se duplica, y una casa británica de ladrillo se convierte en una torre babilónica. En aquélla superficie quieta y brillante, cuelgan las casas con la cabeza para abajo, exactamente hasta su chimenea más alta, o, diremos, más baja. La nube color coral, vista en ese abismo, está tan debajo del mundo como por encima de él aparece su original. Cada porción de agua es, no

sólo una ventana, sino una claraboya. La tierra se divide bajo los pies humanos en perspectivas aéreas de precipicios, en las cuales un pájaro podría abrirse aleteando un camino tan fácilmente como..."

El doctor Pym se incorporó en son de protesta. Los documentos que él había presentado se habían ceñido a frías afirmaciones de hechos. La defensa tenía, hablando en general, derecho a presentar las cosas a su manera, pero toda esta decoración de jardines le parecía (al doctor Cyrus Pym) estar al margen del asunto. —¿Podría el que conduce la defensa decirme —preguntó

— cómo puede en manera alguna afectar al caso el hecho de que una nube fuese de color coral o de que un río estuviese quieto y brillante, o de que un pájaro pudiese aletear por cualquier parte?

—Ah, no sé —dijo Michael, levantándose perezosamente—; ¿No ve que usted no sabe todavía en qué consiste nuestra defensa? Mientras no lo sepa, ¿no ve que cualquier cosa puede venir al caso? Pues suponga usted —dijo de repente, como si se le hubiese ocurrido una idea—, supóngase que quisiéramos probar que el viejo regente tenía un defecto en la vista, que sufría de daltonismo. Supóngase que le hubiese

disparado tiros un hombre negro de pelo blanco, creyendo él que era un hombre blanco de pelo amarillo. El probar que aquella nube era real y verdaderamente de color coral podría ser de la más maciza importancia.

Se detuvo con una seriedad que, en general, no fue compartida, y continuó con la misma fluidez: —O supóngase que quisiéramos probar que el regente había intentado suicidarse... que había utilizado a Smith para que empuñase el revólver como empuñó la espada el esclavo de Bruto. Pues bien, sería una diferencia decisiva que pudiera o no el regente verse reflejado claramente en

las aguas quietas. Las aguas han producido centenares de suicidios: uno se ve en ellas reflejado tan... vamos, tan claramente^[22].

—¿Sostiene usted, por ventura —inquirió Pym con austera ironía—, que su cliente de usted era algo así como un pájaro... digamos, un flamenco?

—En materia de ser flamenco —dijo Moon con repentina severidad—, mi cliente reserva su defensa.

Dado que nadie supo cómo interpretar esto, el señor Moon tomó asiento de nuevo con aire de gran dureza e Inglewood prosiguió la lectura de su documento:

Hay algo que agrada a un místico en esa tierra de espejos. Porque un místico es aquel que sostiene que mejores son dos mundos que uno solo. En el sentido más alto, en efecto, todo pensamiento es reflexión, o sea, reflejo.

Esta es, realmente, la verdad del dicho que sostiene que los mejores pensamientos son siempre los segundos. Los animales no tienen segundos pensamientos: sólo el hombre puede ver doble su pensamiento, como él ebrio ve un farol; sólo el hombre es capaz de ver su propio pensamiento al revés como se ve una casa en un charco. Esta duplicación de la mentalidad, como en un espejo, es (repetimos) lo más íntimo de la filosofía humana. Hay una verdad mística, una verdad hasta monstruosa, en el dicho de que dos

cabezas valen más que una. Pero ambas deberían brotar de un mismo cuerpo.

—Ya sé que esto es un poco trascendental al principio —interpuso Inglewood, irradiando en derredor una sonrisa que parecía pedir a todos cortésmente disculpa—, pero hay que ver que este documento fue escrito en colaboración por un sabio y por un...

—¿Por un borracho, eh? —sugirió Moses, que empezaba a divertirse.

—Me parece más bien —prosiguió Inglewood con aire crítico y en nada alterado —que esta parte la escribió el sabio. Advierto solamente a la Corte que la declaración, aunque indudablemente precisa en cuanto a

veracidad, lleva acá y allá señales de haber procedido de dos autores.

—En ese caso —dijo el doctor Pym, recostándose en el sillón con un deliberado resuello—, no puedo admitir con ello que dos cabezas valgan más que una.

Los abajo firmantes creen innecesario tocar un problema afín, tantas veces discutido en comités pro reforma de Universidades: la cuestión de si los filósofos ven doble porque están ebrios o si se embriagan porque ven doble. Básteles a ellos (a los abajo firmantes) el poder seguir el hilo de su tema peculiar y provechoso. A saber: los charcos. ¿Qué cosa es (se preguntan

los abajo firmantes) un charco? Un charco repite el infinito y está lleno de luz; sin embargo, analizando objetivamente, un charco es una capa de agua sucia extendida muy superficialmente sobre barro. Las dos grandes universidades históricas de Inglaterra tienen todo ese brillo reflejo vasto y plano. Repiten el infinito. Están llenas de luz. Sin embargo, o, mejor dicho, por otra parte, son charcos — charcos, charcos, charcos, charcos—. Los abajo firmantes piden disculpa por un énfasis que es inseparable de toda sólida convicción.

Inglewood hizo caso omiso de cierta expresión de fiereza que se dibujaba en el rostro de algunos de los presentes y

continuó con eminente jovialidad:

Tales pensamientos ni siquiera cruzaron por la mente del estudiante Smith, mientras se abría camino entre las franjas de canal y las brillantes alcantarillas en los que el agua se fraccionaba en los fondos del Colegio Brakespeare. Si esos pensamientos hubieran cruzado por su mente se habría sentido muchísimo más feliz de lo que se sentía. Lamentablemente, no conocía los chascos de los charcos. No sabía que la mentalidad académica refleja el infinito y está llena de luz por el sencillo procedimiento de tener poco fondo y quedarse ociosa. Para él, pues, había algo solemne y aun maligno en el infinito ahí reproducido. Promediaba la noche, noche de estrellas, de una

luminosidad mareadora; había estrellas tanto arriba como abajo. Para la taciturna fantasía del joven Smith, el cielo de abajo parecía aun más hueco que el cielo de arriba: sentía la horrible impresión de que si contaba las estrellas, en el charco sobraría una.

Al cruzar los caminitos y minúsculos puentes, se sentía como quien pisa las negras y finas costillas de alguna cósmica Torre Eiffel. Porque para él, y para casi toda la juventud culta de la época, las estrellas eran seres crueles. Aunque ardían todas las noches en la gran bóveda, eran un secreto inmenso y desagradable; descubrían la desnudez de la naturaleza; eran una vislumbre de las ruedas de hierro y de las poleas entre telones. Porque los jóvenes de aquél triste tiempo creían

siempre que el dios salía de la máquina. No sabían que en realidad la máquina es la que sale del dios. En una palabra, todos eran pesimistas, y la luz de las estrellas les resultaba una cosa atroz... atroz, porque era verdadera. Todo su universo era negro con puntos blancos.

Smith alzó con alivio los ojos desde los lucientes charcos de abajo hacia los cielos lucientes y hacia el gran bulto negro del colegio. La única luz, fuera de la de las estrellas, brillaba, a través de una cortina color verde azulada, en la parte superior del edificio, señalando el sitio en que el doctor Emerson Eames trabajaba siempre hasta que amanecía, y recibía a sus amigos o alumnos preferidos a cualquier hora de la noche. En efecto, a su departamento se encaminaba el melancólico Smith.

Smith había estado en la conferencia del doctor Eames durante la primera mitad de la mañana, y en las prácticas de tiro y sala de esgrima durante la segunda mitad. Había estado remando locamente durante la primera mitad de la tarde, y pensando ociosamente (y más locamente todavía) durante la segunda mitad. Había ido a una cena donde no hizo más que alborotar, y de allí a un club de debates donde estuvo absolutamente insufrible, y el melancólico Smith seguía aún melancólico. Luego, al volver a su casa y a sus cosas, se acordó de la excentricidad de su amigo y maestro el Regente de Brakespeare, y resolvió desesperadamente dirigirse al domicilio privado de aquel caballero.

Emerson Eames era un excéntrico

en muchos aspectos, pero su trono en filosofía y metafísica era de una eminencia internacional; la universidad mal hubiera podido privarse de él, y, por otra parte, un sabihondo no tiene más que perseverar con cualquiera de sus malos hábitos durante un tiempo suficientemente largo, para verlos incorporados a la Constitución Británica. Los malos hábitos de Emerson Eames consistían en quedarse levantado toda la noche y dedicarse al estudio de Schopenhauer. En cuanto a sus rasgos personales, era un hombre flaco, de modales perezosos, con una barbita rubia en punta, no tan notablemente mayor que su alumno Smith en materia de años, pero muchos siglos mayor en dos puntos esenciales: el de tener fama en Europa, y el de tener

una respetable calva.

—Vine, contra las reglas, a esta hora intempestiva —dijo Smith, que a la vista no era sino un hombre muy grande que trataba de achicarse—, porque estoy llegando a la conclusión de que la vida, francamente, es demasiado perra. Conozco todos los argumentos de los pensadores que piensan de otra manera, obispos, agnósticos y toda esa clase de gente. Y, sabiendo que es usted la mayor autoridad viviente en lo que se refiere a pensadores pesimistas...

—Todo pensador —dijo Eames— es pensador pesimista.

Después de un momento de pausa, no el primero, porque esta deprimente conversación había continuado ya horas con alternativas de cinismo y silencio, el regente continuó con su aire de

fatigada brillantez: —Todo es cuestión de falso cálculo. La mariposa se quema en la vela porque no ha sabido nunca que el juego no vela la vela. La avispa se mete en el dulce con cordiales esfuerzos fundados en la esperanza de meter el dulce dentro de sí. De la misma manera, la gente vulgar quiere gozar de la vida, exactamente como quiere gozar de un vaso de ginebra, porque es demasiado tonta para ver que la está pagando a un precio excesivo. Que nunca encuentran la felicidad, que ni siquiera saben buscarla, esto lo prueban la torpeza y la fealdad paralizantes de todas las cosas que hacen. Los colores discordantes que emplean son gritos de dolor. Mire sus casas de campo, aquella de ladrillo, más alió, del Colegio, de este lado del río.

Hay una con persianas pintadas a lunares; ¡mírela!, ¡vaya y mírela por gusto!

Claro está —continuó con aire soñador—, que uno o dos individuos ven desde lejos el hecho desnudo..., esos son los que enloquecen. ¿No se ha fijado usted que los locos, en su mayoría, tratan de destruir otras cosas, o (si son reflexivos) de destruirse a sí mismos? El loco es el hombre entre telones, como el hombre que anda vagando por las coulisses de un teatro, Se ha equivocado tan sólo de puerta, y ha entrado donde debía entrar. Ve las cosas desde el punto de vista real. Pero el mundo común...

—¡Oh, al mundo habría que colgarlo! —dijo el taciturno Smith, dejando caer sobre la mesa el puño con

ociosa desesperación.

—Démosle primero el mal nombre que le corresponde —dijo tranquilamente el profesor— y después colguémoslo. Un cachorrito con hidrofobia probablemente lucharía hasta más no poder mientras lo estuviéramos matando; pero, si fuéramos compasivos, lo mataríamos nomás. Así un dios omnisciente nos sacaría del dolor. Nos mandarían la muerte.

—¿Por qué no nos manda la muerte? —preguntó distraídamente el estudiante, metiendo las manos en lo más profundo de los bolsillos.

—El mismo está muerto —dijo el filósofo—; en eso es envidiable.

—Para cualquiera que reflexione —prosiguió Eames—•, los placeres de la vida; triviales y al punto insípidos, son

él cebo con que se nos va atrayendo y metiendo en la cámara de torturas. Todos vemos que para cualquier hombre que piensa la viera extinción es la... ¿Qué está haciendo usted? ¿Está loco? ¡Deje eso!

El doctor Eames había vuelto la cabeza, cansada pero verbosa todavía, por encima del hombro, y se había encontrado mirando un agujerito negro y redondo, rodeado de un circulito sexagonal de acero, con una suerte de púa irguiéndose encima. El agujerito parecía a su vez mirarlo fijamente como un ojo de hierro. Durante aquellos instantes eternos en que la razón queda aturdida ni siquiera supo qué cosa era. Luego vio detrás el tambor de varios compartimientos y el gatillo levantado de un revólver, y, tras eso, el rostro

encendido y algo pesado de Smith, aparentemente inalterado, quizás aún más manso que antes.

—Yo lo ayudaré a salir del trance, viejo —dijo Smith con tosca ternura—. Sacaré de pena al cachorrito.

Emerson Eames retrocedió hacia la ventana. —¿Me quiere matar? —exclamó.

—Esto no lo haría por cualquiera —dijo Smith emocionado—; pero parece que usted y yo, esta noche, nos hemos puesto, no sé cómo, tan íntimos... Ahora conozco todas sus penas, y su único remedio, viejo.

—¡Deje eso! —gritó el regente.

—Es cuestión de un momento, ¿sabe? —dijo Smith con aire de dentista compasivo. Y como el regente se precipitara hacia la ventana del balcón,

su bienhechor lo siguió con paso firme y expresión de lástima.

Ambos se sorprendieron un tanto al percatarse de que ya estaba asomando el gris blanquecino de la primera madrugada. Uno de ellos, con todo, sentía emociones capaces de ahogar en él toda sorpresa. El Colegio Brakespeare era uno de los pocos que conservaban verdaderos vestigios de ornamentación gótica, y, justamente debajo del balcón del doctor Eames surgía lo que quizás había sido un puntal o estribo, formando todavía de manera informe una masa de bestias y demonios grises, cegados por el musgo y lavados por mil lluvias. De un brinco antiestético y valiente en sumo grado, Eames saltó a este antiguo puente como al único medio posible de escapar del

loco. Quedó montado encima, todavía con la toga académica, dejando colgar las largas y delgadas piernas, planeando nuevas formas de evasión• La luz del día, que blanqueaba, extendió tanto por debajo como por encima de él aquella impresión de infinitud vertical que ya hemos comentado en relación con las lagunitas que rodean Brakespeare. Al mirar hacia abajo y ver las agujas y chimeneas pendientes en esas lagunas, los dos se sintieron como solos en el espacio. Les parecía que se asomaban al borde de la tierra por el Polo Norte y veían, al fondo, el Polo Sur.

—El mundo... habría que colgarlo, dijimos —observó Smith—, y el mundo está colgado. Ha suspendido el mundo de la nada, dice la Biblia. ¿Le gusta a usted que lo cuelguen de la nada? A mí

me van a colgar de algo, y por algo. Me colgarán de una horca, y por razón de usted... ¡Oh, aquel antiguo decir querido y tierno! —murmuró—, nunca tan verdadero como en este momento: Me dejaré colgar por ti. Por usted, querido amigo. Por bien de usted. Por expreso deseo de usted.

—¡Socorro! —clamó el Regente del Colegio Brakespeare—. ¡Socorro!

—El cachorrito lucha —dijo el estudiante con ojos de compasión—; el pobre cachorrito lucha. ¡Qué suerte que yo sea más sabio y más bueno que él! —y colocó el arma de manera que cubriese exactamente la parte superior de la cabeza calva de Eames—

Smith —dijo el filósofo, pasando bruscamente a una lucidez macabra—, me voy a enloquecer.

—Y así verá las cosas desde el punto de vista verdadero —observó Smith, suspirando suavemente—. Ah, pero la locura es, cuando mucho, un paliativo, una droga. El único remedio es una operación, una operación que siempre da resultado: la muerte.

Mientras hablaba salió el sol. Parecía infundir color a todas las cosas con la velocidad de un artista relámpago. Una escuadra de nubecitas, navegando a través del cielo, cambió su gris torcaz en rosa. Por encima de toda la reducida ciudad académica, las cimas de los distintos edificios adoptaban tintes diferentes: aquí el sol destacaba el esmalte verde de un pináculo, allí las baldosas rojas de una casa de campo; acá, el adorno de cobre de algún negocio artístico, y allá, la pizarra azul

marino de algún viejo y esbelto tejado de iglesia. Todas esas crestas coloreadas parecían tener algo extrañamente virtual y significativo en ellas, como cimeras de caballeros famosos, señaladas separadamente en un cortejo o en un campo de batalla: cada una cautivaba los ojos, especialmente los ojos despavoridos de Emerson Eames, que él paseaba sobre aquella mañana, aceptándola como la última de su) vida. Por una grieta estrecha entre una taberna de madera negra y un gran colegio gris, podía distinguir un reloj con minuterios dorados que el sol incendiaba. Fijó en él la mirada como hipnotizado; y de repente el reloj empezó a dar la hora, a guisa de respuesta personal. Cual si fuese señal convenida, un reloj tras otro

tomó la voz: todas las iglesias se despertaron como los pollos al cantar el gallo. Ya los pájaros alborotaban en los árboles detrás del colegio. Salió el sol, juntando tal plenitud de gloria, que parecía imposible pudieran contenerla los profundos cielos, y, debajo de ellos, las aguas superficiales parecían de oro, rebosantes y hondas, como para saciar la sed de los dioses. Justamente a la vuelta del colegio, y visibles desde su absurda percha, estaban los puntos más luminosos de aquel luminoso paisaje: la casa-quinta con las persianas a lunares, la misma que esa noche le había servido para ilustrar su lucubración. Por primera vez se le ocurrió pensar quién viviría en ella.

De pronto, alzó sencillamente la voz con quejosa autoridad, cual hubiera

podido mandar a un estudiante que cerrase una puerta

—Déjeme salir de este sitio — exclamó—; no lo puedo aguantar.

—Dudo más bien que él lo aguante a usted —dijo Smith con ojo crítico— pero antes de que usted se rompa la cabeza, o de que yo le levante la tapa de los sesos, o de que lo deje volver a esta pieza (puntos complejos acerca de los cuales no me he decidido) quiero aclarar el punto metafísico. ¿No me equivoco, quizás, al juzgar que usted quiere volver a la vida?

—Daría cualquier cosa por volver —dijo el infeliz profesor.

—¿Daría cualquier cosa? — exclamó Smith—; entonces ¡aplaste su petulancia, y háganos oír un canto!

—¿Qué quiere decir? —preguntó

Eames exasperado—; ¿qué canto?

—Un himno sacro creo, sería lo más apropiado —contestó gravemente el otro—. Lo indultaré si repite conmigo estas palabras:

*A la Bondad y a la Gracia
Que sonrieron sobre mí
Desde que nací a esta vida
Bendigo una vez y mil;
Las mismas que me trajeron
Y me montaron aquí
Sobre esta percha curiosa,
Un inglesito feliz.*

Habiendo obedecido prontamente el doctor Emerson Eames, su perseguidor le dijo en forma abrupta que levantara las manos en el aire. Relacionado vagamente este proceder con la

conducta habitual de bandidos y salteadores de caminos, él señor Eames las alzó muy tiesas, pero sin notable sorpresa. Un pájaro que se detuvo sobre su asiento de piedra no hizo más caso de él que de una estatua cómica.

—Ahora usted está haciendo un acto de culto público —observó severamente Smith—, y antes de que yo termine con usted, ha de dar gracias a Dios por los mismos patos de la laguna.

El célebre pesimista con sonidos semiarticulados manifestó estar perfectamente dispuesto a dar gracias a Dios por los patos de la laguna.

—Sin olvidar las patas —dijo Smith con dureza—. (Eames débilmente se avino a lo de las patas). —Sin olvidar nada, por favor. Dará gracias al Cielo por las iglesias y capillas y las quintas y

la gente ordinaria y los charcos, y las ollas y cacerolas, y los palos y trapos y huesos y las persianas pintadas a lunares.

—Muy bien, muy bien —repitió la víctima desesperada—; palos y huesos y persianas.

—Persianas pintadas a lunares, me parece que dijimos —observó Smith con inclemencia traviesa, meneando él caño del revólver como un largo dedo metálico.

—Persianas pintadas a lunares —dijo Emerson Eames con voz desmayada.

—Mejor no lo puede decir —admitió el más joven— y ahora le diré esto para entonarlo: Si usted fuera realmente lo que profesa ser, a nadie le importaría, ni al caracol ni al serafín,

que usted se rompiera la nuca impía, o desparramara por ahí los sesos reblandecidos, adoradores del diablo. Pero en estricta realidad biográfica, usted es un tipo muy simpático, aficionado a proferir disparates infectos, y yo lo quiero como a un hermano. Así que dispararé todos los cartuchos alrededor de su cabeza, de tal manera que no lo hiera (le será grato saber que soy buen tirador), y, después, entraremos y nos desayunaremos.

Soltó dos balas al aire, que el profesor soportó con firmeza singular, diciendo luego: —Pero no las dispare todas.

—¿Por qué no? —preguntó alegremente él otro.

—Guárdelas —contestó su compañero— para el próximo que

encuentre por ahí hablando como estuvimos hablando nosotros.

Este fue el momento en que Smith, mirando hacia abajo, advirtió el terror apopléctico de la cara del vicerregente que llegaba, y oyó el refinado alarido con que convocó al portero y la escalera.

Tardó algún tiempo él doctor Eames en desenredarse de la escalera, y algo más en desenredarse del vicerregente. Pero en cuanto pudo hacerlo discretamente, volvió al encuentro del que había sido su compañero en la reciente escena extraordinaria. Se sorprendió de encontrar al gigantesco Smith profundamente conmovido, sentado con la despeinada cabeza en las manos. Al sentir que le hablaban, alzó un rostro muy pálido.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Eames cuyos propios nervios ya a estas horas se habían apaciguado a sí mismos chirriando, lo mismo que los pájaros matinales.

—Debo pedirle que tenga indulgencia —dijo Smith en tono algo entrecortado—. Le pido que tenga en cuenta que acabo de escapar a la muerte.

—¿Usted ha escapado a la muerte? —repitió el profesor con irritación bien perdonable, por cierto—. Pues ¿habrá atrevimiento...?

—Oh, ¿no comprende?, ¿no comprende? —exclamó impaciente el pálido joven—. Tenía que hacerlo, Eames; tenía que probar que usted estaba en error, o, si no, morir. Cuando un hombre es joven, casi siempre hay alguien que él considera como el nivel

más alto de la mente humana, alguien que sabe bien la cosa, si es que alguien la sabe.

—Bueno, usted era eso para mí: usted hablaba con autoridad, y no como los escribas. Nadie me podía consolar mientras usted dijera que no había consuelo, Si usted creía de veras que no había nada, en ninguna parte, era porque había estado allí a cerciorarse. ¿No ve que tenía que probarle que usted no lo quería decir de veras... o, si no, ahogarme en el canal?

—Bueno —dijo Eames titubeando —, creo que usted quizá confunde.

—¡Oh, no me diga eso! —gritó Smith con la clarividencia del dolor mental—; no me diga que confundo el gozo de la existencia con la Voluntad de Vivir. Eso es alemán, y el alemán es alto

holandés, y el alto holandés es doble Holandés^[23]. La cosa que yo vi brillar en sus ojos cuando colgaba de ese puente, era gozo de la vida y no la Voluntad de Vivir. Lo que usted sabía sentado en aquella maldita gárgola era que el mundo, bien visto y pesado todo, es un sitio maravilloso y hermoso; lo sé porque lo supe yo también en el mismo instante. Vi ponerse rosadas las nubecitas grises, y vi el relojito dorado en el hueco entre las casas. Ésas eran las cosas que usted por nada quería dejar, no la Vida, sea ella lo que fuere. Eames, hemos ido juntos hasta el borde de la muerte; ¿no quiere admitir que tengo razón?

—Sí —dijo Eames muy pausadamente— creo que usted tiene razón. Le pongo sobresaliente.

—¡Bravo! —exclamó Smith reanimado e incorporándose de un salto. Pasé con buena nota, y ahora permita que me vaya y me ocupe de mi expulsión.

—No habrá que expulsarlo —dijo Eames con la tranquila confianza que dan doce años de intrigas—. Entre nosotros, todo se trasmite del hombre que está arriba a los que lo rodean inmediatamente. Yo soy el hombre que está arriba, y a los que me rodean les diré la verdad.

El macizo señor Smith se levantó y fue lentamente hacia la ventana pero habló con igual firmeza. —Yo tengo que ser expulsado —dijo—; y a la gente no hay que decirle la verdad.

—Y ¿por qué no? —preguntó el otro.

—Porque me propongo seguir su consejo —contestó el macizo joven hondamente meditabundo—. Me propongo guardar los tiros que me quedan para la gente que yo vea en el estado vergonzoso en que nos encontrábamos anoche usted y yo. Ojalá pudiéramos alegar que estábamos borrachos. Me propongo guardar esas balas para los pesimistas... píldoras para la gente pálida. Y de esta manera quiero recorrer el mundo como una maravillosa sorpresa, flotar tan ociosamente como las pelusas de los cardos, y llegar tan silencioso como el sol naciente; no ser más esperado que el trueno, no ser más recordado que la brisa moribunda. No quiero que la gente se anticipe a mí como a una broma conocida. Quiero que mis dos dones

lleguen vírgenes y violentos: la muerte y la vida después de la muerte. Voy a apuntar mi pistola a la cabeza del Hombre Moderno. Pero no la usaré para matarlo, sólo para traerlo a la vida. Empiezo a encontrar un nuevo sentido a aquello de ser el esqueleto en la fiesta.

—Difícilmente se le podrá llamar esqueleto —dijo sonriendo el doctor Eames.

—Eso viene de estar tanto en la fiesta —contestó el macizo joven—. No hay esqueleto que pueda conservar la silueta si se lo pasa comiendo fuera. Pero eso no es precisamente lo que quería decir: lo que quiero decir es que atisbé algo del sentido de la muerte y todo eso: la calavera y los huesos cruzados, el memento mori. No tiene tan sólo el fin de recordarnos una vida

futura, sino de recordarnos también una vida presente. Con nuestros espíritus débiles nos envejeceríamos en la eternidad, si la muerte no nos conservara jóvenes. La Providencia tiene que recortarnos en tiras la inmortalidad como las niñeras cortan el pan con manteca en rebanadas angostitas.

Luego agregó de repente con tono de un realista ultranatural:

—Pero ahora sé una cosa, Eames, lo supe cuando las nubes se pusieron rosadas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Eames—, ¿qué es lo que supo?

—Supe, por primera vez, que el asesino es realmente malo.

Apretó la mano del doctor Eames y tanteó hacia la puerta, un poco inseguro.

Antes de desaparecer por ella, añadió: —Es muy peligroso, sin embargo, que un hombre, por un instante indivisible, crea comprender la muerte.

El doctor Eames quedó reposando y rumiando durante unas horas después que se hubo alejado su ex asaltante. Luego se levantó, tomó el sombrero y el paraguas, y fue a dar una vuelta con paso vigoroso. Varias veces, sin embargo, se detuvo delante de la casa-quinta de las persianas pintadas a lunares, estudiándolas intensamente con la cabeza algo inclinada hacia un costado. Algunos lo tomaron por loco, y otros por un posible comprador. Él todavía no está seguro de que haya gran diferencia entre uno y otro.

La narración precedente ha sido construida sobre un principio que, en la

opinión de los abajo firmantes, es nuevo en el arte literario. Cada uno de los dos actores está descrito tal como lo vio el otro. Pero los abajo firmantes garantizan en absoluto la exactitud de la historia; y si la versión de la cosa se discute, ellos, los abajo firmantes, preguntan quiénes diablos pueden saber algo al respecto si no son ellos.

Los abajo firmantes se trasladarán ahora, a El Perro Barcino para echar un trago de cerveza.

Firmado: Jame Emerson Eames,
Regente del Colegio Brakespeare,
Cambridge. —Innocent Smith.

CAPÍTULO

SEGUNDO: Los dos curas o la acusación de robo con violación de domicilio

Arthur Inglewood entregó a los fiscales de la demanda el documento que acababa de leer, y éstos, con las cabezas juntas, lo examinaron. Tanto el judío como el norteamericano eran de tipo sensible y excitable, y revelaron, por saltos y choques de la cabeza negra y de

la amarilla, que no había nada que hacer en lo que a la admisión del documento se refería. La carta del regente era tan auténtica como la carta del vicerregente, por más lamentablemente diferente que fuese en cuanto a dignidad y tono social.

—Muy pocas palabras —dijo Inglewood— se requieren para poner fin a nuestro alegato en esta materia. Seguramente ya está demostrado que nuestro cliente llevaba consigo el revólver con el propósito excéntrico, pero inocente, de dar un susto saludable a los que él consideraba blasfemos. En cada caso, el susto ha sido tan saludable que la misma víctima lo ha considerado

como fecha de un nuevo nacimiento. Smith, lejos de ser un loco, es más bien un médico de locos; anda por el mundo curando delirios, no repartiéndolos. Esa es la respuesta a las dos preguntas sin respuesta que yo propuse a los demandantes. Ese es el motivo por el cual ellos no se atrevieron a presentar una sola línea de nadie que se hubiese enfrentado con la pistola. Todos los que de hecho se enfrentaron con la pistola confesaron que les había aprovechado. Por eso Smith, aunque buen tirador, jamás hirió a nadie. A nadie hirió jamás, porque era buen tirador. Su mente estaba tan limpia de asesinatos como de sangre

sus manos. Esta, digo yo, es la única explicación posible de tales hechos y de todos los otros hechos. A nadie le es posible explicar la conducta del regente, si no es dando fe a la narración del regente. Ni siquiera el doctor Pym, que es positivamente una fábrica de teorías ingeniosas, podría encontrar otra teoría que cuadre a este caso.

—Hay perspectivas promisoras en el hipnotismo y en la doble personalidad —dijo el doctor Pym con aire soñador —; la ciencia de la criminología está en su infancia, y...

—¡Infancia! —exclamó Moon, alzando de golpe en el aire su lápiz rojo

con un gesto de iluminación—; ¡pues entonces eso lo explica!

—Repito —prosiguió Inglewood— que ni el doctor Pym ni nadie puede dar razón, dentro de teoría alguna que no sea la nuestra, de la firma del regente, ni de los tiros errados, ni de la falta de testigos.

El yanqui diminuto se había deslizado de su asiento con cierta renacida frescura de gallito de riña. — La defensa —dijo— omite un hecho fríamente colosal. Dicen que no presentamos las víctimas mismas. Pues bien, he aquí una víctima: el damnificado Warner, el célebre Warner

de Inglaterra. Me parece que está bastante presentado. Y sugieren que todos los ultrajes van seguidos de reconciliaciones. Bueno, con Warner de Inglaterra no se va a embromar; y no está muy reconciliado que digamos.

—Mi sabio amigo —dijo Moon, poniéndose de pie con toda prosopopeya —, debe recordar que la ciencia de dispararle tiros al doctor Warner está en la infancia. El ojo más negligente no podrá dejar de percibir que el doctor Warner es un tipo en quien se tropieza con especial dificultad para hacerle reconocer, a sobresaltos, la gloria de Dios. Admitimos que nuestro cliente, en

este solo caso, ha fracasado y que la operación no tuvo éxito. Pero estoy autorizado para proponer al doctor Warner, en nombre de mi cliente, una nueva operación, en el momento en que más le convenga, y sin recargo de honorarios.

—¡Déjese de jorobar, Michael! — exclamó Gould, completamente serio por primera vez en su vida—, ¿podría, por variar, decir alguna cosa con sentido!

—¿De qué estaba hablando el doctor Warner en el instante anterior al primer tiro? —preguntó bruscamente Moon.

—La criatura esa —dijo

desdeñosamente el doctor Warner —me preguntó, con características racionales, si era mi cumpleaños.

—Y usted contestó, con característico alarde —exclamó Moon, apuntándole un dedo largo y descarnado, tan rígido y cautivante como la pistola de Smith—, que usted no festejaba su cumpleaños.

—Algo por el estilo —asintió el doctor.

—Entonces —continuó Moon— él le preguntó por qué no, y usted dijo que porque no veía que el hecho de haber nacido fuese cosa de la cual hubiera que alegrarse. ¿Concedido? Ahora, ¿hay

alguien que dude de la veracidad de nuestra historia?

Se sintió un frío crujido de silencio en el cuarto; y Moon dijo: —*Paz populi vox Dei*: el silencio de la gente es la voz de Dios. O, en el lenguaje más civilizado del doctor Pym, a él corresponde entablar la próxima demanda. Para el primer caso reclamamos: absolución de culpa y cargo.

Había transcurrido, aproximadamente una hora. El doctor Cyrus Pym había permanecido, por un espacio de tiempo sin precedentes, con los ojos cerrados y el índice y pulgar en

el aire. Casi parecía haber sido fulminado así, como dicen las enfermeras; y en el silencio mortal Michael Moon se sintió obligado a aliviar la tensión con algún comentario. Durante media hora más o menos el eminente criminalista había estado explicando que la ciencia encaraba en la misma forma los delitos contra la propiedad que los delitos contra la vida. «Casi todos los asesinatos —había dicho— son variaciones de la manía de homicidio, y, de la misma manera, casi todos los robos son versiones de cleptomanía. No puedo albergar duda alguna de que mis sabios amigos de

enfrente han de darse cuenta exacta de que esto traerá, en consecuencia, un método de represión más tolerante y más humano que los crueles sistemas de los antiguos códigos. Sin duda, manifestarán tener conciencia de un abismo tan eminentemente vasto, tan absorbente para el pensamiento, tan...». Aquí precisamente se detuvo y halló expansión en aquel delicado gesto a que se ha aludido; Michael ya no lo pudo aguantar.

—Sí, sí —dijo con impaciencia—, admitimos el abismo. Los viejos códigos crueles acusaban a un hombre de robo, y lo mandaban a la cárcel por

diez años. El fallo tolerante y humano no lo acusa de nada, y lo manda a la cárcel para toda la vida. Salvamos el abismo.

Era característico del eminente Pym, en sus arrebatos de meticulosidad verbal, el hecho de proseguir, ajeno no sólo a la interrupción de su contrario sino aun a su propia pausa.

—Tan en beneficio de la especie — continuó el doctor Cyrus Pym— tan preñado de verdaderas esperanzas para el porvenir. La ciencia, pues, considera a los ladrones, en abstracto, lo mismo que considera a los asesinos. Los considera, no como a pecadores a quienes hay que castigar durante un

período arbitrario, sino como a pacientes, a quienes hay que internar y cuidar (sus dos primeros dedos se apretaron de nuevo mientras titubeaba...) —en una palabra: durante el período requerido. Pero algo especial se da en el caso que aquí investigamos. La cleptomanía por lo general se asocia...

—Perdón —dijo Miguel—; no lo pregunté poco antes porque, a decir verdad, creí realmente que el doctor Pym, aunque aparentemente vertical, estaba gozando de un bien merecido sueño con una narigada de delicado polvo inodoro entre los dedos. Pero

ahora que el debate se va moviendo un poco más, hay algo que de veras querría saber. He estado pendiente de los labios del doctor Pym, por supuesto, con un interés que pálidamente describiría llamándolo arrobamiento, pero hasta aquí me ha sido imposible formar la menor conjetura acerca de lo que supone que el acusado, en el caso actual, ha sido, o posiblemente ha hecho.

—Si el señor Moon quiere tener paciencia —dijo con dignidad Pym— hallará que éste era precisamente el punto a quien iba dirigida mi exposición. La cleptomanía, digo, se manifiesta como una especie de

atracción física a ciertos objetos definidos; y ha sostenido Harris (nada menos) que es ésta, en último término, la explicación de la estricta especialización y estrechísima selección, profesional de la mayoría de los delincuentes. Uno tendrá un impulso físico irresistible hacia los botones de puño de perla, mientras que pasará por alto los más elegantes y célebres gemelos de brillantes colocados en los puños más conspicuos. Otro obstaculizará su huida con no menos de cuarenta y siete botas de botones, en tanto que los botines elásticos lo dejan frío y aun despectivo. La

especialización del delincuente, repite, es más bien señal de insania que de cualquier viveza de hábito profesional; pero hay una clase de saqueador a quien es difícil de aplicar este principio. Me refiero a nuestro conciudadano el asaltante a domicilio.

—Han sostenido algunos de nuestros más atrevidos y jóvenes buscadores de la verdad que la mirada de un ladrón, situado éste al otro lado de la pared del fondo de una finca, difícilmente podría ser captada e hipnotizada por un tenedor aislado en una caja cerrada con llave debajo de la cama del mucamo. Le han arrojado el guante sobre ese punto a la

ciencia norteamericana. Declaran que los gemelos de brillantes no suelen dejarse en locales visibles, en las guardias de las clases inferiores, como estuvieron en el gran experimento de prueba del Colegio Calipso. Esperamos que este experimento sea aquí una respuesta a ese vibrante reto juvenil, y coloque de nuevo al ladrón en la fila y en compañía de sus codelincuentes.

Moon, cuyo rostro había pasado por todas las fases del negro asombro durante los últimos cinco minutos, alzó de repente la mano y golpeó la mesa bajo el impulso de una repentina iluminación.

—¡Ya veo! —gritó—; usted quiere decir que Smith es un ladrón nocturno.

—Yo creía que lo estaba expresando en forma adecuadamente clara —dijo Pym plegando los párpados. Era típico de este descabellado proceso privado el que todos los extras elocuentes, toda la retórica o digresiones por ambos lados, exasperasen al otro y le resultasen ininteligibles. Moon no veía pies ni cabeza en la solemnidad de una nueva civilización. Pym no veía pies ni cabeza en la jovialidad de una civilización vieja.

—Todos los casos en que Smith ha figurado como expropiante —continuó

el médico norteamericano— son casos de robo con violación de domicilio. Siguiendo el mismo sistema que en el caso anterior, escogemos entre los demás el ejemplo inconcuso y tomamos la prueba férrea más correcta. Pediré ahora a mi colega, el señor Gould, lea una carta que recibimos del serio e intachable canónigo anglicano de Durham, el canónigo Hawkins.

El señor Moses Gould saltó con su prontitud habitual para leer la carta del serio e intachable Hawkins. Moses Gould podía imitar bastante bien a los animales de una chacra; no tan bien a Sir Henry Irving; con toda perfección a

Marie Lloyd; y a las nuevas cornetas de automóvil de manera que lo colocaba en la categoría de los grandes artistas. Pero su imitación de un canónigo anglicano de Durham no era convincente; en efecto, el sentido de la carta quedó tan oscurecido por los extraordinarios saltos y aspiraciones de su dicción, que quizá sea mejor transcribirla aquí tal como la leyó Moon cuando, un instante después, se la pasaron desde el otro lado de la mesa.

De mi mayor aprecio: No me sorprende que el incidente que usted menciona, a pesar de su carácter privado, se haya filtrado por medio de

nuestros periódicos omnívoros hasta el mismo pueblo; porque la situación a que he llegado desde entonces me constituye, a mi parecer, en hombre público, y éste fue ciertamente el incidente más extraordinario en una carrera no desprovista de acontecimientos, ni tampoco, quizá, de importancia. De ninguna manera carezco de experiencia en escenas de tumulto civil. Me he enfrentado con más de una crisis política en los antiguos días de la Primrose League en Herme Bay, y, antes de romper con el grupo más alocado, he pasado hartas noches en la Unión Social Cristiana. Pero esta otra experiencia fue completamente inconcebible. Sólo puedo describirla como si se hubiera desbordado un sitio que yo, clérigo, no

debo nombrar^[24].

Ocurrió en los días en que yo fui, por un breve período, cura de Hoxton; y el otro cura, mi colega de entonces, me indujo a que concurriera a una reunión que él describió —profanamente, diré — como calculada para promover el reino de Dios. Hallé que, por el contrario, se componía enteramente de hombres con pantalones de pana rayada y ropa grasienta, cuyos modales eran groseros y cuyas opiniones eran extremas.

Acerca de mi colega en cuestión, es mi deseo hablar con el mayor respeto y de la manera más amistosa, por lo cual diré poco de él. Nadie puede estar más convencido que yo de los males que acarrea hacer política en el pulpito; y jamás ofrezco a mi feligresía consejo

alguno en materia de votar, excepto en los casos en que presiento vivamente la probabilidad de que haga una elección errónea. Pero, manteniéndome en el propósito de no tocar en manera alguna los problemas políticos o sociales, debo decir que, para un clérigo, fomentar, aunque sea en broma, tan desprestigiadas panaceas de demagogos disipados como son el socialismo o el radicalismo, asume en cierta manera el carácter de traición de un depósito sagrado. Lejos está de mí decir una palabra en contra del Reverendo Raymond Percy, el colega en cuestión. Era brillante, quizás, y para algunos fascinador, por lo visto; pero un pastor que habla como un socialista, usa melena de pianista y se comporta como una persona ebria, nunca adelantará en

su profesión ni conseguirá siquiera que lo admiren los buenos y prudentes. Ni tampoco me corresponde expresar juicios personales acerca del aspecto de las personas en el salón. Con todo, una mirada alrededor del salón, en el que se veían filas de caras degradadas y envidiosas...

—Adoptando —dijo explosivamente Moon que se estaba poniendo terco— adoptando la figura de retórica preferida del reverendo señor, diré que, aunque ni el tormento me arrancaría el más leve susurro acerca de sus condiciones intelectuales, es un viejo asno del demonio.

—¡Francamente! —dijo el doctor

Pym—; yo protesto.

—Usted se debe callar, Michael — dijo Inglewood—, ellos tienen derecho de leer su historia.

—¡La presidencia!, ¡la presidencia! —gritó Gould, volviéndose hacia el asiento respectivo y revolviéndose en el propio en forma exuberante; y Pym miró un instante hacia el dosel que recubría toda la autoridad de la Corte del Faro.

—Ah, no despierten a la señora mayor —dijo Moon, bajando la voz con caprichoso buen humor—. Pido disculpa. No interrumpiré más.

Antes que terminase el pequeño remolino de interrupción, ya se

continuaba la lectura de la carta del pastor.

Se abrió el acto con un discurso de mi colega, del cual nada diré. Fue deplorable. Muchos entre él auditorio eran irlandeses y mostraron la debilidad de aquel pueblo impetuoso. Reunidos en cuadrilla y conspiraciones, parecen perder totalmente aquel simpático buen humor y aquella prontitud para aceptar cualquier cosa que se les diga, rasgos que los distinguen individualmente.

Con un leve sobresalto, Michael se puso de pie, saludó solemnemente, y se volvió a sentar.

Estas personas, si bien no se callaban, por lo menos aplaudían durante el discurso del señor Percy. Este descendió al nivel de ellos con chocarrerías acerca de los alquileres y de las retenciones del trabajo. Confiscación, expropiación, arbitraje y palabras por el estilo con las cuales yo no me puedo manchar los labios, se repetían constantemente. Unas horas después estalló la tormenta. Yo había estado dirigiendo la palabra a la reunión durante un rato, señalando la falta de economía en las clases trabajadoras, su asistencia insuficiente al servicio religioso nocturno, su indiferencia por el Festival de la Cosecha y por muchas otras cosas que materialmente podrían ayudarles a mejorar su suerte. Creo que había llegado a esta altura cuando

ocurrió una interrupción extraordinaria. Un hombre enorme, potente, medio cubierto de yeso, se levantó en el medio del salón y nos brindó (con voz fuerte a manera de mugido de toro) algunas observaciones que parecían formuladas en idioma extranjero. El señor Raymond Percy, mi colega, descendió a su nivel, trabándose con él en un duelo de réplicas, en las cuales parecía vencedor. La concurrencia empezó a portarse con más respeto durante un instante; con todo, antes de que yo hubiera pronunciado doce frases más, se hizo él atropello al tablado. El enorme yesero, en particular, nos embistió haciendo temblar la tierra como un elefante; y yo no sé en realidad qué hubiera sucedido si un hombre igualmente grande, pero no tan

enteramente mal vestido, no hubiera saltado también a detenerlo. Este otro hambrón dirigió a gritos un discurso, o lo que fuere, al tumulto, haciéndolo retroceder. No sé qué dijo, pero entre gritar y empujar y embromar, nos sacó por una puerta trasera, mientras aquellos desgraciados iban rugiendo por otro pasillo.

Luego sigue la parte verdaderamente extraordinaria de mi cuento. Cuando nos hubo sacado fuera a un fondo ruin de césped enfermo, que daba a una callejuela con un farol de aspecto solitario, el gigante nos dirigió la palabra diciendo así: —Ya salieron bien de ésta, señores; ahora, lo mejor es que se vengan conmigo. Quiero que ustedes me ayuden en un acto de justicia social, como esos de que hemos estado

hablando todos. ¡Vengan! —Y volviéndonos bruscamente la ancha espalda, nos condujo por la vieja y estrecha callejuela con él único viejo y estrecho farol, sin acertar apenas nosotros más que a seguirlo. Ciertamente nos había ayudado en una situación sumamente difícil, y yo, como caballero, no podía tratar a semejante benefactor con suspicacia sin grave fundamento. Tal era también el criterio de mi colega socializante, el cual (a pesar de su horrible disertación sobre arbitraje) es también un caballero. En efecto, desciende de los Percy de Staffordshire, una rama de la vieja casa, y tiene el cabello negro y el rostro pálido de rasgos bien perfilados que caracteriza a toda la familia. No puedo atribuir sino a vanidad el hecho de que

realce sus cualidades físicas con terciopelo negro o una cruz encarnada de notable ostentación, y sin duda... pero esto ya es una digresión.

Subía por la calle una neblina y aquel último farol perdido se desvaneció detrás de nosotros de manera que deprimía realmente el espíritu. El hombrón que iba adelante parecía agrandarse más y más en la bruma. No se dio vuelta, pero dijo con la enorme espalda hacia nosotros: — Todo ese palabreo no sirve para nada; necesitamos un poco de socialismo práctico.

—Completamente de acuerdo — dijo Percy—; pero me gusta siempre entender las cosas en teoría, antes de llevarlas a la práctica.

—¡Oh, eso déjelo por mi cuenta! —

dijo el socialista práctico, o lo que fuera, con la más aterradora vaguedad —. Yo tengo mi sistema. Soy un penetrador.

Yo ni podía sospechar lo que quería decir con eso, pero mi compañero se rió, de modo que me tranquilizó lo bastante para poder continuar por el momento el inexplicable viaje. Nos llevaba por rutas singularísimas: de la callejuela en la cual ya nos sentíamos oprimidos, a un pasaje empedrado, al final del cual entramos por un portón de madera abierto. Entonces nos encontramos, en la oscuridad y niebla crecientes, cruzando lo que parecía ser un caminito trillado en la huerta. Interpelé al enorme personaje que iba adelante, pero él respondió confusamente que era un atajo.

En el momento en que repetía mi duda muy natural a mi compañero clérigo, me encontré frente a una escalera corta, que conducía, al parecer, a un nivel más alto del camino. Mi colega irreflexivo la subió corriendo tan ligero, que no me quedó otra cosa que hacer sino seguirlo lo mejor que pude. El camino sobre el cual afirmé mis pies era de una estrechez sin precedentes. Nunca había tenido que andar por pasos tan exiguos. A un costado de él crecía lo que, en la oscuridad y densidad del aire, me pareció, a primera vista, una fronda baja y compacta de arbustos. Luego vi que no eran arbustos bajos; eran la parte superior de árboles crecidos. Yo, caballero inglés y pastor de la Iglesia Anglicana, estaba caminando encima del

muro de un jardín como un gato.

Tengo la satisfacción de decir que, antes de haber andado cinco pasos, me detuve y di rienda suelta a mi justa, reprobación, manteniendo todo el tiempo el equilibrio como buenamente podía.

—Hay derecho de tránsito — declaró mi informante indefendible—. No se cierra al tránsito sino una vez cada cien años.

—¡Señor Percy, señor Percy! — grité—; ¿usted no pensará seguir con este pillo?

—Pues me parece que sí —contestó mi desgraciado colega ligeramente—. Creo que usted y yo somos más pillos que él, sea él lo que fuere.

—Soy ladrón nocturno —explicó tranquilamente el hombrón—. Soy

miembro de la Sociedad Fabiana^[25]. Yo procuro la restitución de las riquezas robadas por el capitalista, no desatando la guerra civil y la revolución, sino por medio de reformas adaptadas a las ocasiones respectivas: un poquito acá, otro poquito allá. ¿Ven aquella quinta casa en la terraza con el techo chato? Esta noche me toca penetrar en ésa.

—Sea esto lo que fuese, un delito o una broma, yo quiero desentenderme — exclamé.

—Tiene la escalera precisamente detrás de usted —contestó la criatura aquella con horrible cortesía—; y antes de que se retire, permítame ofrecerle mi tarjeta.

Si yo hubiera tenido la suficiente presencia de ánimo para asumir cualquier actitud apropiada, la hubiera

arrojado lejos, por más que el menor gesto adecuado de este género hubiera afectado gravemente mi equilibrio sobre la pared. El hecho es que, en el desconcierto de aquel momento, la puse en el bolsillo del chaleco, y tanteándome un camino por pared, y escalera, aterricé de nuevo en las calles honestas. No antes, sin embargo, de haber visto estos dos hechos espantosos y lamentables: que el ladrón estaba trepando por un tejado oblicuo hacia las chimeneas, y que Raymond Percy (un sacerdote de Dios y, lo que es peor, un caballero) se arrastraba en pos de él. No he vuelto a ver a ninguno de los dos desde aquel día.

Como consecuencia de esta experiencia en la búsqueda de las almas, corté relaciones con aquella alocada

agrupación. Lejos de mí afirmar que todos los miembros de la Unión Social Cristiana sean necesariamente ladrones. No tengo derecho a formular semejante acusación. Pero me sirvió de aviso para prever a qué excesos pueden conducir tales medios en muchos casos; y no los vi más.

No me resta sino añadir que la fotografía que usted adjunta, tomada por un tal señor Inglewood, es sin duda alguna la del ladrón en cuestión. Criando volví a casa esa noche miró su tarjeta, y allí estaba inscripto con él nombre de Innocent Smith.

Lo saluda muy atte.

John Clement Hawkins”

Moon se sometió a la fórmula de

mirar los papeles. Sabía que los acusadores no podían haber inventado un documento tan pesado; que Moses Gould, por lo pronto, no podía saber escribir como un canónigo anglicano, así como tampoco acertara a leer como tal. Después de devolverlo, se puso de pie para abrir la defensa de la acusación, de robo con violación de domicilio.

—Deseamos —dijo Michael— dar a la acusación todas las facilidades razonables; especialmente porque hará ganar tiempo a toda la Corte. Con el fin, pues, que acabo de expresar, pasaré por alto una vez más todos esos puntos teóricos, a que tan inclinado es el doctor

Pym. Sé cómo se elaboran. El perjurio es una variedad de afasia que lleva a un hombre a decir una cosa por otra. La falsificación es una especie de calambre de escribiente que impele a un hombre a escribir el nombre de su tío en vez del propio. La piratería en alta mar es probablemente una forma de mareo. Pero no es innecesario investigar las causas de un hecho que negamos. Innocent Smith jamás cometió delito alguno de robo con violación de domicilio.

—Quisiera reclamar el derecho que nos cedió el convenio anterior, y plantear a la acusación dos o tres

preguntas.

El doctor Pym cerró los ojos para indicar asentimiento cortés.

—En primer lugar —continuó Moon — ¿tienen ustedes la fecha de la última vez que el canónigo Hawkins vio a Smith y a Percy trepando paredes y tejados?

—¡Sí, la tenemos! —exclamó muy orondo Gould—: 13 de noviembre de 1891.

—¿Han identificada ustedes —continuó Moon — las casas en Hoxton por las cuales treparon?

—Tiene que haber sido la Terraza Ladysmith sobre la calle real —contestó

Gould con la misma prontitud mecánica.

—Bueno —dijo Michael, y lo miró arqueando bruscamente una ceja—, ¿hubo algún robo aquella noche en aquella terraza? Eso lo podían haber averiguado, sin duda.

—Bien pudo haberse efectuado —dijo repulidamente el doctor— un robo frustrado que no condujo a formalidad legal alguna.

—Otra pregunta —prosiguió Michael—: el canónigo Hawkins, con su modo impetuoso, juvenil, abandonó la escena en el momento de palpitante interés. ¿Por qué no presentan ustedes la declaración del otro pastor que siguió

positivamente al ladrón y que, según es de todo punto presumible, fue testigo presencial del delito?

El doctor Pym se puso de pie y aplicó las puntas de los dedos a la superficie de la mesa como hacía cuando tenía especial confianza en la claridad de su respuesta.

—Hemos fracasado totalmente — dijo— en dar con la pista del otro pastor, que parece haberse esfumado en el éter después que el canónigo Hawkins lo vio ascender por caños, canaletas y chapas. Me hago cargo plenamente de que esto impresionará a muchos como cosa singular, pero creo que, con un

poco de reflexión, ha de resultar bastante natural a cualquier pensador despierto. Hay que admitir que este señor Raymond Percy es, según la declaración del canónigo, un ministro anglicano de costumbres excéntricas. Su vinculación con la flor y nata de Inglaterra no parece impedir en él una afición por la clase realmente baja. Por otra parte, el detenido Smith es, según consenso general, un hombre de fascinación irresistible. Yo no tengo la menor duda de que Smith indujo al Reverendo Percy a una complicidad en el delito y lo forzó a esconder la cabeza entre la clase realmente delincuente. Eso

explicaría plenamente su no aparición y el fracaso de todas las medidas tomadas para dar con su pista.

—¿Es imposible entonces seguirle la pista? —preguntó Moon.

—Imposible —repitió el especialista cerrando los ojos.

—¿Está seguro de que es imposible?

—¡Basta, de una vez, Michael! —gritó Gould, irascible—. Lo habríamos encontrado, si hubiéramos podido; usted está harto de saber que él vio el asalto. No se ponga usted a buscarlo. Busque su propia cabeza en el cajón de la basura. Esa sí la encontrará, después de un rato —y la voz se le fue ahogando en un

rezongo.

—Arthur —ordenó Michael Moon, sentándose de nuevo—, tenga la bondad de leer a la Corte la carta del señor Raymond Percy.

—Deseando, como ha dicho el señor Moon, abreviar lo más posible el acto —empezó Inglewood—, no leeré la primera parte de la carta que nos ha sido enviada. Es de estricta justicia, debida a los demandantes, el admitir que la relación dada por el segundo pastor ratifica totalmente, en lo que a los hechos se refiere, aquella dada por el primero. Concedemos, pues, la historia del canónigo como tal. Esto

necesariamente será de valor para el demandante y conveniente para la Corte. Empiezo, pues, la carta del señor Percy desde el punto en que los tres hombres se encontraron sobre el muro del jardín:

Mientras observaba a Hawkins fluctuando sobre el muro, formé el propósito de no fluctuar. Sobre mi cerebro se cernía una nube de ira como la nube de neblina cobriza sobre las casas y jardines en derredor. Mi decisión fue violenta y sencilla; sin embargo, los pensamientos que me condujeron a ella fueron tan complicados y contradictorios que no podría ahora retomarles el hilo. Sabía que Hawkins era un señor bondadoso e inocente; y hubiera pagado diez libras

esterlinas por él placer de hacerlo rodar por la calle a patadas. Que Dios permitiese que personas buenas fueran tan bestialmente imbéciles... la idea me acometía como una blasfemia colosal.

En Oxford me había atacado en forma bastante grave el temperamento artístico; y a los artistas les encanta que se les pongan límites. Me gustaba la iglesia a la manera de un dibujo afiligranado; la disciplina era mera decoración. Me deleitaba en las simples divisiones del tiempo; me gustaba comer pescado los viernes. Pero es cierto que me gustaba el pescado; y el ayuno se ha hecho para los hombres a quienes gusta la carne. Vine luego a Hoxton y me encontré con hombres que habían ayunado quinientos años; hombres que tenían que roer pescado

porque no podían comer carne... y las espinas solas cuando no podían comprar pescado. Así como hay hartos oficiales británicos que tratan al ejército como si fuera una parada, así yo había tratado a la Iglesia Militante como si fuera la Iglesia Solemnizante. Eso lo cura Hoxton. Me di cuenta entonces de que, durante mil ochocientos años, la Iglesia Militante no había sido una pompa sino un motín, un motín sofocado. Allí, viviendo todavía en Hoxton, estaba la gente a quien las tremendas promesas habían sido hechas. Frente a eso tenía que hacerme revolucionario, si había de continuar siendo religioso. En Hoxton no se puede ser conservador sin ser al mismo tiempo ateo... y pesimista. Nadie, a no ser él diablo, podría querer conservar Hoxton.

Sobre todo esto, llueve Hawkins. Si él hubiera maldecido a todos los hombres de Hoxton, si los hubiera excomulgado y les hubiera dicho que se iban al infierno, yo más bien lo habría admirado. Si hubiera mandado quemar a todos en la plaza pública, todavía habría tenido yo esa paciencia con que todo buen cristiano soporta los males infligidos a los demás. Pero no hay aptitud sacerdotal en Hawkins, ni aptitud alguna de ningún género. Es tan perfectamente incapaz de ser sacerdote como lo es de ser carpintero o cochero o jardinero o yesero. Es un perfecto caballero; he ahí su mal. No impone su credo, sino simplemente su clase. No pronunció una sola palabra de religión en todo su malhadado discurso. Dijo sencillamente todas las cosas que

hubiera dicho su hermano, el mayor del ejército. Una voz del cielo me asegura que tiene hermano, y que ese hermano es mayor del ejército.

Cuando este inútil aristócrata hubo encarecido la limpieza del cuerpo y el buen orden del alma a gente que apenas podía mantener unidos alma y cuerpo, empezó el ataque contra nuestro estrado. Yo tomé parte en su innmerecido salvataje, yo seguí a su oscuro libertador hasta que (como he dicho) nos encontramos juntos sobre el muro, encima de los barrocos jardines que ya se iban entoldando de niebla. Miré entonces al cura y al ladrón, y decidí en un arranque de inspiración que, entre los dos, era mejor hombre el ladrón. El ladrón no parecía ser un ápice menos bondadoso y humano que el cura,

y era, además, valiente y seguro de sí mismo, condiciones que el cura no tenía. Sabía que no había virtudes en la clase alta, porque yo mismo pertenezco a ella; sabía que no había muchas en la clase baja, porque había vivido con ella mucho tiempo. Muchos textos antiguos sobre los despreciados y perseguidos me vinieron a la memoria, y pensé que bien podían los santos esconderse en la clase delincuente. Más o menos al mismo tiempo que Hawkins se descolgó por la escalera, yo estaba gateando por un techo de pizarra azulada, bajo e inclinado, detrás del hombrón que iba brincando delante de mí como un gorila.

Esta trepada ascendente fue breve, y pronto nos encontramos caminando a lo largo de una ancha avenida de tejados

chatos, más ancha que muchas grandes calles, con chimeneas acá y allá que en la bruma parecían abultarse como pequeños fuertes. La asfixia que producía la niebla parecía aumentar la ira, en cierto sentido hinchada y morbosa, que me oprimía el cerebro y el cuerpo. El cielo y todas esas cosas que generalmente se ven claras parecían dominados por espíritus siniestros. Altos espectros con turbantes de vapores parecían descollar por encima del sol y de la luna, eclipsando a ambos. Pensé vagamente en ilustraciones de Las Mil y una Noches sobre él papel marrón con ricas tintas sombrías, donde se ven los genios congregándose alrededor del Sello de Salomón. Y, a propósito, ¿qué era el Sello de Salomón? Supongo que no tenía nada

que ver con lacre; pero mi embarullada fantasía sentía las gruesas nubes como si fuesen de aquélla pesada y pegajosa sustancia de fuerte color opaco, derramadas desde ollas hirvientes y selladas con monstruosos emblemas.

El primer efecto de los altos vapores a modo de turbantes era ese aspecto descolorido de sopa de arvejas o de café con leche de que hablan generalmente los londinenses. Pero la escena, al familiarizarse uno con ella, se hizo más sutil. Estábamos más arriba que la generalidad de las azoteas, y veíamos algo de la cosa llamada humo que, en las grandes ciudades, crea la extraña cosa llamada niebla. Debajo de nosotros se alzaba una selva de chimeneas. Y sobre cada chimenea, como si hubiera sido una maceta, se

levantaba un pequeño arbusto o un árbol esbelto de vapor coloreado. Los colores del humo eran diversos; porque algunas chimeneas eran de hogares y otras de fábricas, y ciertas otras de meros montones de basura. Y, sin embargo, aunque todos los tintes eran variados, todos parecían preternaturales como las emanaciones de una olla de bruja. Era como si las formas vergonzosas y feas, volviéndose informes en la caldera, despidiesen una por una su vaho en columna separada, coloreado según él pescado o la carne consumidos. Aquí, encendidas desde abajo, se veían nubes de rojo oscuro, tales como podían exhalarse de sombríos jarros de sangre sacrificial; allí el vapor era de tono gris índigo cargado, al modo de largas cabelleras de

brujas empapadas en el caldo infernal. En alguna otra parte el humo era de un espantoso amarillo marfil opaco, tal cual pudiera ser la desencarnación de una de sus viejas y leprosas imágenes de cera. Pero cruzándolo de lado a lado corría una línea brillante, siniestra, de verde sulfúrico, clara y torcida como escritura árabe...

El señor Moses Gould intentó una vez más parar el ómnibus. Se entendió quería sugerir que el lector abreviase las formalidades suprimiendo todos los adjetivos. La señora Duke, que acababa de despertar, observó que no le cabía duda de que todo era muy lindo, y la decisión fue anotada por Moses con

lápiz azul y por Michael con lápiz colorado. Inglewood entonces reanudó la lectura del documento.

Entonces leí la escritura del humo. El humo era como la ciudad moderna que lo hace; no es siempre opaca o fea, pero es siempre perversa y vana.

La moderna Inglaterra era como una nube de humo; podía llevar en sí todos los colores, pero no podía dejar más rastro que una mancha. Nuestra debilidad, no nuestra fuerza, ponía en el cielo un rico desperdicio. Estos eran los ríos de nuestra vanidad, desembocando en el vacío. Nos habíamos apoderado del círculo sagrado del torbellino, y lo habíamos contemplado como un remolino visto

desde la altura. Y luego lo habíamos usado como cloaca. Era un símbolo adecuado de mi propia rebelión mental. Solamente nuestras peores cosas iban al cielo. Solamente nuestros delincuentes podían ascender todavía como ángeles.

Mientras tales emociones ofuscaban mi cerebro, el guía se detuvo junto a una de las chimeneas que surgían como faroles a trechos fijos, a lo largo de aquel camino real elevado y aéreo. Puso encima la pesada mano, y por el momento pensé que tan solo se apoyaba en ella, fatigado por él escambroso trepar y la larga caminata a través de la cima de la terraza. En cuanto era posible calcular por los abismos llenos de niebla a derecha e izquierda, y por las veladas luces de tono rojo marrón y oro viejo que de cuando en cuando brillaban

al trasluz, estábamos encima de una de esas largas filas sucesivas de casas elegantes, que todavía se encuentran, irguiéndose por encima de barrios más pobres, y que son restos de algún delirio de optimismo de antiguos constructores, negociantes. Era bastante probable que estuviesen completamente desocupadas u ocupadas sólo por grupitos de pobres, como esos que vemos también congregarse en los viejos palacios desmantelados de Italia. En efecto, un rato después, cuando la niebla se despejó un tanto, descubrí que caminábamos por un semicírculo o media luna que, debajo de nosotros, iba afirmándose sobre plazas chatas o, si se quiere, sobre calles anchas, sobrepuestas a modo de peldaños de una gigantesca escalera, en una forma no

desconocida en la excéntrica arquitectura de Londres, y que producía la impresión de constituir las últimas capas de la tierra. Pero una nube ocultaba todavía la escalera gigantesca.

Mis reflexiones filosóficas acerca de los taciturnos celajes fueron interrumpidas por una cosa tan inesperada como hubiese sido la luna cayéndose del cielo. Mi ladrón, sin retirar la mano de la chimenea en que se afirmaba, se apoyó en ella con algo más de fuerza, y toda la chimenea giró como la tapa de un tintero. Yo me acordé de la escalerita arrimada al muro bajo, y sentí la seguridad de que él había planeado su delictuoso asalto con mucha anticipación.

El vuelco de la gran chimenea debería de haber marcado la

culminación de mis sentimientos caóticos; pero, a decir verdad, me produjo una repentina sensación de algo cómico y aun confortante. No podía recordar qué era lo que ligaba este acto abrupto de asalto doméstico a ciertas fantasías curiosas y al mismo tiempo simpáticas. Entonces recordé las deliciosas y alborotadas escenas de tejados y chimeneas en las arlequinadas de mi infancia, y me sentí oscura e irracionalmente consolado por la irrealdad de la escena, cual si las casas fueran de lata y pintura y cartón, y se hubieran hecho únicamente para que corretearan por ellas policías y bufones. La infracción de mi compañero parecía no sólo seriamente excusable, sino hasta cómicamente excusable. ¿Quién era toda esa gente pomposa y ridícula,

con sus porteros y sus felpudos y sus chimeneas y sus galeras (chimeneas ellas también) para impedir que un pobre payaso les hurtase salchichas si le hacían falta? Uno creería que la propiedad era una cosa seria. Yo, por decirlo así, había llegado a un nivel más alto que aquella montaña de visiones vaporosas, al cielo de una loca alegría superior.

Mi guía había bajado de un salto a la oscura cavidad descubierta por el desplazamiento de la chimenea. Debí de haber aterrizado en un plano considerablemente inferior, porque, con la estatura que tenía, sólo le quedó visible la cabeza impresionantemente despeinada. De nuevo, algo lejano, y sin embargo familiar, me agradó en su manera de invadir las viviendas de los

hombres. Pensé en deshollinadores niños y en el cuento de *Los Niños del Agua*^[26]; pero llegué a la conclusión de que no ero eso. Luego pude recordar qué era lo que me hacía ligar tan descabelladla infracción con ideas totalmente opuestas al concepto de delito. La Nochebuena, por supuesto, y el viejo Santa Claus bajando por la chimenea.

Casi al mismo tiempo la peluda cabeza desapareció por el agujero negro; pero oí una voz que me llamaba desde abajo. Uno o dos segundos después la cabeza \peluda reapareció; se veía oscura contra el fondo más encendido de la neblina, y nada podía colegirse de su expresión, pero su voz me invitaba a seguirlo con esa impaciencia entusiasta que sólo se usa

entre antiguos amigos. De un salto me hundí en la sima, a ojos cerrados, ni más ni menos que Marco Curcio^[27], porque todavía estaba recordando a Santa Claus y a la tradicional virtud de aquella entrada vertical.

En toda casa de caballero bien ordenada —reflexioné— existe la puerta de calle, al frente, para el caballero, y la puerta lateral para los proveedores; pero también la puerta de arriba para los dioses. La chimenea es, por decirlo así, el pasaje subterráneo entre la tierra y el cielo. Por este túnel estrellado Santa Claus consigue, cual la alondra, ser fiel a dos puntos afines: el cielo y el hogar. Más aún: debido a ciertos convencionalismos y a una falta de valor vastamente generalizada, esta puerta ha sido poco usada quizá; pero la

entrada de Santa Claus resulta realmente la principal: la puerta que se abre al universo.

Pensaba en esto mientras tanteaba un camino por la negra buhardilla o altillo, debajo del tejado, y bajaba gateando por la corta escalera que nos conducía a una buhardilla inferior, más amplia todavía. Solo cuando me hallé en la mitad de esa escalera me detuve de improviso y pensé por un instante desandar todo lo andado como lo había hecho mi compañero desde el comienzo del muro del jardín. El nombre de Santa Claus me había vuelto de repente el sentido. Recordé por qué venía Santa Claus y por qué era bienvenido.

Yo había sido educado en la clase de los propietarios, con todo su horror a

los delitos contra la propiedad. Había oído todas las eternas denuncias contra los robos, formuladas con razón o sin ella; había leído cien veces el Decálogo en la iglesia. Y a esa hora y en ese sitio, a la edad de treinta y cuatro años, por la mitad de una escalera, en un cuarto oscuro, en el acto material de un asalto nocturno, vi de repente por vez primera que el robo, al fin y al cabo, es realmente ilícito.

Ya era tarde, sin embargo, para echarme atrás, y seguí las pisadas extrañamente suaves de mi enorme compañero por la buhardilla más baja y más grande, hasta que él se arrodilló sobre una parte del piso desnudo y, después de unos esfuerzos hechos a tientas, levantó una labia, o puerta de escape. Esto dio entrada a una luz desde

abajo, y nos hallamos mirando hacia una sólita iluminada por una lámpara, una de esas habitaciones que en las casas grandes muchas veces son salida de un dormitorio y le están contiguas. La luz, que así irrumpió debajo de nuestros pies a modo de explosión silenciosa, mostró que la puerta de escape que se acababa de alzar estaba atestada de tierra y suciedad y sin duda alguna había estado mucho tiempo sin usarse hasta el advenimiento de mi amigo emprendedor. Pero no me detuve mucho a mirar esto, porque la vista de la brillante habitación, debajo de nosotros tenía una atracción casi irreal. Penetrar en un interior moderno desde un ángulo tan extraño, por una puerta tan olvidada marcaba época en la propia psicología. Era como haber encontrado una cuarta

dimensión.

Mi compañero se dejó caer de la abertura a la habitación tan repentina y silenciosamente, que yo no pude hacer otra cosa que seguirlo; aunque por falta de práctica en el delito, de ninguna manera resulté silencioso. Antes de que se hubiera acallado el eco de mis botines, el gran ladrón se había dirigido rápidamente a la puerta, la había abierto a medias, y se había quedado mirando escaleras abajo y escuchando. Luego, dejando la puerta semiabierta todavía, volvió al centro de la habitación y paseó los vagabundos ojos azules por sus muebles y adornos. El cuarto estaba cómodamente forrado de libros en esa forma cálida y humana que hace que las paredes parezcan vivas. Era una biblioteca grande y llena, pero

desarreglada, del tipo de las que son constantemente asaltadas en la búsqueda de lectura para la cama. Una de esas estufas alemanas que parecen atrofiadas, como duendecillos rojos, ocupaba un rincón, en compañía de un aparador de nogal, cerrado en la parte inferior. Había tres ventanas altas, pero angostas. Después de echar en derredor una segunda mirada, mi ladrón abrió a tirones las puertas de nogal del aparador y empezó a revolver dentro. Por lo visto, nada encontró allí, excepto un frasco sumamente hermoso de cristal cortado que parecía contener oporto. No sé cómo, la vista del ladrón, volviendo con ese lujo insignificante y ridículo en la mano, despertó en mí de nuevo toda aquella revelación y repugnancia que había sentido arriba.

—¡No lo haga! —exclamé en forma completamente incoherente—. Santa Claus...

—¡Ah! —dijo el ladrón, poniendo él frasco sobre la mesa y deteniéndose a mirarme—, ¿a usted también se le ha ocurrido eso?

—Yo no puedo expresar ni la millonésima parte de lo que se me ha ocurrido —exclamé—, pero es algo como esto... ¿no se da cuenta, caramba? ¿Por qué los chicos no le tienen miedo a Santa Claus, aunque venga de noche como un ladrón? Se le tolera el secreto, la infracción, la traición casi... porque donde ha entrado, hay más juguetes después. ¿Qué sentiríamos si hubiese menos? ¿Desde qué chimenea del infierno bajaría el duende que arrebatase pelotas

y muñecas a los niños mientras duermen? ¿Podría una tragedia griega ser más gris y cruel que aquél amanecer y despertar? Robos de perros, robos de caballos, robos de hombres... ¿puede usted imaginar algo más bajo que el robo de juguetes?

El ladrón, como distraído, sacó de su bolsillo un gran revólver y lo colocó sobre la mesa, al lado del frasco, pero tenía todavía fijos en mi cara sus ojos azules reflexivos.

—¡Hombre! —dije— todo robo es robo de juguetes. Por eso es verdaderamente ilícito. Los bienes de los desgraciados hijos de los hombres deben ser respetados por su falta de valor precisamente. Ya sé que la viña de Nabot es tan pintada como el arca de Noé. Ya sé que el cordero de Natán es

realmente uno de esos lanuditos que hacen ‘baa’ sobre una peanita de madera. Por eso es que yo no los podría quitar. No le daba tanta importancia, mientras pensaba en las cosas de los hombres en cuanto constitutivas de sus valores; pero no me atrevo a poner la mano en sus vanidades.

Después de un momento añadí en forma abrupta: —Solamente se podrían robar cosas a los santos y sabios. A ellos se les puede desvalijar y saquear; pero no así a la pobrecita gente mundana las cosas que constituyen su pobrecito orgullo.

Él sacó dos vasos de la alacena, llenó ambos, y alzó uno a sus labios con un saludo.

—¡No lo haga! —exclamé—. Podría ser la última botella de alguna vendimia

de porquería o qué sé yo. El dueño de esta casa podría estar orgulloso de ella. ¿No ve usted que hay algo de sagrado en la estupidez de estas cosas?

—No es la última botella — contestó con calma mi delincuente—; hay muchas más en la bodega.

—¿Usted conoce, entonces, la casa? —dije.

—Demasiado —contestó con una tristeza que resultaba extraña hasta el punto de haber en ella algo que erizaba—. Siempre estoy tratando de olvidar lo que conozco... y de encontrar lo que no conozco —sorbió su vaso—. Además —añadió— a él le va a hacer bien.

—¿Qué cosa le va a hacer bien?

—El vino que estoy bebiendo —dijo el curioso personaje.

—¿Bebe él excesivamente,

entonces? —pregunté.

—No —contestó—; no si no bebo yo.

—¿Quiere decir —pregunté— que el dueño de esta casa aprueba todo lo que usted hace?

—¡Dios no lo permita! —contestó—; pero tiene que hacer lo mismo que hago yo.

La cara cadavérica de la niebla, asomándose a cada una de las tres ventanas, aumentó irracionalmente la sensación de enigma, y hasta de terror, que producía esta casa alta y angosta, a la cual habíamos entrado desde el firmamento. Una vez más me sentí bajo la impresión de los genios gigantescos aquellos... me imaginaba que enormes caras egipcias, de tintes rojos y amarillos muertos de Egipto, miraban

fijamente por cada una de las ventanas de nuestro cuartito alumbrado por la lámpara, cual a un iluminado escenario de títeres. Mi compañero seguía jugando con la pistola que tenía delante, y hablando en el mismo tono confidencial algún tanto espeluznante.

—Siempre estoy tratando de encontrarlo... de tomarlo desprevenido. Entro por claraboyas y puertas de escape, para hallarlo; pero siempre que lo encuentro... está haciendo lo que hago yo.

Yo me incorporé con un escalofrío de terror: Viene alguien —exclamé, y mi exclamación tenía algo de alarido.

No desde abajo, por la escalera, sino a lo largo del pasillo, desde el aposento interior (que no sé por qué lo hacía resultar más alarmante) se oían pasos

cada vez más próximos. Me es absolutamente imposible explicar qué misterio, o qué monstruo, o qué combinación de las dos cosas, esperaba yo ver, cuando la puerta se abrió desde adentro. Sólo estoy completamente seguro de que no esperaba ver lo que vi.

En el marco de la puerta abierta, con aire de gran serenidad, apareció una mujer joven, más bien alta, vestida de un modo definido aunque indefinible: él traje, color primavera, y el cabello, color hojas de otoño; su cara, aunque todavía relativamente joven, sugería experiencia al mismo tiempo que inteligencia. Todo lo que dijo fue: —No los oí entrar.

—Entré por otro lado —dijo el Penetrador un poco vagamente—; dejé en casa la llave de la puerta de calle.

Yo me puse de pie con una mezcla de cortesía y de trastorno mental: —Lo siento en el alma —exclamé—. Sé que mi situación es irregular. ¿Tendrían la bondad de decirme de quién es esta casa?

—Mía —dijo él ladrón—. Permítame que le presente a mi esposa.

Algo indecisa y lentamente volví a mi asiento, y no salí de él hasta que casi había amanecido. La señora Smith (tal era el prosaico nombre de esa nada prosaica familia) se detuvo un momento con nosotros, hablando poco, pero en forma agradable. Dejó grabada en mí la impresión de cierta combinación original de rubor y viveza: la de que conocía bien el mundo, pero le tenía todavía un poco de inofensivo temor. Quizá la posesión de un marido tan

saltarán y desconcertante la había tornado algo nerviosa.

De todos modos, una vez que ella se hubo retirado de nuevo al aposento interior, aquel hombre extraordinario vertió su apología y su autobiografía junto con el vino que al mismo tiempo iba mermando.

Había sido enviado a Cambridge con miras a una carrera matemática y científica, más bien que clásica y literaria. Un nihilismo sin estrellas era entonces la filosofía de las escuelas; y esto desarrolló en él una lucha entre los miembros y el espíritu, lucha en la cual tenían razón sus miembros. En tanto su cerebro aceptaba él tenebroso credo, su mismo cuerpo se le sublevaba. Su mano derecha (según explicaba él) le había enseñado cosas terribles. Según lo

explicaban, por desgracia, las autoridades de la Universidad de Cambridge, su mano derecha había impartido esa enseñanza blandiendo un arma de fuego bien cargada en la misma cara de un sabio distinguido, obligándolo a escabullirse por la ventana y a abrazarse a un caño. Él lo había hecho únicamente porque él pobre sabio profesaba en teoría preferir la no existencia. Por usar un género de argumentos tan poco académico, fue expulsado. Asqueado por ese pesimismo que había temblado bajo su pistola, se había hecho una especie de fanático del gozo de vivir. Se entremetía en todas las asociaciones de hombres pensantes. Era alegre, pero de ninguna manera descuidado. Sus bromas prácticas eran ejecutadas más en serio

que las verbales. Aunque no era un optimista en el sentido absurdo de sostener que la vida no es más que cerveza y juego de bolos, parecía, sí, afirmar que la cerveza y el juego de bolos son su parte más seria. ¿Qué cosa hay más imperecedera —solía exclamar— que el amor y la guerra? Tipo de todo deseo y goce: la cerveza. Tipo de toda batalla y conquista: el juego de bolos.

Había algo en él que el mundo antiguo llamaba la solemnidad de las fiestas profanas, cuando hablaba de celebrar solemnemente una mera mascarada o un banquete de bodas. Sin embargo, no era un simple pagano, como tampoco era un simple bromista. Sus excentricidades brotaban de un hecho estático de fe, místico en sí mismo y hasta infantil y cristiano.

—No niego —dijo— que deba haber sacerdotes para recordar a los hombres que algún día han de morir. Sólo digo que en ciertas épocas extrañas, es necesario que exista otra clase de sacerdotes llamados poetas, para recordar efectivamente a los hombres que todavía no están muertos. Los intelectuales entre quienes yo actuaba ni siquiera tenían bastante vida para temer la muerte. Les faltaba la sangre necesaria para poder ser cobardes. Mientras no se les plantaba el caño de un revólver en las mismas narices, ni siquiera sabían que habían nacido. Para los siglos enfrentados hacia una perspectiva eterna podrá ser verdad que la vida es un aprendizaje para la muerte. Pero no es menos verdad que para aquellas ratitas anémicas la muerte

era la única manera posible de aprender a vivir.

Que su credo de maravilla era cristiano, se demostraba en esta infalible piedra de toque: que él mismo lo sentía escapársele de entre las manos, tanto como a los demás. Guardaba también para sí el revólver, según dijo Bruto del puñal. Continuamente corría riesgos absurdos, en alturas vertiginosas o carreras desenfrenadas, para mantener viva la mera convicción de que estaba vivo. Atesoraba detalles triviales pero locos, que alguna vez le habían recordado la imponente realidad subconsciente. Cuando contempló al sabihondo suspendido del tubo de piedra, la vista de sus largas piernas colgando en el aire, vibrando como alas en el vacío,

despertó, quién sabe cómo, la desnuda sátira de la vieja definición del hombre: un bípedo implume. El desgraciado profesor se había puesto en peligro por causa de su cabeza, que tan elaboradamente había cultivado, y sólo se había puesto en salvo por las piernas que había tratado con frialdad y abandono. A Smith no se le ocurría otra manera de anunciar o dejar constancia de esto sino haciendo un telegrama a un antiguo amigo de colegio (ya completamente alejado y, a esas horas, un extraño en absoluto) para decirle que acababa de ver un hombre con dos piernas y que el hombre estaba vivo.

El surtidor de su optimismo liberado estalló en estrellas como un cohete el día en que, de repente, se enamoró. Fue en circunstancias en que

saltaba en una canoa un dique alto de caída vertiginosa, con el fin de probarse a sí mismo que estaba vivo; y pronto se encontró envuelto en ciertas dudas sobre la persistencia del hecho. Para peor, halló que había puesto en el mismo peligro a una dama inofensiva, sola en un bote de remos, la cual jamás había provocado la muerte con profesión alguna de negaciones filosóficas. Pidió disculpa en locas boqueadas durante todos sus locos y acuáticos esfuerzos por sacarla a la orilla, y cuando al fin lo consiguió, parece que se le declaró en la costa. Sea como fuere, con la misma impetuosidad con que casi se mató con ella, se casó del todo con ella; y esa era la señora de verde a quien yo acababa de dar las buenas noches.

Se habían instalado en una de estas casas altas y angostas cerca de Highbury. Pero quizá no sea esta precisamente la palabra adecuada. En sentido estricto, podría decirse que Smith se había casado, que era muy feliz en el matrimonio, que no sólo no le interesaba mujer alguna fuera de su esposa, sino que tampoco parecía interesarle lugar alguno fuera de su casa; con todo, difícilmente quizá se podría decir que se había instalado. — Soy un tipo muy de hogar —explicaba gravemente— y muchas veces he entrado a casa rompiendo un vidrio, por no llegar tarde a tomar el té.

Daba a su alma latigazos de risa para impedir que se le durmiera. Hizo perder a su esposa una serie de sirvientas excelentes por llamar a la puerta como

un perfecto desconocido, preguntando si vivía ahí un tal señor Smith y qué clase de individuo era. La sirvienta londinense de todo servicio no está acostumbrada a que el dueño de casa se permita tan trascendentales ironías. Y resultó imposible explicarle que él lo hacía con el fin de sentir por sus propios asuntos el mismo interés que sentía siempre por los asuntos de los demás.

Yo sé que hay un tipo llamado Smith —decía con ese su modo un tanto misterioso— que vive en una de las casas altas de esta terraza. Sé que es feliz de veras, y sin embargo, nunca lo puedo sorprender in fraganti.

Algunas veces le daba repentinamente por tratar a su mujer con una especie de cortesía paralizada, a

la manera de un joven desconocido herido de amor a primera vista. Otras veces hacía extensivo ese temor poético a los mismos muebles; parecía pedir disculpa a la silla en que se sentaba y trepaba por la escalera con la cautela de un alpinista, para renovar en sí mismo él sentido de su esqueleto de realidad. Decía que toda escalera era una escalera de mano y todo banquito una pierna. Y había veces también en que hacía él papel de desconocido, exactamente en sentido contrario, y entraba por otro lado para sentirse ratero y ladrón. Solía asaltar y violar su propio domicilio, como esa noche lo había hecho conmigo.

Ya era casi de día cuando pude arrancarme de esta curiosa confidencia del Hombre Que No Quería Morir, y, al

darle la mano en la puerta de calle, la última capa de niebla se levantaba y grietas de luz de aurora revelaban aquél escalonamiento irregular de calles que parecía los confines del mundo.

Para muchos bastará afirmar que pasé la noche con un loco. ¿Qué otro término —se dirá— puede aplicarse a semejante ser? ¡Un hombre que se recuerda a sí mismo que es casado, haciendo creer que no es casado! ¡Un hombre que trata de codiciar sus propios bienes, en vez de los bienes ajenos! Sobre esto tengo una sola cosa que decir, y siento que mi honor me obliga a ello, aunque nadie la entienda. Creo que el loco era uno de esos seres que no vienen meramente, sino que son enviados; enviados como un gran viento sobre las naves por Aquél que hizo a sus

ángeles vendavales y a sus mensajeros fuego abrasador. Esto, por lo menos, lo sé con certeza. Sea que estos hombres hayan reído o llorado, nosotros nos hemos reído de su risa lo mismo que de su llanto. Sea que hayan bendecido o maldecido al mundo, nunca han calzado en él. Es cierto que los hombres han evitado siempre instintivamente la mordedura de una víbora. Pero es idénticamente cierto que los hombres huyen del abrazo de un gran optimista lo mismo que del abrazo de un oso. Nada atrae tantas maldiciones como una bendición verdadera. Porque la bondad de las cosas buenas, como la maldad de las cosas malas, es un prodigio que no puede expresarse con palabras; puede más bien pintarse que decirse. Habremos penetrado más hondo que la

hondura del cielo, y habremos envejecido más que los ángeles más viejos, antes de que sintamos, aun en sus primeras tenues vibraciones, la eterna violencia de aquella dobló pasión con que Dios odia y ama al mundo.

Lo saluda muy atentamente.

Percy Raymond”

—¡Oh, santo, santo, santo! —dijo el señor Moses Gould.

Al instante de hablar él, todos los demás se dieron cuenta de que habían estado en una disposición casi religiosa de sumisión y asentimiento. Algo los había unido a todos; algo en la sagrada tradición de las dos últimas palabras de la carta; algo también en la

conmovedora cordedad de muchacho con que Inglewood las había leído, porque él tenía toda la delicada reverencia del agnóstico.

Moses Gould era, a su modo, el tipo más bueno que jamás haya vivido; mucho más bondadoso para con su familia que los tipos paseanderos más refinados, sencillo y firme en MUS admiraciones, un animal perfectamente nano y un carácter perfectamente genuino. Pero dondequiera hay un conflicto, surgen momentos críticos en que cualquier alma, personal o racial, vuelve inconscientemente la más detestable de sus cien caras al mundo.

La reverencia inglesa, el misticismo irlandés, el idealismo norteamericano, alzaron los ojos y vieron en la cara de Moses cierta sonrisa. Era esa sonrisa del Cínico Triunfante que ha sido el toque a rebato para más de un motín sangriento en aldeas rusas o ciudades medievales.

—¡Oh, santo, santo, santo! —dijo Moses Gould.

Al darse cuenta de que eso no había caído bien, dio explicaciones, mientras en sus oscuras y exuberantes facciones la exuberancia se acentuaba...

—Siempre es divertido ver a un zopenco tragarse una avispa, mientras

ésta se come una mosca —dijo con buen humor.

—¿No ven que, de todos modos, lo han reventado al pobre Smith? La historia de ese pastor es un primor; entonces el caso de Smith se pone feo. Se pone bastante feo. Lo encontramos fugándose con la señorita Gray (mis respetos, señorita) en un coche. Muy bien. Y ¿qué hay entonces de esa señora Smith, de quien nos habla el pastor con ese famoso rubor combinándose con una viveza del dominio? Lo que es la señorita Gray no ha demostrado mucha viveza que digamos, pero calculo que rubor, sí, va a tener.

—No sea bestia —gruñó Michael Moon.

Nadie pudo alzar los ojos para mirar a Mary; pero Inglewood echó una mirada hacia la punta de la mesa donde estaba Smith. Seguía éste inclinado sobre sus juguetes de papel y tenía en la frente una arruga que podía ser de disgusto o también de vergüenza. Cuidadosamente estiró una puntita de un complicado barco de papel, y la plegó en otro sentido; entonces desapareció la arruga, y pareció aliviado.

CAPÍTULO TERCERO: El camino redondo o la acusación de abandono de hogar

Pym se puso de pie con sincera turbación; porque era norteamericano y su respeto por las damas era real, de ninguna manera científico.

—Pasando por alto —dijo— las delicadas y notablemente caballerescas protestas provocadas por el nativo

sentido oratorio de mi colega, y pidiendo disculpas a todos aquellos en cuya opinión nuestra despiadada búsqueda de la verdad parece no cuadrar a las grandiosas ruinas de una tierra feudal, considero todavía que la pregunta de mi colega no está destituida en modo alguno de oportunidad. El último cargo que se hizo al acusado fue de robo con violación de domicilio; la acusación que viene anotada a continuación es de bigamia y abandono del hogar. De aquí aparece, sin disputa posible, que la defensa, al querer rechazar la acusación anterior, ha admitido realmente la siguiente. O pesa

todavía sobre Innocent Smith un cargo de conato de robo con violación de domicilio, o se ha rechazado eficazmente dicho cargo; pero ya lo tenemos bastante bien fichado para un cargo de conato de bigamia. Todo depende de cómo encaremos la carta alegada del cura Percy. En estas circunstancias, siento que es justo que yo, a mi vez, reclame mi derecho a formular preguntas. ¿Podría decirseme cómo se apoderó la defensa de la carta del cura Percy? ¿Provino directamente de manos del detenido?

—Nada hemos recibido directamente de manos del detenido —

dijo tranquilamente Moon—. Los pocos documentos que la defensa garantiza nos han venido por otro conducto.

—¿Por qué conducto? —preguntó el doctor Pym.

—Si da de insistir —contestó Moon —, diré que los recibimos de la señorita Gray.

El doctor Cyrus Pym se olvidó completamente de cerrar los ojos; antes por el contrario, los abrió desmesuradamente.

—¿Quiere usted decir, de veras, que la señorita Gray estaba en posesión de este documento que comprueba la existencia de una señora Smith anterior?

—Exactamente —dijo Inglewood, y se sentó.

El doctor murmuró algo en voz baja y dolorida acerca de enamoramientos que hacen perder el juicio, y luego, con visible dificultad, continuó sus palabras de introducción.

—Lamentablemente, la verdad trágica revelada por la relación del cura Percy está por demás confirmada en otros escandalosos documentos que obran en nuestro poder. De éstos el principal y el más seguro es la declaración del jardinero de Innocent Smith, que presencié el más dramático y sorprendente de sus muchos actos de

infidelidad marital. Señor Gould: el jardinero, hágame el favor.

El señor Gould con su incansable jovialidad, se puso de pie para presentar al jardinero. Aquel funcionario explicó que había servido al señor Innocent Smith y a su esposa cuando tenían una casita en las afueras de Croydon. Por el cuento del jardinero, con sus muchas alusiones detallistas, Inglewood llegó a la seguridad de que había visto el lugar. Era uno de esos rincones de ciudad o de campo que no se olvidan, porque parecen una frontera. El jardín estaba suspendido a una altura muy grande del nivel de la calle, y su terminación era

muy empinada, y aguda como una fortaleza. Más allá había una extensión ondulada de campo verdadero, un camino blanco trepándolo desaliñadamente, y las raíces, troncos y ramas de grandes árboles grises, retorciéndose y contorciéndose contra el cielo. Pero, para dejar establecido que la calle en sí era suburbana, se destacaban vivamente, contra aquel paisaje ascendente gris y accidentado, un farol pintado de un típico verde amarillento y un buzón rojo, colocados ambos exactamente en la esquina. A Inglewood no le cabía duda acerca del lugar; veinte veces había pasado por ahí

en sus higiénicas giras de ciclista; siempre había sentido vagamente que era un sitio en que algo podía ocurrir. Pero le dio positivamente un escalofrío darse cuenta de que el rostro de su espeluznante amigo o enemigo Smith hubiera podido, en cualquier momento, asomarse allá arriba, por encima de los arbustos del jardín. La narración del jardinero, contrariamente a la del cura, estaba completamente desprovista de adjetivos decorativos, cualquiera hubiera sido el número de los pronunciados privadamente al escribirla. Dijo con sencillez que, una determinada mañana, salió al jardín el

señor Smith y empezó a entretenerse con un rastrillo, como a menudo solía. A veces lo usaba para hacer cosquillas en la nariz a su hijo mayor (tenía dos hijos) ; a veces enganchaba el rastrillo a la rama de un árbol y se izaba él mismo, con horribles sacudidas gimnásticas, como una rana gigante en su última agonía. Jamás, por lo visto, se le ocurrió aplicar el rastrillo a sus usos propios, y el jardinero, por lo tanto, trataba sus acciones con frialdad y concisión. Pero el jardinero estaba seguro de que, en una determinada mañana de octubre, él (el jardinero), al acercarse por detrás de la casa con la manga de regar, había visto

al señor Smith de pie sobre el césped, con una chaqueta a rayas rojas y blancas (que era quizá chaqueta de fumar, pero lo mismo parecía de pijama), y que allí mismo y en ese mismo instante le había oído gritar a su mujer, que estaba asomada a la ventana del dormitorio las siguientes frases, muy decididas y sonoras:

—No me voy a quedar más tiempo aquí. Tengo otra mujer y otros hijos mucho mejores muy lejos de aquí. Mi otra mujer tiene pelo más colorado que el tuyo, y mi otro jardín está mucho mejor situado; con ellos me voy.

Parece que con estas palabras arrojó

muy alto hacia el cielo el rastrillo, a mayor altura de la que muchos hubieran podido disparar una flecha, y lo volvió a barajar. Luego salvó de un salto el cerco, aterrizó sobre los pies allá abajo en el camino, y emprendió su marcha por la calle sin siquiera llevar sombrero. Había mucho en este cuadro que Inglewood iba supliendo, indudablemente por su recuerdo accidental del sitio. Con sus ojos mentales podía ver aquella silueta grande, en cabeza, con su destartalado rastrillo en mano, fanfarroneando por el tortuoso camino arbolado, y dejando atrás farol y buzón. Pero el jardinero,

por cuenta propia, estaba dispuesto a dar testimonio con juramento de su pública confesión de bigamia, de la desaparición temporaria del rastrillo en el cielo, y de la desaparición final del individuo calle arriba.

Por otra parte, como era lugareño, podía jurar que, fuera de ciertos rumores locales de que Smith se habría embarcado en la costa sudeste, nada más se había sabido de él.

Esta impresión fue remachada por Michael Moon de manera un poco curiosa en las pocas y concisas frases con que abrió la defensa de la tercera acusación. Lejos de negar que Smith

hubiese huido de Croydon y desaparecido en algún punto del Continente, parecía dispuesto a probar todo eso por su cuenta. —Espero que no serán ustedes insulares hasta tal extremo —dijo— que no respeten la palabra de un posadero francés tanto como la de un jardinero inglés. Si el señor Inglewood nos hace el favor, vamos a escuchar al posadero francés.

Antes de que la reunión hubiese decidido punto tan delicado, ya Inglewood estaba leyendo en alta voz el relato en cuestión. Estaba escrito en francés. Pareció a los oyentes que venía a expresar, más o menos, lo que sigue:

Señor: —Sí; soy Durobin del Café Durobin en la explanada marítima de Gras, hacia el norte de Dunkerque. Estoy dispuesto a escribir todo lo que sé sobre el forastero salido del mar.

No simpatizo con excéntricos ni con poetas. Una persona con sentido común busca la belleza en las cosas que deliberadamente pretenden ser bellas, como un cantero primoroso de flores o una estatuilla de marfil. Uno no permite que la belleza le invada a uno la vida entera, así como uno no pavimenta todas las calles con marfil ni cubre de geranios todos los campos. ¡A fe mía, cómo extrañaríamos las cebollas!

Pero ya porque yo lea para atrás las cosas con mi memoria, ya porque existan en efecto atmósferas psicológicas que los ojos de la ciencia

no pueden aún penetrar, queda él hecho humillante de que en aquella tarde determinada yo me sentí poeta, ni más ni menos que cualquier briboncito poeta que bebe ajeno en el loco Montmartre.

Positivamente, él mar mismo parecía ajeno, verde y amargo y venenoso. Nunca hasta entonces lo había visto con ese aspecto poco familiar. Había en él cielo esa oscuridad temprana y tormentosa que deprime tanto la mente, y él viento soplaba con acentos destemplados alrededor del kiosquito solitario, de muchos colores donde se venden los periódicos, y a lo largo de las dunas en la costa. Ví entonces una barca de pescadores, con vela color marrón, acercándose a tierra silenciosamente. Ya estaba muy próxima cuando salió de ella, como

gateando, un hombre de estatura monstruosa, que vino por él mar hasta la costa, sin que el agua le llegara ni a las rodillas, aunque a muchos les hubiera llegado a las caderas. Se apoyaba en un largo rastrillo u horqueta, que parecía un tridente y le daba aspecto de tritón. Mojado como estaba, y con tiras de algas marinas pegadas a la ropa, atravesó mi café, y sentándose fuera ante una mesita, pidió aguardiente de cerezas, licor que existe en mi despacho, pero que tiene muy poca demanda. Luego el monstruo, con gran cortesía, me invitó a compartir con él un vermouth antes de la cena, y entablamos conversación. Según parecía, había atravesado él mar desde Kent en un barquito, que se negoció privadamente, por no sé qué curiosa fantasía que le había entrado de

cruzarlo al punto, con rumbo al oriente, sin esperar barco oficial. Explicó algo vagamente que andaba buscando una casa. Cuando yo, como era natural, le pregunté dónde estaba esa casa que buscaba, me contestó que no sabía: estaba en una isla, y situada hacia el este; o, como expresó, con ademán, confuso y al mismo tiempo impaciente^ por allá.

Yo le pregunté que cómo, si no había visto nunca el sitio, lo conocería al verlo. Aquí cesó de repente de ser vago y se volvió minucioso hasta el punto de alarmarme. Hizo una descripción de la casa con detalles propios de un rematador. Yo he olvidado casi todos esos detalles, excepto los dos últimos, a saber: que el farol de la calle estaba pintado de verde, y que en

la esquina había un buzón colorado.

—¡Un buzón colorado! —exclamé con asombro—. ¡Pites él paraje tiene que estar en Inglaterra!

—Me había olvidado —dijo, asintiendo con la cabeza repetidamente —, ese es él nombre de la isla.

—Pero, nom du nom —exclamé fastidiado—, ¡usted acaba de llegar de Inglaterra, hijo!

—Ellos decían que era Inglaterra —dijo mi imbécil, con aire de misterio—. Decían que era Kent. Pero esos hombres de Kent son tan mentirosos que no puede creer nada de lo que dicen.

—Monsieur —dije—, usted me perdonará. Soy una persona entrada en años, y las fumisteries de los jóvenes escapan a mi penetración. Me rijo por

él sentido común, o, cuando más, por aquella extensión del sentido común aplicado que se llama ciencia.

—¡Ciencia! —exclamó el forastero—. Hay una sola cosa buena descubierta por la ciencia, una cosa buena, una buena nueva de gran alegría: la redondez del mundo.

—Quiero decir —repuso él— que dar toda la vuelta al mundo es el camino más corto para llegar a donde uno ya se encuentra.

—¿No será más corto todavía quedarse donde uno está?

—¡No, no, no! —exclamó con énfasis—. Ese camino es muy largo y muy cansador. Al fin del mundo, allá detrás de la alborada, encontraré a la mujer con quien me casé de veras, y la casa que de veras es mía. Y esa casa

tendrá un farol más verde y un buzón más colorado. Y usted —preguntó con repentina intensidad—, ¿usted nunca siente ganas de disparar de su casa para encontrarla?

—No, me parece que no —repuse—; la razón enseña a un hombre desde el principio a adaptar sus deseos a la probable oferta de la vida. Yo me quedo aquí, satisfecho de realizar la vida del hombre. Todos mis intereses están aquí, y la mayoría de mis amigos, y...

—Y sin embargo —gritó, incorporándose cuan largo era, y lo era hasta un punto casi terrorífico—, y sin embargo ¡usted hizo la Revolución Francesa!

—Perdón —le dije—. Tan entrado en años no soy. Algún pariente, quizás.

—¡Quiero decir que la hicieron los

del tipo de usted! —exclamó el personaje—. Sí, los de su malhalado tipo pulido, reposado, sensato, hicieron la Revolución Francesa. ¡Ah, ya sé que algunos dicen que no sirvió para nada, y que ustedes están exactamente donde estaban antes! ¡Pues qué embromar! ahí es donde queremos estar todos: de regreso a donde estábamos. Revolución es eso: dar la vuelta entera. Toda revolución, como todo arrepentimiento, es una vuelta.

Estaba tan alborotado, que yo esperé a que se hubiese sentado de nuevo y luego dije alguna cosa indiferente y sedante; pero él pegó con el puño colosal en la mesita exigua y siguió hablando:

—Yo voy a tener una revolución mía, no una Revolución Francesa, sino

una Revolución Inglesa. Dios ha dado a cada tribu su propio tipo de rebelión. Los franceses marchan contra la ciudadela de la urbe, todos unidos; el inglés marcha a los suburbios, y solo. Pero yo voy a invertir el globo también. Yo mismo me voy a colocar al revés. Voy a caminar al revés en la maldita tierra patas para arriba de los antípodas, donde los hombres y los árboles cuelgan con la cabeza para abajo en el cielo. Pero mi revolución, como la de ustedes, como la de la tierra, va a terminar en el lugar santo y feliz, el lugar celestial e increíble: el lugar en que estábamos antes.

Con esas consideraciones que difícilmente concuerdan con la sana razón, saltó de su asiento y se alejó a grandes trancos en el crepúsculo,

balanceando su palo, y dejando sobre la mesa un pago excesivo, que era también indicio de algún desequilibrio mental. Esto es todo lo que sé del episodio del hombre desembarcado de la lancha pescadora, y espero que podrá ser de utilidad a la justicia. Señor: la seguridad de la altísima consideración, con la cual se honra en quedar a sus órdenes su atento servidor.

Jules Durobin.

—El documento que en nuestro expediente viene a continuación — prosiguió Inglewood—, proviene de la ciudad de Crazok, en las llanuras centrales de Rusia, y reza así:

Señor: —Mi nombre es Paul Nikolaiovitch. Soy jefe de estación, en la estación cercana a Crazok. Por ahí pasan los grandes trenes que cruzan las llanuras, llevando pasajeros a la China, pero muy pocas personas bajan a la plataforma donde a mí me toca hacer guardia. Esto hace un tanto solitaria mi vida y me obliga a concentrarme mucho sobre los libros que poseo. Pero no los puedo comentar mucho con mis vecinos, porque la ilustración no ha cundido tanto en esta parte de Rusia como en otras. Muchos de los paisanos de los alrededores no han oído hablar nunca de Bernard Shaw.

Yo soy liberal, y hago lo que puedo por difundir ideas liberales; pero, desde el fracaso de la revolución, esto se ha hecho más difícil todavía que antes. Los

revolucionarios cometieron muchos actos opuestos a los principios de humanitarismo, de los cuales, en verdad, debido a la escasez de libros, tenían poco conocimiento. Yo no aprobé esos actos de crueldad, aunque provocados por la tiranía de los gobiernos; pero existe ahora una tendencia a echar en cara a los intelectuales el recuerdo de aquellos sucesos. Es esta una gran desgracia para los intelectuales.

En los días en que la huelga de ferrocarriles estaba por terminarse, y unos pocos trenes circulaban con grandes intervalos, estaba yo observando un tren que acababa de entrar. Sólo una persona salió del tren, allá lejos, por el extremo más distante, porque era un tren muy largo. Era al anochecer y el cielo estaba frío y

verdoso. Había caído un poco de nieve, pero no en suficiente cantidad para blanquear la llanura, que extendía su triste color violáceo en todas direcciones, salvo donde las superficies chatas de algunas lejanas mesetas reflejaban, como lagos, la luz vespertina. A medida que el hombre solitario vino taqueando por la liviana capa de nieve al lado del tren, se iba agrandando cada vez más. Me pareció que jamás había visto un hombre tan alto. Pero creo que daba la impresión de mayor estatura de la que en realidad tenía, por ser muy ancho de hombros y de cabeza relativamente chica. Le caía de los hombros una vieja chaqueta harapienta a rayas color rojo opaco y blanco sucio, muy delgada para el invierno, y una mano descansaba sobre

un enorme palo por el estilo del que usan los campesinos para arrancar hierbas y quemarlas.

Antes de que hubiera recorrido todo el espacio que el tren ocupaba, se halló enredado en uno de esos pelotones de alborotadores que constituían las cenizas, por decirlo así, de la extinta revolución, aunque los excesos provenían principalmente de parte del gobierno. En el momento en que me acercaba a auxiliarlo, empuñó él su rastrillo y la emprendió con los del pelotón, a diestra y siniestra, con tal energía, que pudo pasar ileso entre ellos y caminar directamente hacia mí a grandes pasos, dejándolos atontados y verdaderamente atónitos.

Sin embargo, cuando llegó a mí, después de tan abrupta, manifestación

de su intento, lo único que atinó a decir, en francés, y en tono algo irresoluto, fue que le hacía falta una casa.

—No hay muchas casas disponibles por aquí —contesté en el mismo idioma—. La zona ha sido muy azotada. Como usted sabrá, acaba de sofocarse una revolución. Cualquier otro edificio...

—¡No, no quiero decir eso! —exclamó quiero decir una casa verdadera, una casa viva. Realmente, se trata de una casa viva, porque se me escapa.

Me avergüenza el confesar que algo en su habla o en su gesto me conmovió profundamente. Nosotros los rusos nos criamos en un ambiente de folklore, y sus desgraciados efectos pueden verse todavía en los vivos colores de las muñecas infantiles y de los iconos. Por

un instante, la idea de una casa escapándosele a un hombre me dio placer, porque el entendimiento humano es lento en sus concepciones.

—¿No tiene usted otra casa de su propiedad? —pregunté.

—La dejé —contestó con mucha tristeza—. No es que la casa se volviera insípida, sino que yo me volví insípido en ella. Mi mujer era, de todas las mujeres, la mejor; y sin embargo, ya no era para mí una realidad sensible.

—Y entonces —dije yo con compasión— usted salió derecho por la puerta de calle como una Nora masculina.

—¿Nora? —preguntó cortésmente, suponiendo, al parecer, que se trataba de alguna palabra rusa.

—Me refiero a Nora en Casa de

Muñecas^[28] —repuse.

Al oír esto pareció muy asombrado, y conocí que era inglés; porque los ingleses siempre creen que los rusos no estudian sino ukases.

¡Una Casa de Muñecas! —exclamó con vehemencia—, pues ahí justamente es donde Ibsen se equivocó tanto. Porque, precisamente todo él fin de una casa es ser casa de muñeca. ¿No recuerda usted cómo, cuando era chico, esas ventanitas eran ventanas, mientras que las ventanas grandes no lo eran? Un niño tiene una casa de muñeca y da alaridos cuando una puerta de calle se abre para adentro. Un banquero tiene una casa verdadera, y no profiere ni más leve grito cuando sus verdaderas puertas de calle se abren para adentro.

Alguna reminiscencia del folklore

de mi infancia me mantenía todavía tontamente callado; y, antes de que pudiera hablar, el inglés se había inclinado sobre mí y me decía en una especie de fuerte susurro: —Yo he descubierto la manera de hacer pequeña una cosa grande. He inventado el modo de convertir una casa en una casa de muñeca. Aléjese mucho de ella. Dios nos permite convertir en juguetes todas nuestras cosas, por su gran don de la distancia. Déjeme ver una vez mi vieja casa de ladrillo, destacándose pequeñita en el horizonte, y querré volver a ella. Veré el cómico farolito de juguete pintado de verde cerca del portón, y a todas las personitas queridas cual muñecas mirando las ventanas. Porque las ventanas se abren de veras en mi casa de muñeca.

—Pero ¿por qué —le pregunté— querría usted volver a esa, determinada casa de muñeca? Habiendo usted, como Nora, dado el paso audaz contra las convenciones sociales, habiendo usted perdido su reputación convencional, habiéndose usted animado a ser libre, ¿por qué no sacar provecho de su libertad? Ya lo indican los más grandes escritores modernos: lo que usted llamaba su matrimonio no era más que un capricho pasajero. Usted tiene derecho a dejarlo olvidado, como deja por ahí los recortes de su cabello o de sus uñas. Una vez que ha escapado, tiene usted el mundo por delante.

—Aunque parezca extraño, es usted libre en Rusia.

Estaba sentado y su mirada soñadora descansaba sobre los oscuros círculos

de las llanuras donde lo único que se movía era la larga y laboriosa estela de humo que la locomotora lanzaba, de color violeta, de forma volcánica, la única nube cálida y pesada en aquel frío y claro anochecer verde pálido.

—Sí —dijo con un enorme suspiro—. Soy libre en Rusia. Usted tiene razón. Yo podría efectivamente entrar en aquella ciudad y experimentar el amor de nuevo desde el principio, y casarme tal vez con alguna mujer hermosísima, y empezar otra vez, y nadie me podría encontrar. Sí, por cierto, usted me ha convencido de una cosa.

Su tono de voz era tan curioso y tan místico, que me sentí impelido a preguntarle qué quería decir, y de qué cosa precisamente lo había yo

convencido.

—Usted me ha convencido —dijo, con la misma soñadora mirada— de la razón por la cual es realmente delictuoso y peligroso para un hombre escaparse de su mujer.

—Y ¿por qué es peligroso? —pregunté.

—Pues, porque nadie lo puede encontrar —contestó este extraño personaje—, y todos queremos que nos encuentren.

—Los pensadores modernos más originales —observé yo—, Ibsen, Gorki, Nietzsche, Shaw, todos dirían más bien que lo que más deseamos es que nos pierdan de vista: hallarnos en caminos vírgenes y hacer cosas sin precedentes; romper con el pasado y pertenecer al porvenir.

Él se incorporó del todo con cierta somnolencia y paseó la vista sobre una escena, lo confieso, algo desolada: las llanuras color violeta oscuro, la vía del tren mal cuidada, los varios grupos andrajosos de descontentos.

—Aquí no voy a encontrar la casa —dijo—; está más hacia oriente todavía, más y más hacia oriente.

Luego se volvió hacia mí con algo que se asemejaba al furor y golpeó la tierra helada con la base de su palo.

—Y si vuelvo a mi país —exclamó—, es posible que me encierren en un manicomio antes de que llegue a mi propia casa. Yo he sido en mi tiempo un poco convencional. ¿Acaso no estuvo Nietzsche en una fila de atacadores en aquel viejo y estúpido ejército prusiano? ¿Y acaso Shaw no bebe

brebajes de templanza en los suburbios?; pero las cosas que hago yo no tienen precedente; el camino circular que voy pisando es virgen. Creo positivamente en los estallidos; soy revolucionista. Pero ¿no ve usted que todos esos verdaderos saltos y destrucciones, y desenfrenos, no son más que esfuerzos por volver al Edén, a algo que ya hemos tenido, a algo por lo menos que hemos oído mentar? ¿No ve usted que se rompe el cerco y se disparan tiros a la luna con el sólo fin de volver a casa?

—No —le contesté, después de la debida reflexión—. No creo que pueda aceptar ese modo de encarar las cosas.

—¿A qué se refiere? —pregunté—. ¿Qué le he explicado?

—El porqué del fracaso de su

revolución —dijo—; y dirigiéndose hacia el tren en forma completamente repentina, se introdujo en vi cuando empezaba ya a alejarse echando bocanadas de vapor. Y yo vi desaparecer el largo serpentear del convoy a través de las llanuras que la noche iba envolviendo.

No lo vi más. Pero, aunque su modo de ver era opuesto al de los pensadores más avanzados, me impresionó como persona interesante: quisiera saber si no ha producido obras literarias. Suyo, etc.

Paul Nikolaiovitch.

Había algo en esas curiosas vislumbres de vidas extranjeras que mantenía al absurdo tribunal más tranquilo que hasta entonces, y, sin

interrupción, abrió Inglewood otro documento de su pila. —La Corte disculpará —dijo— que la próxima carta carezca de las formalidades propias de nuestro estilo epistolar. Bastante ceremoniosa es, a su manera.

Los Principios Celestes son permanentes: Saludos. Yo soy Wong-Hi, y cuido del templo de todos los antepasados de mi familia en la selva de Fu. El hombre que penetró por el cielo y vino a mí dijo que debía ser ocupación muy aburrida, pero yo le demostré el error de su pensamiento. Efectivamente, estoy en un solo lugar, porque mi tío me trajo aquí cuando yo era niño, y aquí sin duda moriré. Pero si

un hombre permanece en un mismo sitio, verá cambiar aquel sitio. La pagoda de mi templo se eleva silenciosamente por entre todos los árboles, como una pagoda amarilla sobre muchas pagodas verdes. Pero los cielos están a veces azules como porcelana y a veces verdes como jade y a veces rojos como granate. Pero la noche es siempre ébano y vuelve siempre, dijo el Emperador Ho.

El hombre que se abrió paso por el cielo vino una tarde, muy repentinamente, porque yo casi no había percibido movimiento alguno en las copas de los árboles verdes sobre los cuales oteo, tal como sobre un mar, cuando subo a la cúspide del templo por la mañana. Y, sin embargo, cuando llegó fue como si un elefante se hubiese

extraviado de los ejércitos de los grandes reyes de la India. Porque se quebraron palmas y se rompieron bambúes, y a la luz del sol delante del templo apareció uno más alto que los hijos de los hombres.

Tiras de rojo y blanco pendían de él, como cintas de un carnaval, y llevaba en la mano una vara rematando en una fila de dientes que semejaban dientes de dragón. Su rostro era blanco y descompuesto, a la manera de los extranjeros, que parecen muertos llenos de demonios; y hablaba nuestra habla fragmentariamente.

Él me dijo: —Esto es tan sólo un templo; yo estoy buscando una casa—. Y luego me contó, con prisa indelicada, que la lámpara a la entrada de su casa era verde, y que en un ángulo había un

pilar rojo.

—Yo no he visto tu casa ni la casa de nadie —contesté—. Yo vivo en este templo y sirvo a los dioses.

—¿Crees tú en los dioses? —preguntó él, con hambre en los ojos como el hambre de los perros. Y esa me pareció una pregunta extraña, pues ¿qué han de hacer los hombres sino lo mismo que han hecho los hombres?

—Señor mío —dije—, bueno es, forzosamente, que los hombres levanten las almas, aunque los cielos estén vacíos. Porque si hay dioses, quedarán contentos, y, si no los hay, entonces no hay nadie que quede descontento. A veces los cielos son de oro y a veces de púrpura y a veces de ébano, pero los árboles y el templo están fijos debajo de todos los cielos. Así, el gran

Confucio nos enseñó que, si hacemos siempre las mismas cosas con las manos y con los pies, como hacen sabiamente las bestias y los pájaros, podemos con la cabeza pensar muchas cosas: sí, señor mío, y dudar de muchas cosas. Con tal que los hombres ofrezcan arroz en la debida estación, y enciendan lámparas a la debida hora, poco importa que existan o no los dioses. Porque esas cosas no tienden a apaciguar a los dioses, sino a apaciguar a los hombres.

Se acercó más a mí, de modo que pareció colosal; pero su mirada era muy suave.

—Rompe tu templo —dijo— y tus dioses quedarán libres.

Y yo, sonriendo ante su simplicidad, contesté: —Y así, si no hubiere dioses,

a mí no me quedaría más que un templo roto.

Y ante eso el gigante, a quien la luz de la razón le había sido negada, extendió sus poderosos brazos y me pidió perdón. Y cuando yo le pregunté por qué había que perdonarlo, repuso: —Por tener razón.

—Tus ídolos y tus emperadores son tan viejos y tan sabios, e inspiran tanta satisfacción —exclamó— que es una pena estén errados. Nosotros somos tan vulgares y violentos, hemos cometido tales iniquidades, que es una vergüenza que tengamos razón, al fin de cuentas.

Y yo, tolerando todavía su inofensividad, le pregunté por qué creía que él y su pueblo tenían razón.

Y me contestó: —Tenemos razón, porque estamos atados en aquello en

que los hombres deben estar atados, y libres en aquello en que los hombres deben ser libres. Tenemos razón, porque dudamos, y destruimos leyes y costumbres, pero no dudamos de nuestro derecho a destruirlas. Porque vosotros vivís de acuerdo con costumbres, para nosotros con creencias. ¡Mírame! En mi país me llamo Smith. Mi país está abandonado, mi nombre manchado, porque a través del mundo persigo aquello que me pertenece en realidad. Tú eres firme como los árboles, porque no crees. Yo soy cambiante como la tempestad, porque creo. Creo positivamente en mi propia casa, la cual he de encontrar de nuevo. Y al final de todo permanecen en pie la linterna verde y el pilar rojo.

Yo le dije: —Al final sólo la

sabiduría permanece.

Pero al decir yo la palabra, prorrumpió él en un grito horrible y, precipitándose hacia adelante desapareció entre los árboles. No he vuelto a ver a aquel hombre ni a hombre alguno. Las virtudes de los sabios son de fino bronce.

Wong-Hi.

—La próxima carta que he de leer —prosiguió Arturo Inglewood— probablemente pondrá en claro la naturaleza del experimento inocente, aunque original, de nuestro cliente. Está fechada en una aldea de las montañas de California, y reza así:

Señor: —Una persona que responde a la descripción algo extraordinaria que usted me envía, cruzó ciertamente hace un tiempo el paso más alto de las Sierras en donde yo vivo y donde soy, probablemente, el único habitante estable. Tengo una taberna rudimentaria, algo más tosca que un rancho, en la misma cumbre de este paso especialmente escarpado y peligroso. Mi nombre es Louis Hara, y el nombre mismo ha de intrigar a usted en cuanto a mi nacionalidad. Lo que es a mí, me intriga bastante. Cuando uno ha vivido quince años alejado de toda sociedad, es difícil tener patriotismo; y donde ni siquiera existe un villorrio, es difícil inventar una nación. Mi padre era un irlandés de los más fieros, de los más francotiradores del viejo tipo

californiano. Mi madre era española, orgullosa de descender de las antiguas familias españolas de los alrededores de San Francisco, pero aun así acusada de tener alguna mezcla de sangre piel roja. Yo fui educado bien y me aficioné a la música y a los libros. Pero, como muchos otros híbridos, era demasiado malo, o demasiado bueno, para el mundo; y, después de intentar muchas cosas, me contenté con ganarme un pasar suficiente, pero solitario, en esta pequeña hostería en las montañas. Por mi soledad caí en muchas de las modalidades de los salvajes. Como un esquimal, era informe en invierno; como un piel roja, usaba en los cálidos veranos un pantalón de cuero solamente, con un gran sombrero de paja del tamaño de una sombrilla, para

defenderme del sol. Llevaba cuchillo al cinto y un fusil largo debajo del brazo; y me imagino que produciría una impresión bastante salvaje sobre los pacíficos viajantes que trepaban hasta mi guarida. Pero le doy mi palabra de que jamás he tenido la facha de loco que traía aquel hombre. Comparado con él, yo era la Quinta Avenida.

Supongo que el vivir bajo las cumbres mismas de las sierras ejerce sobre mi mentalidad un efecto curioso; uno tiende a considerar aquellas rocas solitarias, no ya picos que acaban en punta, sino más bien columnas que sostienen el cielo mismo. Peñascos rectos se elevan y se escarpan a alturas que exceden las esperanzas de las águilas; peñascos tan altos que parecen atraer las estrellas y juntarlas como las

peñas del mar juntan un brillo de fosforescencia. Estas terrazas y torres de roca no parecen, como sucede con las crestas más chicas, el fin del universo. Parecen ser más bien su imponente comienzo, sus formidables cimientos. Casi podríamos imaginarnos a la montaña abriéndose en ramas sobre nosotros a la manera de un árbol de piedra, y sosteniendo como un candelabro todas aquellas luces cósmicas. Porque en la misma proporción en que los picos se nos escapaban, remontándose inverosímilmente lejos, las estrellas, a su vez, nos invadían, (al parecer), llegándose inverosímilmente cerca. Las esferas estallaban a nuestro alrededor, más como truenos lanzados a la tierra que planetas circulando plácidamente en

torno.

Todo esto puede haberme enloquecido; no estoy seguro. Sé que existe un ángulo del camino, allá por el paso, donde la roca se recuesta un poco hacia afuera y, en las noches de viento, me parece oírla chocar en lo alto con otras rocas. Sí, ciudad contra ciudad, y ciudadela contra ciudadela, hasta las lejanas honduras de la noche. En un anochecer de esos, precisamente, el hombre extraño subió trabajosamente por el paso. Por lo general, sólo hombres extraños subían por el paso. Pero jamás hasta entonces había visto tipo alguno como ese.

Llevaba (no puedo concebir por qué) un largo y maltrecho rastrillo de jardín, todo barbado y manchado de hierbas, de modo que parecía la insignia

de alguna antigua tribu bárbara. El pelo, tan largo y tupido como la hierba, le colgaba más abajo de los enormes hombros; y la poca ropa que de su cuerpo pendía eran harapos y lenguas rojas y amarillas, de modo que parecía un indio vestido de plumas u hojas otoñales.

El rastrillo u horqueta, o lo que fuera, le servía a veces de bastón alpino, a veces, (según me informó), de arma. No sé por qué había de usarlo como arma, porque tenía (y más tarde me lo mostró) un excelente revólver de seis tiros en el bolsillo. Pero eso —dijo— no lo uso sino para fines pacíficos. No tengo noción de lo que quería decir.

Se sentó en el rústico banco a la entrada de mi hostería, y bebió un poco de vino de los viñedos de abajo,

suspirando extáticamente sobre él como uno que hubiese viajado mucho entre cosas extrañas y crueles, y por fin hubiese hallado algo que conocía. Luego quedó mirando fijo y un poco tontamente, la ruda linterna de plomo y vidrios de colores que cuelga sobre mi puerta. Es antigua, pero no tiene ningún valor; me la regaló hace mucho mi abuela: ella era devota, y el vidrio casualmente tiene, pintada en colores crudos, la figura de Belén, los Magos y la Estrella. Parecía de tal manera hipnotizado por el brillo transparente de la túnica azul de la Virgen, y de la gran estrella dorada al fondo, que me arrastró a mí también a contemplar la cosa, por primera vez en catorce años.

Luego apartó de ella lentamente los ojos y miró hacia afuera, hacia el este}

allí donde el camino desaparecía debajo de nosotros. El cielo del poniente era una bóveda de rico tono violeta, esfumándose en malva y plata en torno a los bordes de la oscura atmósfera montañosa; y entre nosotros y el abismo de abajo surgía de las profundidades, y se elevaba a las alturas, la solitaria roca recta que llamamos Dedo Verde. De un color raro, volcánico, toda arrugada por lo que parecía escritura indescifrable, se erguía ahí como una columna o aguja babilónica.

El hombre extendió silenciosamente su rastrillo en esa dirección, y, antes de que hablara, comprendí qué quería decir. Más allá de la roca verde, en el cielo violeta, pendía una estrella única.

—Una estrella en oriente —dijo con voz extraña y ronca, como la de una de nuestras viejas águilas—. Los sabios siguieron la estrella y encontraron la casa. Pero, si yo siguiera la estrella, ¿encontraría la casa?

—Depende —le dije sonriendo—. Habría que saber si usted es o no es un sabio. —Me abstuve de decir que por cierto no lo parecía.

—Usted podrá juzgarlo —contestó—. Yo soy un hombre que se fue de su casa, porque ya no podía aguantar más el estar alejado de ella.

—Sin duda parece una paradoja —dije.

—Oía conversar a mi mujer y a mis hijos, y los veía moverse por el cuarto —continuó—, y todo el tiempo sabía que estaban caminando y hablando en

otra casa a miles de leguas, bajo la luz de otros cielos, y más allá de la serie de los mares. Los amaba con un amor devorador, porque parecían no sólo distantes sino inaccesibles. Jamás seres humanos parecieron más amados y más deseables: pero yo parecía un fantasma frío. Los quería intolerablemente; por lo tanto, sacudí su polvo de mis sandalias en testimonio. Más aún. Hollé bajo mis plantas al mundo, hasta que dio una vuelta entera como un molino de pie.

—¿Quiere usted decir de veras — exclamé— que ha llegado aquí dando toda la vuelta al mundo? Su acento es inglés, pero llega del oeste.

—Mi peregrinación no ha terminado aún —repuso tristemente—. Me he hecho peregrino para curarme de estar

desterrado.

Un no sé qué en la palabra peregrino despertó, allá en las raíces de mi ruinosa experiencia, recuerdos de lo que mis padres habían sentido respecto al mundo, y de algo de donde yo mismo procedía. Fijé los ojos en la decorada linterna que no había mirado durante catorce años.

—Mi abuela —insinué en voz baja — hubiera dicho que todos estamos desterrados, y que ninguna casa terrena puede curar la santa nostalgia de la casa eterna que nos prohíbe descansar.

Él guardó silencio largo rato, y observó a un águila aislada que se deslizaba por los aires más allá del Dedo Verde, hacia el vacío cada vez más oscuro.

Entonces dijo: —Yo creo que su

abuela estaba en la verdad —y quedó de pie, apoyado en su barbado báculo—. Creo que esa debe de ser la explicación —dijo—, el secreto de esta vida del hombre, tan extática y tan inquieta. Pero creo que se puede decir más. Creo que Dios nos ha dado el amor a lugares determinados, al hogar y a la patria, por una buena razón.

—Supongo que sí —dije—. ¿Qué razón?

—Porque, de otro modo —repuso, y señaló con su palo el cielo y el abismo—, podríamos adorar eso.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—La eternidad —contestó con voz dura—, él mayor de los ídolos, el más poderoso rival de Dios.

—Usted se refiere al panteísmo y ala infinitud y qué sé yo qué —sugerí.

—Quiero decir —explicó con creciente vehemencia— que, si ha de haber para mí una casa en el Cielo, tendrá o un farol verde y un cerco, o algo tan absolutamente positivo y personal como un farol verde y un cerco. Quiero decir que Dios me mandó amar y servir un lugar, y hacer, en alabanza del mismo, toda clase de cosas, aunque fuesen locuras, para que ese único lugar diese testimonio en contra de todas las infinitudes y sofisterías de que el Paraíso está en alguna parte y no en cualquier parte; de que es algo, no cualquier cosa. Y no me sorprendería mucho que la casa del Cielo realmente tuviese, después de todo, un farol verde.

Con esto se echó al hombro el palo, se lanzó a grandes pasos por los

arriesgados senderos hacia abajo y me dejó solo con las águilas. Pero, desde que se fue, una fiebre de desamparo suele sacudirme. Me preocupan campos lluviosos y chozas de barro que jamás he visto; y me pongo a pensar si ha de perdurar América. Lo saluda atentamente.

Louis Hara.

Después de un breve silencio, Inglewood dijo:

—Y, como testimonio final, queremos aducir el siguiente documento.

El objeto de la presente es hacerle saber que yo soy Ruth Davis y que estoy sirviendo a la señora de Smith en Los Laureles, en Croydon, desde hace seis

meses. Cuando yo vine, la señora estaba sola con dos niños; no era viuda, pero su esposo estaba ausente. Le había dejado mucho dinero, y ella no parecía inquietarse por él, aunque a menudo decía que ojalá volviese pronto. Decía que era medio excéntrico, y que un poco de cambio le haría bien. Una tarde, la semana pasada, llevaba yo la bandeja con el té al jardín, cuando casi tiré todo. La punta de un rastrillo largo se plantó de repente sobre el cerco apoyado en él a manera de garrocha para saltarle; y, por encima del cerco, exactamente como un mono en un palo, apareció un hombre enorme y horrible, todo peludo y andrajoso como Robinson Crusoe. Yo di un alarido, pero mi patrona ni siquiera se levantó de la silla sino que sonrió, y dijo que le hacía falta

afeitarse. Él entonces se sentó tranquilamente a la mesa del jardín, tomó una taza de té, y entonces me di cuenta de que éste sería el mismo señor Smith. Desde entonces se ha quedado siempre aquí, y, en realidad, no da mucho trabajo, aunque a veces se me ocurre que sufre de debilidad mental.

Ruth Davis.

P. S. —Me olvidé de contar que paseó la vista por el jardín y dijo muy fuerte: ¡Ah, qué sitio tan precioso!; exactamente como si no lo hubiese visto nunca”

La habitación se había oscurecido e invitaba al sueño; el sol de la tarde la cruzó con un pesado dardo de oro en polvo, que cayó con intangible

solemnidad sobre el asiento vacío de Mary Gray, pues las mujeres más jóvenes se habían retirado de la Corte, antes de la última parte de la investigación. La señora Duke seguía durmiendo, e Innocent Smith, que, a la luz del crepúsculo parecía un enorme jorobado, se inclinaba cada vez más sobre sus juguetes de papel. Pero los cinco hombres realmente comprometidos en la controversia, interesados, no en convencer al tribunal, sino en convencerse a sí mismos, seguían sentados alrededor de la mesa como si fuesen la Comisión de Seguridad Pública.

De repente Moses Gould chocó con estrépito un gran libro científico sobre otro, alzó las rodillas apoyando las cortas piernas contra la mesa, hamacó para atrás la silla hasta quedar en peligro directo de irse de espaldas, emitió un repentino silbido prolongado como una locomotora, y afirmó que él tenía ojos.

Al ser requerido por Michael Moon a que expusiese la relación de sus ojos con el caso, se echó de nuevo para adelante, detrás de sus libros, y accedió con gran excitación, desparramando sus papeles:

—¡Todos esos cuentos de hadas que

nos han estado leyendo! —dijo—. ¡Ah, no me hable! Yo no soy literario ni nada de eso, pero tengo ojos para ver y oídos para oír, y conozco un cuento de hadas cuando los oigo. Yo me perdí un poco en algunas de sus tiradas filosóficas, y casi me salí a tomar un brandy con soda. Pero vivimos en el barrio de West Hampstead y no en el infierno. Y, en resumidas cuentas: hay cosas que suceden y cosas que no suceden.

Y esas son las cosas que no suceden.

—Yo creía —dijo Moon con gravedad— que habíamos explicado en forma completamente clara...

—Sí, sí, viejo, usted explicó en

forma completamente clara —asintió el señor Gould con extraordinaria verbosidad—. Usted explicaría la presencia de un elefante en la puerta de calle, la explicaría negándola. Yo no soy tipo inteligente como usted; pero no me chupo el dedo, Michael Moon, y cuando yo veo un elefante en la puerta de calle, yo no admito explicaciones. Tiene trompa, le digo yo. Las bandas de música con sus trompas sonoras alegran el barrio, me dice usted. Pero es que el maldito bicho tiene colmillos, le digo yo. A caballo regalado no se le mira el diente, me dice usted, y a la bondad y a la gracia bendigo una vez y mil. Pero es

casi más grande que la casa, le digo yo. Esos son los fenómenos de la perspectiva, me dice usted, y la sagrada magia de la distancia. —¡Pero si el elefante está trompeteando como la trompeta del Juicio Final!, le digo yo—. Esa es la voz de su propia conciencia que le habla, me dice usted en tono grave y tierno. Ahora bien, yo tengo conciencia, tanta como cualquiera de ustedes. Yo no creo la mayoría de las cosas que les cuentan a ustedes los domingos en la iglesia: y estas cosas de ahora tampoco las creo, porque les ha dado a ustedes por tomarlas como si las leyeran en la iglesia. Yo creo que un

elefante es una gran bestia enorme, fea y peligrosa, y creo que Smith lo es también.

—¿Quiere usted decir —preguntó Inglewood— que duda todavía de las pruebas de inculpabilidad que hemos aducido?

—Sí, dudo aún de ellas —dijo Gould con ardor—. Todas están demasiado traídas por los pelos y algunas de demasiado lejos. ¿Cómo podemos comprobar esas patrañas? ¿Cómo podemos caer un buen día a comprar una guía de trenes en la estación de Kosky Wosky, o qué sé yo? ¿Cómo podemos ir a echar un traguito a

ese salón bar en la cumbre de las montañas de California? Pero cualquiera puede ir a ver la pensión de Bunting en Worthing.

Moon lo miró con expresión de sorpresa, real o afectada.

—Cualquiera —continuó Gould— puede visitar al Sr. Trip.

—Es confortante saberlo —replicó Michael con tono medido—, pero ¿por qué razón ha de ir uno a visitar al señor Trip?

—Por la misma razón exactamente —exclamó el excitado Moses, golpeando la mesa con ambos puños—, por la misma razón exactamente que

hace que uno se comuniqué con los señores Hanbury y Bootle de Paternóster Row, y con la Academia Selecta de la señorita Gridley en Hendon, y con esa vieja Lady Bullingdon, que vive en Penge.

—Insisto, yendo de inmediato a las raíces morales de la vida, —dijo Michael— ¿por qué está comprendido entre los deberes del hombre el comunicarse con la anciana Lady Bullingdon que vive en Penge?

—No es un deber del hombre —dijo Gould—, ni tampoco un placer, se lo puedo asegurar. No son pocos los humos que tiene esa Lady Bullingdon de Penge,

le aseguro. Pero es un deber del fiscal que examina la inocente e intachable carrera de mariposa de su amigo Smith; y lo mismo respecto a las otras personas que nombré.

—Pero ¿por qué sacar aquí a toda esa gente? —preguntó Inglewood.

—¿Por qué?: Porque tenemos pruebas suficientes para hundir un transatlántico —rugió Moses—; porque tengo los documentos en la mano; porque su precioso Innocent es un sinvergüenza y un violador de domicilios, y esos son los domicilios que ha violado. Yo no hago profesión de santo; pero por nada querría tener sobre

la conciencia a todas esas pobres muchachas. Y creo que un tipo que es capaz de abandonarlas a todas, y quizá matarlas a todas, es más o menos capaz de asaltar una casa o de dispararle un tiro a un viejo maestro de escuela. Así que poco me importan las otras patrañas en un sentido o en otro.

—Creo —dijo el doctor Cyrus Pym, con una tosecita pulida—, que estamos entrando en esta materia de manera algo irregular. Esta es, en realidad, la cuarta acusación en la foja, y quizá convendría que yo lo presentara en forma ordenada y científica.

Sólo un débil gemido de Michael

rompió el silencio del recinto en que la noche iba entrando.

CAPÍTULO CUARTO: Los casamientos locos o la acusación de Poligamia

Un hombre moderno —dijo el doctor Cirus Pym— debe, si es reflexivo, abordar con cierta cautela el problema del matrimonio. El matrimonio es un jalón, indudablemente un jalón adecuado, en el largo avance de la humanidad hacia una meta que aún no

podemos concebir; que quizá no estamos siquiera en condiciones de poder desear. ¿Cuál es actualmente, señores, la posición ética del matrimonio? ¿Lo hemos arrinconado por vetusto? ¿Le hemos sobrevivido?

—¿Sobrevivido? —estalló Michael Moon—; ¡pues señor!, hasta ahora no ha existido nadie capaz de sobrevivirle. Recorra usted todas las personas casadas desde Adán y Eva: todas tan muertas como corderitos asados.

—Esta es sin duda una interrupción de carácter jocoso —dijo con tono frígido el doctor Pym—. Yo no sabría decir cuál es el juicio maduro, ético, que

se ha formado del matrimonio el señor Moon.

—Yo sí se lo sabría decir —dijo Moon rabiosamente desde la penumbra—. El matrimonio es un duelo a muerte, que ningún hombre de honor debe dejar de aceptar.

—Michael —dijo Arthur Inglewood en voz baja— usted tiene que callarse.

—El señor Moon —dijo Pym con exquisito buen humor— mira probablemente la institución de manera más anticuada. Probablemente querrá hacer de ella algo constreñido y uniforme. Trataría el divorcio de algún alma grande y de acero (el divorcio de

Julio César, por ejemplo, o de un Salt Ring Robinson) exactamente con el mismo criterio con que trataría el caso de algún insignificante vagabundo u obrero que deja plantada a su mujer. La ciencia tiene criterios más amplios y más humanitarios. Así como el asesinato para el hombre de ciencia es una sed de destrucción total, así como el robo para el hombre de ciencia es un hambre de adquisición monótona, también la poligamia para el hombre de ciencia es un desarrollo extremo del instinto de la variedad. Un hombre atacado de ese mal es incapaz de tener constancia. Sin duda existe una causa física para ese

mariposeo de flor en flor (como existe, sin duda también, para el intermitente gemir que parece en este momento atacar el señor Moon). Nuestro Winterbottom, menospreciador del mundo, ha llegado hasta atreverse a decir: *«Para cierto tipo físico raro y exquisito la libre poligamia no es sino consecuencia de la realización subjetiva de las variedades femeninas, así como la camaradería lo es de las variedades masculinas»*. Sea como fuere, el tipo que tiende a la variedad es reconocido por los investigadores autorizados. Ese tipo, si es viudo de una negra, se casará en segundas nupcias,

como se ha visto en muchos casos comprobados, con una albina; ese tipo, una vez libre de los gigantescos abrazos de una india de la Patagonia, evolucionará por su propio instinto imaginativo hacia la consoladora figura de una diminuta esquimal. A ese tipo pertenece, sin duda de ningún género, el detenido. Si el destino ciego y la tentación insoportable constituyen algún leve atenuante para un hombre, sin duda también, tiene él esos atenuantes.

—Hace un momento, en el curso de esta investigación, la defensa demostró poseer una idealidad realmente caballeresca, al admitir la mitad de

nuestra relación sin discusión ulterior. Quisiéramos, en reconocimiento y a imitación de un gesto tan eminentemente magnánimo, conceder también que la historia que narra el Cura Percy sobre la canoa, el dique y la joven esposa parece ser verídica en sustancia. En efecto, al parecer, Smith se casó realmente con una joven, a quien casi mató, atropellándola con un bote; sólo resta considerar si no hubiera sido un acto más bondadoso de su parte haberla asesinado, en vez de haberla desposado. En confirmación de este hecho, puedo ahora conceder a la defensa una constancia irrefutable de tal unión

matrimonial.

Al decir esto, alargó a Michael un recorte de la *Maidenhead Gazette* que en letras de molde daba noticia del enlace de la hija de un profesor de remo, muy conocido en la localidad, con el señor Innocent Smith, ex alumno del Colegio Brakespeare, de Cambridge.

Cuando el doctor Pym tomó de nuevo la palabra, vieron que su cara se había vuelto a la vez trágica y triunfante.

—Me detengo sobre este hecho preliminar —dijo seriamente— porque este solo hecho nos daría la victoria, en el caso que aspiráramos a victorias y no únicamente a aclarar la verdad. En lo

que al problema personal y doméstico se refiere, hasta donde nos interesa, dicho problema queda resuelto. El doctor Warner y yo hemos entrado a esta casa en un momento de dificultades en sumo grado emocionantes. Warner, de Inglaterra, ha entrado a muchas casas para salvar de la enfermedad a la especie humana; esta vez entró para salvar de una peste ambulante a una dama inocente. Smith estaba a punto de arrebatarse a una joven de esta casa; su coche y su valija ya estaban en la puerta. Le había dicho que ella esperaría la licencia para la boda en casa de una tía de él. Aquella tía —continuó Cyrus Pym,

al paso que su rostro se tornaba grandiosamente siniestro— aquella quimérica tía fue el fuego fatuo oscilante que a más de una doncella de alma noble arrastró fatalmente a su perdición. ¿En cuántos oídos virginales habrá susurrado él esa santa palabra? Cuando él dijo tía, ardió en ella toda la alegría y alta moralidad del hogar anglosajón. Empezó a oírse un dulce zumbido de agua hirviendo para el té, un runrún de gatitos regalones, en aquel mismo loco carruaje que conducía a la ruina.

Inglewood alzó los ojos y halló con asombro (como ha acontecido a muchos otros habitantes del hemisferio oriental)

que el norteamericano no sólo era perfectamente serio, sino realmente elocuente y conmovedor, una vez establecidas las diferencias de hemisferio.

—Queda, por lo tanto, la atroz evidencia de que el sujeto Smith por lo menos se ha presentado a una mujer inocente de esta casa como soltero elegible, siendo de hecho casado. Estoy de acuerdo con mi colega el señor Gould en que ningún otro crimen puede parangonarse con este. Ante la cuestión de si tiene o no efectivamente algún valor ético trascendental aquello que nuestros antepasados denominaron

«pureza», la ciencia titubea con alta y orgullosa indecisión. Pero ¿qué titubeo cabe respecto a la bajeza de un ciudadano que se aventura, por medio de brutales experimentos en mujeres vivas, a anticipar el veredicto de la ciencia sobre semejante punto?

—La mujer que el cura Percy menciona que vivía con Smith en Highbury podrá ser o no la misma dama con quien se casó en Maidenhead. En cuanto a la hipótesis de que un único breve y dulce encantamiento de constancia y reposo cordial llegara acaso a interrumpir el indómito torrente de su vida licenciosa, no lo privaremos

de esa posibilidad que ya pertenece al remoto pasado. Después de esa fecha conjetural, parece, por desgracia, haberse sumergido cada vez más hondo en los movedizos tembladerales de la infidelidad y de la ignominia.

El doctor Pym cerró los ojos, pero el hecho desafortunado de que ya no había luz privó a ese gesto familiar de su pleno y adecuado efecto moral. Después de una pausa que por poco participó del carácter de una plegaria, continuó;

—El primer ejemplo de los repetidos e irregulares desposorios del acusado —exclamó— proviene de Lady

Bullington, quien se expresa con la alta arrogancia que ha de disculparse en aquellos que miran a toda la humanidad desde las almenas de un ancestral torreón. El comunicado que ella nos envía reza así:

Lady Bullington recuerda el doloroso incidente a que se hace referencia, y no tiene el menor deseo de tratarlo en detalle. La muchacha Polly Green era una modista perfectamente competente y vivió en el pueblo más o menos dos años. Su estado de independencencia era perjudicial tanto para ella como para la moralidad general del pueblo. Lady Bullington, por lo tanto,

permitió dar a entender que ella favorecía el matrimonio de la joven. Los vecinos, deseando naturalmente complacer a Lady Bullingdon, se ofrecieron en varias ocasiones; y todo hubiera andado muy bien, de no haber sido por la deplorable excentricidad, o depravación, de la misma muchacha Green. Lady Bullingdon supone que, donde existe un pueblo, debe existir también el idiota del pueblo, y parece ser que en su pueblo existía uno de esos tipos miserables. Lady Bullingdon sólo lo vio una vez, y se da cuenta muy bien de que en realidad es difícil distinguir entre los positivamente idiotas y el

pesado, tipo corriente, de la clase baja rural. Notó, sin embargo, la impresionante pequeñez de su cabeza en comparación con todo el resto de su cuerpo; y, en verdad, el hecho de haber aparecido en día de elecciones ostentando la escarapela de los dos partidos opuestos le parece a Lady Bullingdon que no deja lugar a dudas al respecto. Lady Bullingdon supo con estupefacción que este desgraciado se había presentado también entre los pretendientes de la muchacha en cuestión. El sobrino de Lady Bullingdon entrevistó al miserable sobre el asunto, diciéndole que era un burro si creía

posible semejante cosa, y recibió positivamente, junto con una sonrisa imbécil, la respuesta de que a los burros le gusta mucho la zanahoria. Pero Lady Bullingdon no volvía de su asombro cuando descubrió que la infeliz muchacha se inclinaba a aceptar esa monstruosa proposición de matrimonio, aunque había sido pedida decididamente por Garth, el empresario fúnebre local, un hombre de posición muy superior a la de ella. Lady Bullingdon no podía, por supuesto, un solo instante aprobar semejante cosa, y los dos desgraciados se escaparon para efectuar un matrimonio clandestino. Lady

Bullington no puede recordar con precisión el nombre del sujeto, pero cree que era Smith. Siempre le decían el Inocente en el pueblo. Lady Bullington cree que, un tiempo después, él asesinó a la Green en un arrebato de locura.

—La comunicación que sigue — prosiguió Pym— es más notable por su brevedad, pero soy de opinión de que expresa adecuadamente lo que se propone. Está fechada en las oficinas de los señores Hanbury y Bootle, editores, y dice lo siguiente:

Señor: Acuso recibo su atta, tomada deb. not. Rumor referente dactilógrafa, posiblemente se refiere Srta. Blake, o

nombre parecido, retirada hace nueve años para casarse con organillero ambulante. Caso sin duda curioso, atrajo atención policía. Muchacha trabajo óptimo hasta oct. 1907, en que enloqueció. Se levantó entonces acta suceso. Adjunto fragmento. —Suyo etc.

W. Trip

—La relación más completa reza como sigue:

En octubre 12 se envió de esta oficina una, carta a los señores Bernard y Juke, encuadernadores. Abierta por él señor Juke, se halló que contenía lo siguiente: —Señor: nuestro representante él señor Trip pasará por allí a las 3 p.m., pues deseamos saber si

realmente se ha decidido oooooo bb!!!! xy”. A lo que el señor Juke, persona de temperamento travieso, envió esta respuesta—: Señor: después de consultados todos los miembros de la firma, me encuentro autorizado a manifestar ser mi más decidida opinión que no está realmente resuelto oooooo bb!!!! xy. Suyo, etc.

J. Juke

Al recibir esta extraordinaria respuesta, nuestro representante el señor Trip pidió el original de la carta enviada por él y halló que la dactilógrafa había sustituido estos jeroglíficos disparatados a las frases que realmente le habían sido dictadas. El señor Trip interrogó a la joven, temiendo que estuviese en estado de desequilibrio mental, y no lo tranquilizó mucho él

oírle manifestar que siempre le sucedía eso cuando oía tocar en la calle al organillo ambulante. Volviéndose aún más histérica y extravagante, hizo una serie de declaraciones inverosímiles, p. ej.: que estaba comprometida con el organillero, que él tenía la costumbre de tocarle serenatas en ese instrumento; que ella tenía la costumbre de ejecutar respuestas sobre la máquina de escribir (en el estilo de Ricardo Corazón de León y el juglar Blondel) y que el organillero tenía un oído tan exquisito y una adoración tan ardiente por ella, que podía distinguir las notas de las distintas letras en la máquina, las cuales lo arrobaban como una melodía. A todas estas afirmaciones, por supuesto, el señor Trip y todos nosotros solo prestamos la clase de atención con que

se escucha a personas que deben ser entregadas cuanto antes al cuidado de sus parientes. Pero al acompañar a la señorita hasta abajo, su historia recibió la más sorprendente y hasta exasperante confirmación; porque el organillero, un hombre enorme de cabeza diminuta, y a todas luces otro ejemplar de demencia, había empujado hasta el interior de las oficinas su organillo portátil con el cual embestía como un ariete, reclamando estrepitosamente a su pretendida novia. Cuando yo mismo aparecí en escena, estaba haciendo amplios ademanes con sus enormes brazos de chimpancé, recitándole al mismo tiempo una poesía. Pero aunque estábamos acostumbrados a que vinieran locos a recitar poesías en nuestras oficinas, no estábamos preparados para presenciar

lo que sucedió enseguida. Los versos que repetía empezaban, me parece:

*Tu vivida cabeza se me antoja
Circundada de...*

Pero de ahí no pasó. El señor Trip se adelanta hacia él bruscamente, pero en un abrir y cerrar de ojos el gigante alzó a la pobre señorita dactilógrafa como una muñeca, la sentó sobre el organillo, lo arrastró fuera del vestíbulo con un crujido repentino, y salió a todo escape por la calle como una carretilla voladora. Yo puse a la policía sobre la pista, pero ni un rastro pudo hallarse de la pasmosa pareja. Yo, personalmente, lo lamenté; porque la señorita era no sólo simpática sino de una cultura poco común para su posición. Como yo me

retiro del servicio de los señores Hanbury y Bootle, hago constar en acta estas cosas, dejándola en poder de ellos.

(Fdo.): Aubrey Clarke
Corrector de pruebas.

Y el último documento —dijo el doctor Pym con tono complaciente— es de una de esas mujeres de alma noble que en esta época han introducido en la juventud femenina inglesa el juego del hockey, las altas matemáticas y toda forma de idealidad.

De mi mayor consideración
(escribe ella): No tengo inconveniente en referirle los hechos relacionados

con el absurdo incidente que Ud., menciona; aunque le pediría que hiciera uso de ellos con cierta precaución, porque estas cosas, por interesantes que sean en abstracto, no suelen favorecer el éxito de un colegio de señoritas. La verdad es esta: yo necesitaba a alguien que quisiera pronunciar una conferencia sobre un tema filológico o histórico, una conferencia que, conteniendo sólida materia educativa, fuese al mismo tiempo un poco más popular y entretenida que de costumbre, por ser la última conferencia del curso. Recordé que un tal Sr. Smith de Cambridge había publicado no sé dónde un divertido ensayo sobre su propio nombre dotado en cierto modo de ubicuidad, ensayo que acusaba un conocimiento apreciable y real de genealogías y de topografía.

Le escribí, pidiéndole que viniera a darnos una amena disertación sobre apellidos ingleses, y así lo hizo. Fue muy amena, casi demasiado amena. Hablando más claramente: cuando iba por la mitad de su conferencia, nos dimos cuenta las otras maestras y yo de que el hombre estaba total y absolutamente mal de la cabeza. Empezó en forma bastante racional, tratando de las dos categorías de nombres, nombres lugares y nombres de oficios, y dijo (supongo que con razón) que el haber perdido los nombres todo significado era un indicio de la decadencia de la civilización. Pero de ahí pasó tranquilamente a sostener que todo aquel que tuviese nombre de lugar debería ir a vivir a ese lugar y que todo el que tuviese nombre de oficio debería

adoptar inmediatamente ese oficio; que las personas que tuviesen nombres de colores deberían vestirse siempre de esos colores, y que las personas apellidadas como árboles y plantas (Encina, Rosa) deberían rodearse y decorarse con esos vegetales. En una leve discusión que surgió después entre las alumnas mayores, las dificultades que surgían de la sugerencia se señalaron con claridad y hasta con viveza. Se hizo notar, por ejemplo, que para la señorita Younghusband^[29] era intrínsecamente imposible desempeñar el papel que le correspondía; la señorita Mann^[30] se encontraba en el mismo dilema, del cual ninguna teoría moderna acerca de los sexos la podía desenredar; y algunas jóvenes cuyos apellidos eran casualmente Low^[31], Coward^[32] y

Craven^[33] se enardecieron en contra de la idea. Pero todo esto sucedió después. Lo que acaeció en él momento crítico fue que el conferencista extrajo de su valija varias herraduras y un gran martillo de hierro, anunció su intención inmediata de establecer una herrería^[34] en la vecindad e hizo un llamado a todo el mundo a alzarse en favor de la misma causa como una revolución heroica. Las otras maestras y yo intentamos contener al desgraciado, pero he de confesar que, por un accidente, esa misma intervención produjo la peor explosión de su demencia. Estaba agitando él martillo y preguntando desaforadamente los nombres de todas; y sucedió que la señorita Brown^[35], una de las maestras más jóvenes, llevaba un vestido marrón, marrón rojizo, que

armonizaba agradablemente con el color más cálido de su cabello, como ella bien lo sabía. Era una muchacha bonita y las jóvenes saben todas esas cosas. Pero cuando nuestro loco descubrió que realmente teníamos una señorita Brown que era marrón, su idea fija estalló como un polvorín, y allí, en presencia de todas las maestras y alumnas, se declaró públicamente a la señorita del vestido marrón rojizo. Usted podrá imaginarse el efecto de semejante escena en un colegio de señoritas. Yo, al menos, si usted no acierta a imaginársela, no acierto seguramente a describírsela.

Por supuesto que la anarquía se apaciguó en una o dos semanas, y ahora puedo recordar el hecho como quien recuerda un paso de comedia. Hubo

sólo un detalle curioso que le daré, ya que usted dice que su averiguación es de importancia vital; pero desearía que usted lo considerara de carácter algo más confidencial que el resto. La señorita Brown, que en todo otro sentido era una joven excelente, nos dejó a los dos días en forma completamente repentina y subrepticia. Nunca hubiera creído que era cabeza la suya que se dejase marear de veras por un alboroto tan absurdo. Lo saluda atte.

Ada Gridley.

—Yo creo —dijo Pym con una simplicidad y seriedad realmente convincentes— que estas cartas hablan por sí solas.

El señor Moon se levantó por última

vez en una oscuridad que ocultaba todo indicio de que su innata gravedad estuviese entremezclada con su innata ironía.

—Durante toda esta inquisición —dijo—, pero especialmente en su fase final, la demanda se ha basado perpetuamente sobre un solo argumento; me refiero al hecho de que nadie sabe qué suerte corrieron las infortunadas mujeres, aparentemente seducidas por Smith. No hay prueba alguna de que hayan sido asesinadas, pero continuamente se sugiere esa explicación, al formularse la pregunta de cómo murieron. Ahora bien, a mí no me

interesa cómo murieron. Pero me interesa una pregunta análoga: cómo nacieron, o cuándo nacieron, o si en efecto nacieron. No me entiendan mal. No discuto la existencia de tales mujeres, ni la veracidad de aquellos que son testigos de su existencia. Solamente observo el hecho notable de que a una sola de esas víctimas, la joven de Maidenhead, se la describe con hogar y parientes. Todas las restantes son pasajeras, aves de paso: una huésped, una modista solitaria, una soltera que escribe a máquina. Lady Bullingdon, mirando desde sus almenas (que, por cierto, compró a los Wharton con la

plata del viejo jabonero, cuando andaba loca por casarse con un caballero fracasado de Ulster), Lady Bullingdon, oteando desde esas almenas, divisó realmente un objeto que ella designa con el apelativo de «la Green». El señor Trip, de la firma Hanbury y Bootle, tuvo realmente una dactilógrafa comprometida con Smith. La señorita Gridley, aunque idealista, es absolutamente honrada. Hospedó positivamente, alimentó y enseñó a una joven a quien Smith consiguió fascinar y llevarse. Admitimos que todas esas mujeres vivieron realmente. Pero todavía preguntamos si alguna vez

nacieron.

—¡Caray! —dijo Moses Gould, ahogándose de puro divertido.

—Es difícil de encontrar —terció Pym con una sonrisa tranquila— un ejemplo más patente de la ausencia de verdadero procedimiento científico. El hombre de ciencia, una vez convencido del hecho de una vitalidad consciente, inferiría de ahí el proceso anterior de la generación.

—Si esas muchachas —digo Gould con impaciencia—, si esas muchachas estaban todas vivas, vivitas y coleando, apostaría un billete de cinco libras a que todas habían nacido.

—Perdería usted su billete —dijo Michael, hablando gravemente desde la penumbra—. Todas esas admirables damas estaban vivas. Estaban más vivas por haber entrado en contacto con Smith. Todas estaban completa y definitivamente vivas, pero una sola de ellas había nacido.

—¿Nos pide usted que creamos...?
—empezó el doctor Pym.

—Le estoy haciendo una segunda pregunta —dijo Moon con severidad—. ¿Puede la Corte actualmente en sesión arrojar alguna luz sobre una circunstancia de veras singular? El doctor Pym, en su interesante

conferencia sobre lo que se llama, creo, las relaciones de los sexos, dijo que Smith era víctima de un apetito desordenado de variedad que arrastraría a un hombre, primero hacia una negra y después hacia una albina, primero hacia una patagónica gigante y luego hacia una esquimal exigua. Pero ¿tenemos aquí prueba alguna de esa variedad?

¿Hay en estas historias algún rastro de la patagónica gigante? ¿Era esquimal la dactilógrafa? Circunstancia tan pintoresca de fijo no hubiera pasado sin comentario. ¿Era negra la modista de Lady Bullingdon? Una voz en mi pecho responde. ¡No! Lady Bullingdon, estoy

seguro, consideraría que destacar tanto a una negra era un acto de socialismo, y aun en el caso de una albina encontraría también algo de incorrecto.

—Pero ¿había en el gusto de Smith indicio de esa ansia de variedad que describe el sabio doctor? Hasta donde alcanza nuestra escasa documentación, parece que nos encontramos ante un caso diametralmente opuesto. Poseemos una sola descripción positiva de una sola de las esposas del detenido, la breve pero altamente poética que nos da el cura esteta: *El traje era color primavera y el cabello color hojas de otoño*. Las hojas de otoño, por supuesto, son de varios

colores, algunos de los cuales sería bastante sorprendente encontrarlos en una cabellera (el verde, por ejemplo) ; pero creo que aquel modo de expresarse se emplearía naturalmente para sugerir matices entre marrón rojizo y colorado, sobre todo teniendo en cuenta que las damas de cabello cobrizo usan con frecuencia, en sus vestidos, leves y artísticos tonos verdes. Ahora bien, cuando llegamos a la segunda esposa, encontramos que el excéntrico enamorado, al oírse llamar «burro», contesta que a los burros les gusta mucho la zanahoria; una observación que Lady Bullingdon evidentemente

consideró sin sentido y como parte tan sólo de la charla natural de un idiota de aldea, pero que tiene sentido obvio en la suposición de que Polly fuera de pelo colorado. Pasando a la esposa siguiente, la que extrajo del colegio de señoritas, hallamos que la señorita Gridley hace notar que la colegiala en cuestión usaba «un vestido marrón rojizo que armonizaba agradablemente con el color más cálido de su cabello». En otros términos, el color del pelo de la joven era algo más rojo que el marrón rojizo. Por último, el organillero romántico declamó en la oficina cierta poesía que no pasó de las palabras:

Tu vivida cabeza se me antoja
Circundada de...

Pero yo creo que un vasto estudio de los peores poetas modernos nos capacita para adivinar que *circundada de sacra aureola roja o circundada de un halo de luz roja* era el verso que hacía consonante con *antoja*. Porque ¿qué antojo de poner ese *antoja* sino para hacerlo rimar con *roja*? En tal caso, por lo tanto, tenemos de nuevo un buen fundamento para suponer que Smith se enamoró de una joven que tenía el pelo de cierta tonalidad entre el castaño y el rojo, o, digamos, colorado oscuro, algo

así —dijo, bajando los ojos—, algo así como el de la señorita Gray.

Cyrus Pym estaba inclinado hacia adelante con los párpados entornados pronto a introducir una de sus interrupciones más pedantes; pero Moses Gould de repente aplicó el dedo índice a su nariz, con una expresión de extremo asombro e inteligencia en sus ojos brillantes.

—La dificultad que propone ahora el señor Moon —interpuso Pym—, aunque se base sobre hechos ciertos, no está en contradicción con el diagnóstico de demencia criminal en el caso Smith, que nosotros presentamos y sostenemos. Una

atracción incurable a un determinado tipo físico de mujer es una de las perversiones criminales más comunes y, cuando no se miran con estrechez sino a la luz de la inducción y de la evolución...

—En esta última etapa —dijo Michael Moon con gran tranquilidad— quizá pueda dar expansión a una emoción sencilla que me ha estado presionando durante todo este proceso, hasta permitirme decir que la inducción y la evolución se pueden ir a freír espárragos. El Eslabón Perdido y todas esas cosas están muy bien para chiquillos, pero yo hablo de cosas que

sabemos. Todo lo que sabemos del Eslabón que falta es que efectivamente falta y... que ¡ni falta que nos hace! Sé todo lo referente a su cabeza humana y su horrible cola; pertenecen a un juego muy antiguo que se llama: *Cabeza gana yo; cola, pierdes tú*^[36]. Si usted encuentra los huesos de un tipo, eso prueba que vivió hace rato; si usted no encuentra sus huesos, eso prueba cuánto tiempo hace que vivió. Ese juego han estado ustedes jugando con el asunto Smith. Porque la cabeza de Smith es chica en proporción a sus hombros, lo llaman ustedes microcéfalo; si hubiese sido grande, lo hubieran llamado

hidrocéfalo. Mientras el serrallo del pobre Smith parecía bastante variado, la variedad era síntoma de locura; ahora, como está resultando un poco monótono, ahora la monotonía es síntoma de locura. Yo sufro todas las desventajas de ser una persona adulta, y ¡qué embromar! aprovecharé ahora siquiera una de sus ventajas; y con toda cortesía me propongo no dejarme torear más con largas palabras difíciles en vez de breves razones fáciles, y no considerar este asunto de ustedes un progreso triunfal meramente porque están descubriendo ustedes siempre que se habían equivocado. Habiendo

desahogado estos sentimientos, sólo me resta añadir que considero al Dr. Pym un ornato del mundo mucho más hermoso que el Partenón o el monumento de Bunker's Hill^[37], y que es mi intención reanudar y concluir mis observaciones acerca de los muchos matrimonios del señor Innocent Smith.

—Además de ese pelo colorado, hay otro hilo que corre a través de todos estos incidentes dispersos, uniéndolos entre sí. Hay algo muy particular y sugerente en los nombres de estas mujeres. Como ustedes recordarán, el señor Trip dijo que creía que era «Blake» el nombre de la dactilógrafa,

pero que no se acordaba exactamente. Yo sugiero que muy bien pudo haber sido Black^[38], y en ese caso tenemos una serie curiosa: la señorita Green en el pueblo de Lady Bullingdon; la señorita Brown en el Colegio de Hendon; la señorita Black en la editorial. Una cuerda de color, por decirlo así, que termina en la señorita Gray en la Casa del Faro, West Hampstead.

En medio de un silencio sepulcral, Moon continuó su exposición.

—¿Qué significa esta extraña coincidencia de colores? Personalmente, yo no puedo dudar un

solo instante de que esos nombres eran puramente arbitrarios, asumidos como parte de un plan general, de la trama de una broma. Creo muy probable que haya correspondido a una serie de trajes: que Polly Green sólo significaba Polly^[39] (o Mary) vestida de verde, y que Mary Gray sólo significa Mary (o Polly) vestida de gris. Esto explicaría...

Cyrus Pym se había puesto de pie, rígido y casi lívido:

—¿Quiere usted de veras sugerir?...
—exclamó.

—Sí —dijo Miguel—; quiero, de veras, sugerir que Innocent Smith ha efectuado muchos galanteos y quizá, si

usted quiere, muchos casamientos; pero ha tenido una sola esposa. Hace una hora estaba sentada en aquella silla, y en este momento está en el jardín conversando con la señorita Duke.

—Sí; Innocent Smith se ha conducido aquí, como en mil otras oportunidades, de acuerdo con un principio sencillo y perfectamente inofensivo. Resulta raro y extravagante para el mundo moderno, pero no más que lo que resulta cualquier otro principio aplicado sencillamente en el mundo moderno. Su principio puede establecerse con toda simplicidad: él se niega a morir mientras está vivo. Busca

recordarse a sí mismo, por toda suerte de choques eléctricos para la inteligencia, que es un hombre vivo todavía y que camina por el mundo con dos piernas. Por este motivo dispara tiros a sus mejores amigos; por este motivo dispone escaleras y chimeneas desmontables para robar sus propios bienes; por este motivo anda peregrinando por todo un planeta para volver a su propia casa; por este motivo ha tenido la costumbre de tomar a la mujer a quien amaba con lealtad permanente y dejarla suelta, por decirlo así, en colegios, pensiones y casas de comercio, para poder recuperarla una y

otra vez por medio de un asalto o de un rapto romántico. Procuró seriamente, por medio de una perpetua reconquista de su novia, mantener viva la sensación de su valor perpetuo y de los peligros que por ella debían afrontarse.

Hasta aquí sus motivos son bastante claros; pero quizá no lo sean tanto sus convicciones. Yo creo que Innocent Smith tiene, en el fondo de todo esto, una idea. No tengo en absoluto la seguridad de creer en ella yo mismo, pero es totalmente innegable que vale la pena que un hombre la exponga y defienda.

—La idea que persigue Smith es

esta: por vivir como vivimos, en una civilización enredada, hemos llegado a considerar malas ciertas cosas que no lo son en manera alguna. Hemos llegado a considerar que las explosiones y las exuberancias, las sacudidas y las bromas, las travesuras y los desbarajustes son cosas malas. De suyo, no son solamente perdonables; son inobjetables. Nada hay de malo en el acto de descerrajar un tiro aun contra un amigo, siempre que no haya intención de herirlo y se sepa que no se lo herirá. No es más objetable que el acto de arrojar una piedra al mar; menos, porque al mar a veces por casualidad se le acierta.

Nada hay de malo en derribar una chimenea e irrumpir por un techo, mientras que no se dañe la vida o la propiedad ajenas. Tan inofensivo es antojársele a uno abrir una casa por el tejado como abrir una valija por el fondo. No hay delito alguno en pasearse por el mundo y volver a su casa; ni más ni menos que pasearse por el jardín y volver a su casa. Y tampoco hay delito en que uno recoja a su esposa aquí y allí y en todas partes, si, olvidando a todas las demás, a ella sola se le es fiel mientras dure la vida de ambos. Tan inocente es todo esto como jugar a las escondidas en el jardín. Ustedes asocian

esas cosas con pillería por un mero esnobismo, así como creen que hay algo vagamente vil en entrar (o que se les vea entrar) en una casa de empeños o en un despacho de bebidas. Ustedes creen que con ello se relaciona algo miserable o vulgar. Están equivocados.

—El poder espiritual de este hombre ha sido precisamente éste: ha hecho la distinción entre costumbre y credo. Ha faltado a las convenciones pero ha guardado los mandamientos. Es como si encontráramos a un hombre jugando desafortadamente en una ruleta infernal y luego nos diéramos cuenta de que no jugaba sino por botones de pantalón. Es

como si sorprendiéramos a un individuo haciendo una cita clandestina con una dama en un baile de la Opera, y descubriéramos después que la dama era su abuela. Todo es feo y propio para desprestigiar, excepto los hechos; todo lo que a Smith se refiere está equivocado, excepto esa realidad: que no ha hecho nada malo.

—Aquí se preguntará: ¿Por qué Innocent Smith continúa en plena edad madura una existencia de farsa que lo expone a tantas falsas acusaciones? A esto sólo contesto que lo hace porque es verdaderamente feliz, porque tiene verdadera hilaridad, porque es

verdaderamente hombre en posesión de la vida. Se siente tan joven que treparse a los árboles del jardín y hacer bromas tontas todavía son para él lo mismo que fueron en una época dada para todos nosotros. Y si se me pregunta aún por qué él solo entre los hombres ha de alimentarse de tan inagotables locuras, tengo para eso una respuesta muy sencilla, aunque es tal que no ha de hallar aceptación.

—Hay una sola respuesta, y si a ustedes les desagrada, lo siento mucho. Si Innocent es feliz, es porque Innocent es inocente. Si puede desafiar las convenciones, es precisamente porque

puede guardar los mandamientos. Precisamente porque no quiere matar sino estimular la vida, una pistola todavía lo llena de ilusiones como a un colegial. Precisamente porque no quiere hurtar, porque no codicia los bienes ajenos, ha captado el secreto (¡ay, cuánto lo ansiamos todos!) el secreto de codiciar sus propios bienes. Precisamente porque no quiere fornicar, ha experimentado el romanticismo de los sexos; precisamente porque tiene una sola esposa, ha vivido cien lunas de miel. Si hubiera realmente cometido un homicidio, si hubiera realmente abandonado a una mujer, no sería capaz

de sentir que un revólver o una carta de amor son como un canto, al menos no como un canto cómico.

—No imaginen ustedes, por favor, que semejante actitud me resulta fácil, o que despierta en particular mi simpatía. Soy irlandés, y llevo en los huesos cierto dolor, nacido de las persecuciones a mis creencias, o de mis creencias mismas. Por mi parte, siento que hay algo, por así decir, que liga al hombre con la tragedia, y que no hay salida a la trampa de la vejez y la duda. Pero si hay una salida, entonces, por Cristo y por san Patricio, esta es la salida. Si uno pudiese conservar

siempre la felicidad de un niño o de un perro, sería manteniéndose tan inocente como un niño y tan sin pecado como un perro. Simplemente, brutalmente, ser bueno: quizá sea ése el camino y quizá él lo haya encontrado. Muy bien, muy bien, veo una mirada escéptica en la cara de mi viejo amigo Moses. El señor Gould no cree que ser perfectamente bueno en todo sentido pueda dar alegría a un hombre.

—No —dijo Gould, con gravedad inusitada y convincente—; yo no creo que ser perfectamente bueno en todo sentido pueda dar alegría a un hombre.

—Perfectamente —dijo con

tranquilidad Michael—, ¿quieren ustedes decirme una cosa? ¿Cuál de nosotros ha hecho el experimento?

Se produjo un silencio, algo así como el silencio de una larga época geológica que espera el surgimiento de algún tipo inesperado; pues por fin se irguió en la quietud una figura maciza que los otros hombres habían olvidado casi totalmente.

—Bien, señores —dijo el doctor Warner jovialmente—, he pasado un par de días muy entretenido con todas estas bufonadas sin significado ni pertinencia, pero me parece que ya me empiezo a aburrir un poco, y estoy invitado a una

comida en la City. Entre las mil flores de futilidad por ambas partes, me fue imposible discernir algún género de razón por la cual se le haya de permitir a un demente atacarme a tiros en el fondo de la casa.

Se había colocado la galera de felpa y había salido, como quien navega plácidamente, hacia el portón del jardín, mientras la voz de Pym, casi un gemido, seguía acompañándolo:

—Pero en realidad la bala le erró por varios pies.

Y otra voz añadió:

—La bala le erró por varios años.

Hubo un largo silencio casi

desprovisto de mentido, y Moon dijo entonces de repente:

—Hemos estado en compañía de un fantasma. El doctor Herbert Warner murió hace años.

CAPÍTULO

QUINTO: Cómo se fue el vendaval de la Casa del Faro

Mary se paseaba lentamente por el jardín entre Diana y Rosamund; guardaban silencio y el sol se había puesto. Los espacios de luz que aún quedaban en el oeste eran de un blanco cálido que sólo puede compararse al tono de un queso de crema; y las filas de nubes plumosas que los atravesaban tenían una fluorescencia suave, pero

viva, de color violeta, como un humo. Todo el resto de la escena se confundía y esfumaba en un gris torcaz y parecía desteñirse y concentrarse en la figura gris oscura de Mary, tanto que resultaba como vestida de jardín y de cielo. Había algo en esos últimos tranquilos colores que le daban marco y supremacía; y el crepúsculo, que ocultaba la figura más majestuosa de Diana y el atavío más vistoso de Rosamund, la realzaba y destacaba, haciéndola señora del jardín, a ella sola.

Cuando por fin hablaron, era evidente que una conversación, hacía rato interrumpida, volvía a reanudarse

de pronto.

—Pero ¿a dónde la lleva su marido?
—dijo Diana con su tono práctico.

—A lo de una tía —dijo Mary—; ahí está la broma. Existe realmente una tía, y a ella le dejamos los chicos cuando yo arreglé que me echaran de la otra pensión aquí a la vuelta. Nunca nos tomamos más de una semana de esta clase de vacaciones, pero a veces nos tomamos dos semanas juntas.

—¿Y a la tía no le importa? —preguntó inocentemente Rosamund—. Por supuesto, quizá sea estrechez de criterio o... ¿cómo es que se dice? ... bueno, lo que era Goliath..., pero yo he

conocido a muchas tías a quienes les parecería... una tontería, digamos ...

—¿Tontería? —exclamó Mary con animación—. ¡Ay, Señor! Ya lo creo que es tontería. Pero ¿qué le vamos a hacer? Es un hombre tan bueno, y pudiera haberle dado por víboras, en cambio, o qué sé yo qué.

—¿Víboras? —preguntó Rosamund un poco intrigada.

—Tío Harry tenía víboras en su casa, y decía que lo querían —replicó Mary con perfecta sencillez—. Tía lo dejaba andar con ellas en el bolsillo, pero no en el dormitorio.

—Y usted... —empezó Diana

frunciendo un poco las oscuras cejas.

—¡Ah, yo hago lo de Tía! —dijo Mary—. Con tal de no alejarnos de los chicos más de quince días, me presto al juego. Me llama señora de «Hombrevida», pero hay que escribirlo en una sola palabra, si no se sulfura todo.

—Pero cuando a los hombres se les antojan esas cosas... —empezó Diana.

—Pero ¿a qué hablar de los hombres? —exclamó con impaciencia Mary—; ¡ni que fuéramos unas novelistas, o alguna calamidad por el estilo! No hay hombres. No existe semejante gente. Hay un hombre; y, sea

quien fuere, es completamente distinto.

—De modo que no hay garantías —
dijo Diana en voz baja.

—¡Ah, no sé! —contestó Mary con
tono bastante despreocupado—. Sólo
dos cosas se pueden decir de ellos en
general. En ciertos momentos curiosos,
son mandados hacer para cuidarnos a
nosotras, pero nunca son capaces de
cuidarse a sí mismos.

—Se está levantando un vendaval —
dijo de repente Rosamund—; miren esos
árboles allá lejos, y las nubes como van
más rápidas.

—Ya sé lo que están pensando —
dijo Mary—; y no sean un par de

tontitas. No les hagan caso a las novelistas. Sigán ustedes por la calle real; porque la verdad de Dios es de Dios. Sí, querida, Michael a veces será extremadamente desarreglado. Arthur Inglewood será peor: será arreglado. Pero ¿para que otra cosa están todos los árboles y todas las nubes, mis gatitas tontuelas?

—Las nubes y los árboles se agitan para todos lados —dijo Rosamund—. Viene tormenta, y no sé por qué me pone toda alborotada. Michael, en realidad, se parece bastante a una tormenta, me asusta y hace que me sienta feliz.

—No se asusten —dijo Mary—.

Bien visto, estos hombres tienen una ventaja: son de los que salen mucho.

Una arremetida repentina de viento a través de los árboles arrastró las hojas moribundas por el camino, y se pudo oír rugir débilmente los árboles distantes.

—Quiero decir —dijo Mary— que son de los que miran mucho hacia afuera, y se interesan por el mundo. No importa que sea discutiendo, o haciendo ciclismo, o atropellando los confines del mundo, como hace Innocent. Siga al hombre que se asoma a la ventana y trata de comprender el mundo. Guárdese del hombre que mira por dentro y trata de comprenderla a usted. Cuando el pobre

Adán salió a entretenerse en el jardín (Arthur hará eso), el otro tipo vino y entró como un gusano, ¡ah, vieja víbora odiosa!

—Usted está de acuerdo con su Tía —dijo sonriendo Rosamund—: nada de víboras en el dormitorio.

—Yo no solía estar muy de acuerdo con mi tía —contestó Mary con sencillez—, pero creo que tenía razón en dejar que tío Harry coleccionara dragones y grifos con tal de que eso lo hiciera salir de casa.

Casi al mismo momento brotaron luces en el interior de la pensión oscurecida, convirtiendo las dos puertas

de vidrio que daban al jardín en portones de oro bruñido. Los portones de oro se abrieron de golpe, y el enorme Smith, que durante tantas horas había estado sentado como una tosca estatua, vino volando y dando vueltas de carnero por el césped, al paso que gritaba: ¡Absuelto! ¡Absuelto de culpa y cargo! Haciéndole eco, Michael vino corriendo hacia Rosamund, y la hizo girar locamente en lo que pretendía ser un vals. Pero el grupo, a estas horas, conocía a Innocent y a Michael, y sus extravagancias se aceptaban alegremente; mucho más extraordinario fue el hecho de que Arthur Inglewood se

dirigiera sin ambages a Diana y la besara, ni más ni menos que si fuese una hermana que cumpliera años. El mismo doctor Pym, si bien se abstenía de bailar, contemplaba la escena con verdadera benevolencia; porque en realidad toda la absurda revelación lo había turbado menos que a los demás; suponía a medias que esos tribunales irresponsables y discusiones insanas formaban parte de las pantomimas medievales de la Vieja Nación.

Mientras la tempestad rasgaba el cielo como con trompetas, una ventana tras otra se fue iluminando en el edificio; y antes de que el grupo, muerto

de risa y abofeteado por el viento, hubiese tanteado su camino otra vez hacia la casa, se vio que la gran figura de chimpancé de Innocent Smith se había escurrido por la ventanita de su buhardilla y que, rugiendo repetidamente «¡Casa del Faro!», hacía girar alrededor de su cabeza un enorme tizón o tronco de la estufa de leña de abajo, del cual un río de llamas carmesíes y humo violeta se derramaba por el aire ensordecedor.

Era tan visible como para ser advertido desde tres condados; pero cuando el viento se aplacó, y el grupo, en el apogeo de su alborozo, los buscó de nuevo a él y a Mary, no hubo forma

de dar con ellos.



Gilbert Keith Chesterton, nació en Londres en 1874, en el seno de una familia de clase media. Según recuerda en su Autobiografía, el fin del colegio secundario y la consiguiente dispersión de los amigos lo introdujeron en un tiempo lleno de «dudas, morbos y

tentaciones». En medio de un ambiente ateo, era él «un completo agnóstico». Por ese entonces se acercó al ocultismo, participó en reuniones para «iniciados» y centró su atención en la literatura espiritista y teosófica, mientras cursaba en el University College de Londres dibujo, pintura, literatura, francés y latín.

En 1895 dejó la Universidad sin haber terminado sus estudios y comenzó a trabajar en Londres para los editores Redway y Fisher Unwin. Inició su carrera literaria redactando artículos sobre arte y política para periódicos. En el año 1900 publicó su primer libro: la

colección de poemas *Greybeards at play*. A éste lo siguieron las biografías de Robert Browning (1903) y Charles Dickens (1906); y las novelas *El Napoleón de Notting Hill* (1904), que critica al mundo mecanizado moderno destacando las virtudes de épocas anteriores, y *El hombre que fue jueves* (1908), que denuncia la decadencia cultural de finales del siglo XIX.

Con el paso del tiempo, Chesterton fue alejándose del ocultismo y renovó su fe cristiana (por entonces anglicana). En el año 1900 conoció al joven historiador Hilaire Belloc, con el que fundaría un diario para exponer sus ideas. En 1901

contrajo matrimonio con Frances Blogg, una joven y bella cristiana practicante, a quien conoció durante el otoño de 1896 y de quien se enamoró a primera vista.

En 1907 conoció al padre O'Connor, un sacerdote católico que igualaba a Chesterton en inteligencia y simpatía. Se sorprendió al comprobar que éste había sondeado los abismos del mal con mucha mayor profundidad que él: «Que la Iglesia Católica estuviera más enterada del bien que yo, era fácil de creer. Que estuviera más enterada del mal, me parecía increíble. El padre O'Connor conocía los horrores del mundo y no se escandalizaba, pues su

pertenencia a la Iglesia Católica le hacía depositario de un gran tesoro: la misericordia». En la figura del padre O'Connor se inspiraría Chesterton para crear al Padre Brown, el personaje principal de una exquisita serie de cuentos policiales cuya recopilación más famosa se titula El candor del Padre Brown. En 1908 publicó Ortodoxia, una apasionada defensa de la visión cristiana de la vida. Al año siguiente dejó Londres para radicarse junto a su esposa en Beaconsfield, localidad ubicada 40 kilómetros al oeste de la capital inglesa. Y un año después publicó la novela La esfera y la cruz.

Durante la Segunda Guerra Mundial murió su único y amado hermano Cecil. Terminada la Guerra, Chesterton lideró el movimiento Distributista, que propiciaba la división de la propiedad en partes pequeñas y su distribución pareja entre todas las personas.

En 1922 dejó la iglesia anglicana para unirse a la católica. Al año siguiente publicó una biografía de San Francisco de Asís y, en 1925, El hombre eterno, que presenta la concepción cristiana de la historia. A pedido de los editores de la biografía de San Francisco, escribió diez años después una biografía de Santo Tomás de

Aquino: «el mejor libro que se ha escrito jamás sobre santo Tomás», según palabras de Étienne Gilson.

Habiendo publicado en vida cerca de cien libros, murió el 14 de junio de 1936 en su casa de Beaconsfield. Notificado de su muerte, el papa Pío XI le otorgó el título de Defensor Fidei. Y el filósofo rumano Mircea Eliade, a los pocos días del deceso, dijo: «La literatura inglesa ha perdido al ensayista contemporáneo más importante, y el mundo cristiano a uno de sus más preciosos apologistas. Inglaterra está más triste y confusa después de la desaparición de G.K. Chesterton».

Su contextura física era desproporcionadamente grande, por lo que algunos lo comparan con el «buey mudo». (Tomás de Aquino). Además del enorme físico y la inteligencia punzante, lo caracterizaban el buen humor y la risa franca y contagiosa. Solía bromear con expresiones como «Por lo que respecta a mi peso, nadie lo ha calculado aún».

A lo largo de su vida fue distinguido por diferentes instituciones: recibió grados «honoris causa» de las universidades de Edimburgo, Dublín y Notre Dame, y fue hecho Caballero de la Orden de San Gregorio el Grande.

Notas

[1] Refrán inglés: «*No existe viento tan malo que no le traiga a alguien algún bien*». <<

[2]Una acepción de la palabra inglesa *bar* es «barra» y, por extensión, «foro».

<<

[3] Refrán inglés: *Árbol sagrado de la mitología sajona.*<<

[4] Persona popular en los cantos infantiles.<<

[5] Alusión a un episodio de los *Viajes de Gulliver*.<<

[6] *Spring-cleaning*, costumbre inglesa de limpiar a fondo las casas en primavera.<<

[7] Parodia de Tennyson: «*El conocimiento, respeto y dominio propios, sólo estas tres cosas conllevan el poder soberano*». <<

[8] El «*Robinson Suizo*» es una novela publicada en 1812, por el pastor Johann David Wyss, que está inspirada en «*Robinson Crusoe*». <<

[9] *Sovereign*: soberano o libra esterlina.

<<

[¹⁰] Cita latina: «*Triunfadora causa de la diosa*».<<

[¹¹] El término «*balmy*» del original inglés encierra un juego de palabras intraducibles: significa «*balsámico*» y a la vez «*chiflado*», en lenguaje popular.

<<

[12] «*Mulberry Bush*». Alusión a un juego de niños y a un canto popular infantil: «*Here we go round the mulberry bush*». (*Damos vueltas alrededor de la morera*).<<

[13] Personaje de una novela de S. Richardson, que encarna la virtud poco simpática.<<

[¹⁴] Héroe del «*Spectator*» de Addison, especie de rústico Quijote inglés, aunque lleno de buen sentido.<<

[15] El tipo popular del pillo, salteador de caminos del siglo XVIII.<<

[16] Doctor en música y escritor de mediana importancia.<<

[17] Erudito y fecundo escritor del siglo XVIII, sumamente bondadoso, bohemio y original.<<

[18] Si un médico cualquiera caído en un
jardín... <<

[19]«No despierten al perro dormido»,
dicho inglés que equivale a expresar:
«Déjese todo como está». <<

[20] Juego de palabras fundado en la similitud de los términos ingleses: *Beacon* (faro) y *bacon* (tocino).<<

[21] Ceremonial inglés.<<

[22] *So very plain*: que significa tan sumamente *claro* y, al mismo tiempo, tan sumamente *feo*.<<

[23] *Doble holandés* en inglés equivale a *galimatías*. <<

[24] El *infierno*, término que los ingleses pulcros consideran mala palabra.<<

[25] *Fabian Society*: agrupación
socialista inglesa.<<

[26] «The Water Babies», cuento de Kingsley, muy popular en Inglaterra, en el cual el héroe es un niño deshollinador que se introduce por la chimenea en una casa.<<

[27] Según la tradición romana, en el año 363 a.C. se produjo una grieta en el suelo del Foro. Los sacerdotes señalaron que únicamente se cerraría si se arrojaba a su interior el más precioso de los tesoros de Roma. El joven patricio Marco Curcio afirmó que Roma no poseía tesoro más digno y precioso que un generoso y valiente ciudadano. Por eso, montó sobre un caballo y se lanzó al fondo del abismo, el cual se cerró inmediatamente sobre él.<<

[28] Nora es la protagonista en la famosa obra de teatro de Ibsen, «*Casa de Muñecas*». <<

[29] En inglés: *marido joven*.<<

[30] Suena igual que *man* (en inglés, *hombre*).<<

[31] En inglés, *bajo*.<<

[32] En inglés, *cobarde*.<<

[33] En inglés, *vil.*<<

[34] El apellido «Smith» significa *herrero*.<<

[35] En inglés, *pardo*, *marrón*. <<

[36] Así llaman en inglés al juego *cara o cruz*. <<

[37] Monumento conmemorativo de la guerra de la Independencia, cerca de Boston, EEUU.<<

[38] Black: *negro*; Green: *verde*; Brown, *marrón*. <<

[39] Se da en Inglaterra el sobrenombre de *Molly* o *Polly* a las Marías.<<